



I

LOS PRIMEROS AÑOS. ESCUELA Y SACERDOCIO

Una vida que transcurre como tantas otras, en el muelle y calmo ambiente de la provincia novohispana, sin más sobresaltos que los naturales de la lucha diaria por procurarse el pan y por asegurar para el futuro un decoroso bienestar, una seguridad que permita al individuo envejecer bajo un techo sin goteras y morir en una buena cama con la tranquilidad de espíritu de quien se halla satisfecho y convencido de que sólo vino a este mundo para cumplir con los preceptos biológicos y cristianos de crecer y creer, reproducirse y morir. . . Tal parecía configurar el sino de don José María Morelos y Pavón, hasta un momento crítico de su edad en que se acercaba ya al medio siglo, cuando, por arcanos e indescifrables designios, se rompió el hilo de aquella mediana existencia, y el hombre reveló, súbito y violento, que había nacido predestinado a emerger del conjunto, a sobresalir, a trascender, a proyectarse.

Recordemos sus datos biográficos más difundidos.

A mediados del siglo XVIII, era ya Valladolid de Michoacán una ciudad importante, tanto por su vida cultural como por su aspecto urbano y su magnificencia arquitectónica. Sin embargo, situada un tanto al margen de las grandes rutas comerciales que partían de la capital del virreinato, carente de minerales, ajena al trajín y al movimiento cotidiano de los sitios pródigos en fuentes de trabajo y en recursos económicos —digamos, Zacatecas, Guanajuato, Puebla, Guadalajara—, la tranquila pequeña urbe fundada por el virrey Mendoza, no arrancaba epítetos grandilocuentes ni parecía deslumbrar a quienes la visitaban y describían, o a aquellos que la calificaban en base a relatos de terceras personas.

Árido, poco propenso a las fugas literarias, escueto, sin el menor deseo de sentir la estética, natural y cultural, del sitio, un famoso cosmógrafo nos dejó la siguiente descripción de Valladolid, al promediar el Siglo de las Luces:

Aunque la ciudad no es hermosa, está muy poblada, y aunque carece de comercio abierto, por estar a trasmano de las entradas

y salidas de todo el Reino, sin embargo no le falta aquel con que se puede mantener una honrada república. Vive en lo político de ella el número de cuatro a cinco mil familias, así de españoles como de mestizos y mulatos, y aunque algunos indios viven dentro y en los extramuros de lo formal de la ciudad, no tienen habitación radical, por ser originarios de los pueblos circunvecinos.¹

Críptico e insuficiente, bien que apoyado en datos verídicos, el informe sirve para confirmar algo que se intuye: la antigua Guayangareo, conventual y modosa, enemiga del barullo y de las "fiebres de oro", permite, empero, que sus moradores vivan bien, con decoro y dignidad, siempre que no pretendan enriquecerse de la noche a la mañana o traten de impresionar al vecindario con actitudes exageradas, lujos chocantes y despilfarros: el lugar no lo soporta, pues para satisfacer tales ambiciones, se encuentran otras localidades: Tasco, Bolaños, Zacatecas, Parral, Chihuahua y, naturalmente, la sede del virreinato. Medio siglo después, Humboldt tampoco se dejaría llevar por el entusiasmo al hablar de Valladolid, y amén de anotar equivocado su recuento demográfico, poniendo una cifra muy por debajo de la verdadera, lo único que llamaría su atención sería el flamante acueducto, levantado casi desde sus cimientos por el infatigable e ilustrado obispo fray Antonio de San Miguel.²

En aquel medio, de aires suaves y de clima propicio a la meditación y al estudio, nació, el 30 de septiembre de 1765, un niño, bautizado el 4 de octubre siguiente con el nombre de José María Teclo, "hijo legítimo de Manuel Morelos y de Juana Pabón, españoles".³ Las constancias bautismales y los registros de los padrones, no suelen ser del todo veraces,

¹ Joseph Antonio de Villaseñor y Sánchez, *Theatro americano*, México, Imprenta de la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1748, t. II, p. 10.

² Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, trad. de Vicente González Arnao, París, en Casa de Rosa, 1822, t. II, pp. 35-6: "Valladolid de Mechoacán... goza de un clima delicioso; su altura sobre el nivel del mar es de 1950 metros... El nuevo acueducto que lleva el agua potable a la ciudad, fue construido a expensas del último obispo, fray Antonio de San Miguel, y le costó cerca de cien mil duros. Población: 18,000." En realidad, a principios del siglo XIX, tenía cerca de 25,000 habitantes.

³ Enrique Arreguín, *A Morelos: importantes revelaciones históricas*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar, 1913, p. 61.

porque es indudable que en las venas de aquel infante corría cierta dosis de sangre india —tarasca o pirinda, probablemente—, que por cautela no se indicó en el acta respectiva. El aspecto físico del futuro caudillo, lo que nos dicen sus retratos y una minuciosa descripción biotipológica que ha llegado hasta nosotros, gritan a voz en cuello su filiación mestiza.⁴ Harto sabido es que en la Colonia se practicó sin recato la discriminación social y racial: consignar en los registros y papeles públicos, que un individuo tenía mezcla, era cerrarse muchas puertas; en cambio, decirse “hijo de españoles”, significaba cierta puntuación en rango, y los padres —al fin, buenos padres—, procuraban inscribir como tales a sus vástagos, a sabiendas de que el dato no era cierto. Un caso notable entre las “mentiras piadosas” de aquella época, respecto a testificaciones sanguíneas, lo tenemos en el inmenso Vicente Guerrero, mulato a carta cabal quien, sin embargo, aparece mencionado en uno de los padrones oficiales como hijo de padre mestizo y de madre española.⁵

La familia Morelos se completó con otro hijo, Nicolás, nacido presuntamente en 1770,⁶ y con una hija, María Antonia, venida al mundo en 1776. Poco después, el hogar se disolvió, por razones que desconocemos y que, en realidad, poco interesan; el padre se marchó a San Luis Potosí, llevando consigo al pequeño Nicolás: ¿por qué no al primogénito, lo que hubiera sido más lógico? Es probable que el niño-adolescente Morelos no congeniara con su progenitor. La madre, que en los pocos testimonios que hablan de ella, se perfila como una mujer sufrida y a la vez de carácter enérgico, permaneció en Valladolid, al cuidado de José María y de María Antonia.

De la infancia de Morelos, aparte la obvia influencia de su madre, hay que destacar la presencia, decisiva, de otro familiar: el abuelo materno, don José Antonio Pérez Pabón. Maestro de escuela, que ofrecía lecciones particulares en su

⁴ Véase el Doc. 204: “*Cala y cata* de Morelos, hecha en las cárceles secretas de la Inquisición.”

⁵ Archivo General de la Nación, México (en adelante indicado bajo las siglas AGN), ramo *Padrones*, t. 18, f. 278, “Padrón de familias de españoles, castizos y mestizos del Partido de Tixtla, por fin de abril de 1791”. Censada la casa núm. 59 del sector “Arrabal” de dicho pueblo, anotó el escribano: “Juan Pedro Guerrero, de este pueblo, mestizo, de 36 años, arriero, ausente, casado con María Rodríguez, española de igual edad, con un hijo Vicente de 8 y una hija María de 17.”

⁶ José R. Benitez, *Morelos, su casta y su casa en Valladolid (Morelia)*, Guadalajara, Imprenta “Gráfica”, 1947, p. 63.

domicilio, tuvo como discípulos, entre otros, a su hija y a su nieto. Benitez ha observado, a propósito de algunos escritos de doña Juana, que ésta debió haber sido una alumna "muy aventajada", lo que no es pequeño elogio, dada la instrucción que entonces recibían los niños de familias pobres, más raquítica todavía en tratándose de individuos del sexo femenino. Y por lo que toca a nuestro personaje, en quien el influjo paterno parece no haber dejado huellas sensibles, se presienten los cuidados, la vigilancia constante, el cariño volcado sin reservas, la paciente entrega de su modesta sabiduría, del clásico abuelo para con el nieto. La educación así recibida, bajo la atmósfera suave y familiar de la luminosa morada provinciana, casi natural —como recomendaba Rousseau—, no pudo ser más provechosa. Porque endulzaba la existencia de un muchacho, de suyo contrito ante la visión dolorosa del desajuste conyugal que minaba su casa, resuelto, sin remedio, con el éxodo de dos de los seres más caros a su corazón: su padre y su hermano menor; porque lo preparaba en el camino de la vida, dándole recias armas espirituales que, sin duda alguna, lo situarían con un margen de ventaja frente a otros niños de su misma clase y condición; porque fomentaba su amor a las letras y despertaba sus ansias de abrirse paso a través de actividades que no fuesen las duras e inhumanas del peón de hacienda o del operario que dejaba los pulmones en lo más hondo del tiro de una mina. Y no porque las tareas manuales se miraran en sí como un desdoro, sino porque el injusto sistema social que imperaba hacía de los humildes trabajadores objeto de una explotación sin medida, fue por lo que don José Antonio, suponemos, estimularía al nieto a no dejarse arrastrar por el remolino de la miseria, la ignorancia y la degradación, insistiéndole, una y otra vez, en que los más preparados eran los que tenían mayores posibilidades de flotar, de no sumergirse, de triunfar.

Pero en 1776, a los once años de la edad de José María, falleció el abuelo; y después, sin poder precisar la fecha, el padre, llevándose a Nicolás, abandonaba el hogar. La familia quedaba reducida así a tres miembros: dos mujeres y un varón, éste en los comienzos difíciles de la adolescencia. El niño, ante ese cúmulo de percances, hubo de transformarse, de la noche a la mañana, en hombre. Nada de juegos, ni de distracciones, ni de estudios. El presupuesto de la casa se tambaleaba y era necesario apuntalarlo. José María buscaría desesperado una ocupación en su ciudad. Tenía trece o catorce años, sabía leer, escribir, hacer cuentas. No tuvo suerte o, a lo mejor, no le convino ninguna oferta. Fuera de la ciudad, en

el campo, pagaban sueldos más tentadores. De una hacienda lejana, no sabemos por qué artes (acaso el dueño conociera a los Morelos), le llegó un ofrecimiento y el jovencito, bien bragado y dispuesto a ganarse el pan con el sudor de su frente —máxima que, siendo caudillo revolucionario, aconsejaría a todos los mexicanos, como premisa ineludible para lograr la prosperidad del país— aceptó y, previa la bendición de su madre, salió de Valladolid rumbo a éste, su primer destino. La hacienda se llamaba Tahuejo.

En la causa que la Inquisición le instruyó, en diligencia de 23 de noviembre de 1815, se consigna lo siguiente:

Preguntado por el discurso de su vida, dijo: que nació en Valladolid y se mantuvo hasta la edad de catorce años y que de allí pasó a Apatzingán, y que allí estuvo once de labrador, de donde volvió a Valladolid.⁷

O sea, por declaración del propio Morelos, sabemos que de 1779 a 1790 vivió ausente de su casa, trabajando en labores de labranza, en una hacienda del distrito de Apatzingán. Entre los catorce y los veinticinco años de edad, la etapa formativa de un carácter, José María radica en Tahuejo. Llevó consigo las enseñanzas de su abuelo y la nostalgia de su ciudad, culta y señorial, toda ella labrada de hermosa cantería; para él, Valladolid era su única metrópoli. El cambio experimentado, no cabe duda que produciría en su ánimo un fuerte impacto. Porque, precisamente de sus años de labrador, queda un testimonio inapreciable de lo que por entonces eran Tahuejo y sus comarcas aledañas. Mediando el camino entre Uruapan y Apatzingán,

saliendo del pueblo de Santa Catalina Jucutacato por el camino más corto al rumbo del sur y a la distancia de como diez leguas, bajando siempre, se encuentran los ranchos de Tahuejillo y Tahuejo, situados en tierras cuasi calientes y poco a propósito para la cría de ganado, y sólo el último muy susceptible de alguna escasísima cultura de caña.⁸

No se trataba, pues, de una hacienda próspera, y quienes se avecindaran en ella en busca de sustento, habrían de trabajar con empeño y sin descanso, en la diaria batalla con el

⁷ Publicada en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1958, t. xxix, núm. 2, p. 204.

⁸ "Descripción de la Subdelegación de Apatzingán, hacia 1790", original en AGN, *Historia*, t. 73, f. 371. Anónimo.

suelo, reseco y caliente, para hacerlo fructificar. Pero la tierra casi siempre es generosa; Tahuejo mostró que lo era, y el mejor testimonio de tal aserto lo da el propio Morelos, al permanecer ahí más de dos lustros, durante el periodo vigoroso y prometedor de su juventud.

No muy lejos de la hacienda se hallaban los umbríos penales de Uruapan, dignos del pincel de nuestro Velasco; mas, en torno de Tahuejo, el panorama no podía ser más agobiante y desolador, ya que,

sólo descubre la vista montañas peladas y cerros tristes y amarillos; piedra molesta en los caminos, barrancas espantosas, paredones y rocas tajadas y perspectivas melancólicas y sin verdura, sin otras aguas que las claras del río Orejón, inútiles para la fertilidad por la profundidad en que caminan.⁹

Infiérese de la anterior, que al intenso bregar, día tras día, para ganarse un salario, el individuo, en sus horas de descanso no tenía siquiera el consuelo del disfrute de un paisaje edénico, sedante de los nervios y alimento del espíritu, sino sólo la visión de "montañas peladas y cerros tristes y amarillos", y el rey sol reverberante, con aquella intensidad que un siglo más tarde haría inmortal, por su impresionante impacto, el genio de un Van Gogh.

Así se templó el cuerpo y el alma del joven José María, firmemente plantado en la tierra caliente michoacana del rumbo de Apatzingán, donde su alma quedó de tal manera arraigada, que al volver, cinco lustros después, consagraría para siempre el lugar con una obra tan impercedera, que costaría trabajo a las generaciones futuras hacer el deslinde entre el hombre y la tierra, fundidos en un único ser, imposibilitados, el uno de la otra, de romper sus amarres, sus ligas, sus compromisos íntimos.

Los años de Tahuejo convidan a otras reflexiones. Por ejemplo: ¿cómo fue tratado ahí Morelos? Su larga permanencia y el hecho de no guardar mal sabor de boca de aquella estancia — pese a lo inclemente de sus condiciones físicas —, nos inclinan a pensar que se topó con un patrón humanitario y honesto, y que su vida en la hacienda no fue del todo ingrata. Once años trabajando en un lugar, con salidas esporádicas, indican que se está a gusto, siempre, por supuesto, dentro de las circunstancias propias de un asalariado. Además, ¿sería nuestro hombre un simple labrador? Dado que llevaba cierta

⁹ *Ibid.*

instrucción, inhabitual en los medios rurales de la Colonia, ¿no es factible que se utilizaran sus servicios en actividades más a tono con sus conocimientos? Porque de peones analfabetos estaban llenas las fincas, y es permisible dudar que un hacendado, dispuesto siempre a mejorar el rendimiento de su propiedad, desperdiciara las buenas aptitudes de un muchacho algo letrado, destinándolo a tareas que muchos otros podían desempeñar.

Ello nos conduce a suponer que Morelos se encargaría en Tahuejo de algunas responsabilidades oficinescas. Los libros de "cargo y data" de una hacienda, eran cosa seria, y en Tahuejo alguien debió haberlos llevado. Quizá primero como ayudante, aprendiz de escribano, y después como responsable *total de la contabilidad* de la finca, cuando la práctica lo volvió ducho en tales menesteres, Morelos disfrutaría de una situación más jerárquica, dentro de aquella organización agrícola, que la de simple labrador. ¿En qué se funda nuestro supuesto? Primero, en que debió gozar de un regular sueldo, desde el momento en que, remitiendo periódicamente dinero a su madre, pudo ahorrar lo bastante para costearse una *carrera profesional*. Segundo, en su propensión ulterior a la minuciosidad contable, de su casa, de su curato, de su ejército. Gustó siempre de ser exacto, llevar al día sus cuentas, precisos los renglones del "debe" y el "haber"; y tal inclinación, sólo en Tahuejo pudo haberse desarrollado, pues al volver a Valladolid ya traía aprendida la mecánica de un sistema presupuestal y conocía, bien que empíricamente, las ventajas de llevar *en orden un libro de ingresos y egresos*, aun para una familia de modesta situación económica, como era la suya. Por último, el abandonar Tahuejo y caer derecho en las aulas de un solemne seminario, indica que Morelos se dio tiempo para estudiar por su cuenta y aumentar los conocimientos que recibiera del abuelo; y ello es más fácil que ocurriera en medio de un trabajo de oficina, y no en las labores de labranza que se desempeñaban entonces en turnos de sol a sol.

Lo anterior no se opone a que el futuro caudillo haya gastado en Tahuejo buena parte de sus energías en menesteres agrícolas. Al fin y al cabo, cultivar la mente y cultivar la tierra son, más que actividades contradictorias, complementarias; y la suma de ambas hace, necesariamente, menos vulnerable al individuo. Así, él retornó a su ciudad natal, en 1790, más curtido, más seguro de sí mismo, más experimentado; en fin, más hombre.

Andaba por los veinticinco años de edad, cuando Morelos abandonó Tahuejo, regresó a Valladolid y decidió abordar la carrera sacerdotal. ¿Cuáles fueron los motores que impulsaron esta última e inesperada decisión? Desde luego, nunca hemos creído en su vocación clerical. Su espíritu liberal, cierto gusto por la vida mundana, alguna inclinación a los negocios y al comercio, amén de lo que al final de su vida sería su auténtico y definitivo papel, el político-militar, son algunos de peso que se esgrimen para dudar de su propensión a entregarse al servicio de la iglesia. Siguió ese camino por necesidad y porque ofrecía menos dificultades. El sacerdocio era una carrera relativamente fácil, corta y que garantizaba pronto empleo, pues la burocracia eclesiástica, mucho más que la civil, disponía siempre de vacantes —aunque fuesen poco lucrativas y se hallaran en lugares apartados—, que los seminarios de todo el virreinato, con todo el caudal de pasantes que titulaban de año en año, no alcanzaban casi nunca a saturar. Así que, por agenciarse lo que ahora diríamos una profesión liberal, fue por lo que Morelos se inclinó hacia la carrera sacerdotal.

Inútil sería tratar de seguir paso a paso la evolución de sus estudios superiores, realizados en el Colegio de San Nicolás y en el Seminario Tridentino, porque parece que en los archivos de estos institutos no se han encontrado sus expedientes escolares. Los hallazgos documentales de don Enrique Arreguín y del ingeniero Benítez, constituyen valiosos eslabones para reconstruir los progresos de Morelos en las aulas; pero no dejan de ser cabos sueltos, aislados por lamentables lagunas que casi no se han podido llenar. En base a las declaraciones que al respecto rindió nuestro personaje durante el proceso que se le siguió en el Tribunal del Santo Oficio, a las constancias de algunos de sus maestros, al acta de su examen de bachiller en la Real y Pontificia Universidad y a los asientos que se inscribieron en el expediente de su ordenación sacerdotal, se puede concluir que, ni por el prestigio académico de los catedráticos que le enseñaron, ni por los textos que leyera, ni por la rapidez con que hizo sus estudios, Morelos pudo haber sido aviado de una formidable coraza intelectual. Lo cual no es ningún demérito; antes bien, resulta lógico, dadas las circunstancias del medio en que se movía y las especialísimas condiciones, materiales y morales, en que el casi adulto don José María se introdujo en los institutos de San Nicolás y del Seminario.

Los puntos a su favor, durante el periodo escolar, abundan y aun nos conmueven. Por ejemplo, el certificado que le

extendió su maestro de latinidad en San Nicolás, bachiller Jacinto Mariano Moreno, que muestra —como lo ha hecho notar Benítez, el descubridor del documento—, sin dejar lugar a dudas, que Morelos vino de Tahuejo a Valladolid, mucho más preparado de lo que generalmente se acepta. El testimonio, fechado el 24 de agosto de 1791, es por sí mismo elocuente:

Certifico... cómo don Joseph María Morelos ha cursado bajo mi dirección las clases de *minimos* y *menores*, en las que ha procedido con tanto juicio e irreprehensibles costumbres que jamás fue acreedor que usase con él de castigo alguno; y por otra parte, desempeñado el cargo de *decurión*, con tan particular aplicación, que por ésta consiguió verse sobre exaltado casi a todos sus demás condiscípulos. Que en atención a su aprovechamiento y recto proceder, tuve a bien conferirle, en consecuencia de todos sus referidos méritos, que fuese premiado con última oposición de mérito en la aula general, con la que se observa premiar a los alumnos de esta clase, la que desempeñó con universal aplauso de todos los asistentes...¹⁰

Tales eran sus progresos al principio de su carrera; mas, no perdió el ritmo, pues al final de ella, otro de sus maestros, el licenciado José María Pisa, "Catedrático de Teología Moral en el Seminario Tridentino", expresa en un informe, que Morelos estaba inscrito en su curso, desde el 1º de marzo de 1795, habiéndolo interrumpido durante unas semanas,

para pasar a recibir por la Universidad de México el grado de Bachiller en Artes, que efectivamente recibió, y volvió a dicha mi clase de Moral al cabo puntual de veinte y tantos días; y en cuanto a seguir asistiendo a ella, no ha hecho falta alguna, antes bien, cursa juntamente la Teología Escolástica, se porta con formalidad, es mozo de esperanzas y ha cumplido con las comuniones sacramentales de regla...¹¹

Y si antes, dicho licenciado Pisa hizo constar que en Filosofía "sacó primer lugar", ligando este aserto con el del bachiller Moreno —un lustro de estudios—, se colige que Morelos fue un alumno aplicado, puntual, respetuoso con sus maestros y disciplinado.

¹⁰ Benítez, *op. cit.*, p. 82.

¹¹ Arreguín, *op. cit.*, pp. 58-9.

Aunque Morelos realizó la mayor parte de su carrera en el Seminario, interesa más su paso por San Nicolás, donde su vida se cruzó, por primera vez, con la de don Miguel Hidalgo. Si el futuro Libertador abandonó el Colegio para hacerse cargo del curato de Colima, a principios de 1792, es inconcuso que por lo menos durante dos años, 1790-91, se mantuvo el contacto —teniendo como fondo aquel ilustre templo del saber— entre ambos personajes, llamados por el destino a demoler los cimientos de un virreinato tres veces secular. Lástima grande que carezcamos de detalles para precisar el hecho. Que Morelos no fue discípulo directo de Hidalgo, es un dato que no se discute; pero que a partir de aquel encuentro y hasta el final de sus días, don José María considerara al cura de Dolores como “su maestro” —de cultura, de la vida, de la “cátedra de Revolución”—, resulta, igualmente, verídico. En dos declaraciones rendidas ante el “Promotor Fiscal” del Santo Oficio, Morelos cita a Hidalgo en muy honrosos términos:

*Al primer capítulo de la acusación, dijo: que se creyó más obligado a seguir el partido de la independencia que seguir en el curato, porque el cura Hidalgo, que fue su Rector, le dijo que la causa era justa.*¹²

Y más adelante, confiesa algo que, de haberlo escuchado el aludido, se habría estremecido de júbilo:

*Al capítulo veintitrés, dijo: que entró en la insurrección no haciendo reflexión de lo que contiene el cargo, y llevado de la opinión de su Maestro Hidalgo.*¹³

Verlo por los corredores, colarse en un acto académico presidido por el rector, ir a su oficina por algún trámite administrativo, cambiar saludos, oírle disertar o hablar en tono coloquial rodeado de muchachos. ¡Cuántas ocasiones debieron habersele presentado al estudiante, para estar cerca de “su maestro Hidalgo”! ¡Y cómo le impresionaría aquella mirada de fuego, que sólo el pincel de Orozco ha podido recoger! Lo poco o mucho que ambos personajes se hayan tratado en Valladolid, antes de que Hidalgo saliera para Colima, es asunto marginal frente a una realidad aplastante: Morelos quedó atrapado para siempre en la mágica sugestión que irradiaba

¹² Publicación citada en la nota 7, p. 226.

¹³ *Ibid.*, p. 231.

la figura y el espíritu, saturados de impaciencia, del futuro Libertador.

A principios de abril de 1795, Morelos y otros cinco discípulos del licenciado Pisa, hicieron un rápido viaje a México, para presentar el examen de grado de Bachiller en Artes, en la Real y Pontificia Universidad. De su paso por nuestra máxima casa de estudios, nos queda, como brillante huella, el acta que testifica su examen recepcional. La reproducimos en fotocopia, porque es conveniente que se difunda el único testimonio directo que perdura de aquellas notables efemérides: la Universidad, que un día sería nacional, cobijando, con su nobleza característica, al joven que en tiempos no muy lejanos sentaría las bases del México nacional.¹⁴

Pero, aparte de la Universidad, ¿qué otros sitios de la capital visitó Morelos? ¿Qué impresión dejó en su espíritu la opulenta Corte? Joven provinciano, que viajaba con las talegas bien escualidas, sin relaciones en la gran ciudad y apremiado a regresar pronto a sus lares, es seguro que disfrutó poco de lo mucho que la metrópoli podía ofrecerle. Quizá se dio tiempo para curiosear por el Jardín Botánico, por la Academia de Bellas Artes y otros centros educativos y de cultura. Pasearía gustoso, asombrado y aturdido, por las principales calles, repletas de gente, de carruajes, de ruido. Muy medido en sus gastos y sabiendo de antemano cuántos tlacos y cuartillas podía darse el lujo de dilapidar, en sociedad con sus cinco paisanos, igualmente pobres de solemnidad, festejaría en algún figón cercano a la Universidad su recepción de bachiller. Pensaría en su madre y en su pequeña hermana, y no faltarían los consabidos "recuerditos de la capital" que, satisfecho, les compraría. Y, para saciar su curiosidad y nutrir el espíritu, ¿se desfalcara, adquiriendo unos cuántos libros? Acaso la *Guía de forasteros*, pues enterarse de los nombres de los funcionarios, las ocupaciones que tenían y otras menudencias de la estadística social, le podría reportar alguna utilidad en un futuro inmediato. Autores recomendados por su maestro, el licenciado Pisa, pudo agenciárselos en el

¹⁴ El Acta original en AGN, *Universidad* (Grados de Bachilleres en Artes, 1791-1842), t. 170, f. 17, dice así: "D. José María Morelos y Pabón, probados sus Cursos, recibió el Grado de Br. en Artes, por examen, aprobación y suficiencia, para cualquier facultad, de mano del Dr. y Mtro. que éste firma en veinte y ocho de abril de mil setecientos y noventa y cinco. Arguyeron los Doctores que en el inmediato de que doy fe. Presentóse de Baptismo, es legítimo y español, es natural de Valladolid. Dr. y Mtro. Alcalá. Diego Posada, Srio."

baratillo a precios de regalo. Y no es improbable que, cotizándose los seis escolapios provincianos, se hicieran de su *Gazeta*, el mismo día que salía, para estar al corriente de los sucesos de la guerra europea y de las noticias locales, unos y otras sujetos siempre a previa e implacable censura, aunque no por ello despojados de interés. Por último y para matar el tiempo durante el largo y tedioso viaje de retorno, ¿no se obsequiaría a sí mismo con una lectura especial? Libros prohibidos, ni pensarlos; pero, de los permitidos, a lo mejor se animó a gastar sus últimos reales en las *Cartas marruccas*, de Cadalso, anunciadas entonces como la novedad literaria del momento.¹⁵

Lo cierto es que las dos semanas escasas que Morelos pasó en la ciudad de México, durante la primavera de 1795, le brindaron la única oportunidad de su vida para admirar, a pleno sol y sin cortapisa de ningún género, la gran metrópoli que un día soñaría ver aclamándolo como su libertador, pero a la que retornaría, veinte años más tarde, no en el grato papel de vencedor sino en el ingrato de vencido, no a sentirla de nuevo bañada en luz sino sumergida en pavorosas tinieblas, no a gozarla con desbordante ilusión sino a padecerla con lacerante resignación, no a considerarla como el alegre escaparate de la vida sino a palparla como la antesala de la muerte —de su muerte.

Después del paréntesis capitalino, otra vez Valladolid. Con su flamante título de bachiller, Morelos reanuda sus cursos en el seminario y se apresta a cubrir con éxito la recta final de su carrera. Como si lo correttearan, acelera los engorrosos trámites que le son indispensables para llegar al fin deseado. Presenta solicitudes, informaciones de sangre, acta de bautismo, constancias de sus maestros, cartas de buena conducta, certificados de méritos, exámenes, etcétera. Y así, en un corto lapso de dos años, acumula los grados que tanto se ha afanado en conquistar. El 13 de diciembre de 1795, obtiene la primera tonsura y las cuatro órdenes menores; el 19, del mismo mes y año, gana el subdiaconado, al tiempo en que don José María Cos alcanza el diaconado; en sínodo de 10 de septiembre de 1796, se le examina para el grado inmediato superior, que aprueba, no sin grandes apuros, pues apenas

¹⁵ En la sección de anuncios de la *Gazeta de México* (viernes, 17 de abril de 1795), leemos: "En la librería de la segunda calle de Santo Domingo se hallará lo siguiente: *Cartas marruccas* del Coronel D. Joseph Cadalso... y varios minués, contradanzas y sonatas para violín, fuerterpiano y guitarra, de los señores Haiden [*sic*] y Pleyel."

logra la calificación de “positivo ínfimo”, en la actual jerga estudiantil, un verdadero “panzazo”; el 21 de septiembre, poco después del susto del examen, recibe del obispo San Miguel el diaconado; y, por fin, idéntico día, un año más tarde y en la misma promoción de la que formó parte don José Sixto Berdusco, es consagrado por el mismo prelado como presbítero, la máxima altura a que llegó dentro del escalafón eclesiástico.¹⁶

Tan sostenida constancia nos revela a un Morelos disciplinado, sistemático, cumplido —más que con sus superiores, consigo mismo—, consciente de que el tiempo perdido difícilmente se recupera y, sobre todo, seguro de sus capacidades para alcanzar una meta prefijada. Pero, además, tal actitud trasluce sus apremios económicos y el incentivo de procurarse un seguro bienestar y alejar a su familia de esa amenaza latente que era el espectro de la miseria. Por eso le urgía trabajar y hacer que empezara a reeditar su carrera, costeadas con sacrificios y privaciones sin cuento, como que en el curso de ella consumió, probablemente, todos los ahorros que trajo de Tahuejo.

En consecuencia, no esperó a ordenarse de presbítero para buscar empleo, hallándolo, como era lógico suponer, en el medio eclesiástico. El cura propietario de Uruapan, bachiller Nicolás Santiago de Herrera, lo llamó como auxiliar en las tareas del culto y para que se hiciera cargo de la pequeña escuela cural; y Morelos, a poco de obtener el subdiaconado, marchó a su nuevo destino.

Ya conocía Uruapan, situado en la ruta de Valladolid a Tahuejo, pero quizá nunca había tenido la oportunidad de disfrutar a sus anchas de aquella comarca, ubérrima como pocas en toda la vasta extensión del virreinato. Y haría suyos, sin duda, los conceptos que la calificaban, en una descripción contemporánea, como la versión auténtica del paraíso terrenal:

Su posición local es de rara y peregrina hermosura. La abundancia de sus claras aguas, que por todas partes le cruzan o pueden cruzar; la longitud y derechura de sus calles; la crecida multitud de sus huertas, llenas de platanales exquisitos, frondosos y copudos chirimoyos, naranjos dulces y agrios, duraznos, guayabos, limones, sidras, capulines y gigantescos aguacates que sombrean las chozas de los indios y casas de los de razón; el templado y sano clima; los serenos días y las frescas noches; las

¹⁶ Arreguín, *op. cit.*, “Morelos. Su expediente de órdenes sacerdotales. 1795-1797”, pp. 47-82.

campiñas de verdes trigos y amarillas milpas; las enredaderas de granadas de china y de chayotes, que serpentean y enlazan las ramas de tantos árboles: todo forma un compuesto que recrea y sorprende.¹⁷

Tal era el paisaje natural que sus ojos mirarían con deleite sin cansarse de admirarlo; y en cuanto al cultural, en lo que a él le interesaba, la misma relación nos da este valioso y curioso dato:

Hay once tiendas mestizas, tres patrones plateros, dos maestros pintores, dos carpinteros, un cantero, siete sastres, seis herreros, dos zapateros, un picador de borceguíes y tres barberos... Hay escuela y los honorarios del maestro se satisfacen de los bienes comunes que consisten, además de la contribución del real y medio en la renta anual, de ciento veintitrés pesos.¹⁸

El patrón o superior que tuvo don José María en Uruapan, era un individuo simpático y generoso. El cura Herrera —de él se trata— no escatimó elogios al abonar la conducta de su empleado, en un certificado que envió a la Mitra, fechado el 10 de agosto de 1797. Por este papel se pueden reconstruir, en parte, el tipo de vida y las actividades de Morelos, durante su estancia en aquella pintoresca población:

Se halla desempeñando en este pueblo, el título de preceptor en Gramática y Retórica, presentando en estos días, a pública oposición, tres niños que ya pueden estudiar Filosofía y otros dos que pasen a estudiar Medianos y Mayores, sin dejar por esta bien empleada atención, el estudio de materias Morales y Rúbricas, tratando sus puntos y conferenciándolos con grande aplicación y fundadas dudas...¹⁹

Y, especie de pasante en la profesión eclesiástica, a la que, presuntamente, iba a dedicar el resto de su existencia, el subdiácono, según el decir de Herrera, no pierde oportunidad para empaparse en los secretos y recovecos de aquella disciplina, pues,

es de público y notorio, que ha ejercido su oficio cantando epístolas y evangelios, asistiendo a las procesiones y a los actos de devoción,

¹⁷ "Descripción de Uruapan y pueblos de su jurisdicción, hacia 1790", original en AGN, *Historia*, t. 73, f. 367. Anónimo.

¹⁸ *Ibid.*, f. 368.

¹⁹ Arreguín, *op. cit.*, p. 76.

dando en todo muy buen ejemplo y frecuentando los santos sacramentos con notoria edificación y predicando el santo evangelio con acierto e instrucción en cuatro sermones panegíricos y dos pláticas doctrinales que le he encomendado... Asiste a ver practicar los sagrados ritos de bautismos, entierros, casamientos, viáticos, etcétera, para instruirse no sólo en la teoría sino también en la práctica... ²⁰

Por supuesto que no todo sería llevar ese tren de vida, abrumador y austero. La gente del pueblo era alegre, y Morelos, por su parte, gustaba del baile, de la música y de una que otra copita. Además, dentro de lo permitido, en las fiestas religiosas la participación profana del sacerdote era cosa obligada, y no vemos argumento que nos haga suponer el que nuestro maestro se negara a colaborar en esos inocentes jolgorios:

Nombran estos indios, capitanes de moros y soldados para la función de la Santa Cruz, y forman bailes, obligando el último día a su padre cura a que dance con ellos, y si lo resiste se contristan extraordinariamente. ²¹

¿Cuántas veces el ocupado Herrera cedería su puesto de danzante al vigoroso auxiliar? Es seguro que más de una, lo que no lesionaba, de ningún modo, la estricta formalidad que aplicaba en el desempeño de sus tareas oficiales. Porque si alguien hubiera opinado hacia los últimos años del siglo XVIII —en realidad, opinó el cura Herrera—, respecto a la certidumbre de su vocación, habría jurado que en Morelos germinaba la semilla del sacerdote nato, del hombre destinado a servir, primero a Dios y después a sus hermanos.

Mientras gestionaba el diaconado y el presbiterado, iba y venía de Uruapan a Valladolid. Ya titulado, quedó adscrito, por muy breve tiempo, como coadjutor de la parroquia de Uruapan, con licencia de “celebrar misas, confesar y predicar en el curato”; pero, empeñado en extender su radio de acción, con el fin de asegurar mayores ingresos, solicitó del obispo que el permiso se le ampliara,

a los curatos rayanos y a donde haya necesidad o negocio mío, llevando letras del párroco de mi adscripción; y por acontecer muchas fragilidades, con difícil recurso al superior, suplico así-

²⁰ *Ibid.*

²¹ “Descripción de Uruapan...”, *op. cit.*, f. 368.

mismo a la benignidad de V.S.I. se digne concederme la facultad de habilitar *At petendum debitum* y la de revalidar matrimonios *In foro conscientiae*.²²

Poco tiempo iba a aprovecharse del ascenso recibido, pues el 25 de enero de 1798, el obispo San Miguel extendía su nombramiento de cura interino del pueblo de Churumuco. En febrero abandonaba Uruapan: otra vez el trajín por los caminos tarascos, en ansiosa búsqueda de un mejor acomodo, temporal y espiritual. Iba a mudar de aires y de tierras, y no sabía si salía beneficiado con el cambio, pues en una época en que el filósofo Rousseau y el viajero Bougainville cantaban hasta la hipérbole las delicias de la vida natural, en medio de un escenario pródigo, exuberante, verde sensual y pasional, lo que atrás dejaba Morelos no podía considerarse, de ninguna manera, un mundo despreciable. Y es que Uruapan no era Tahuejo, ni tampoco sería, seguramente, Churumuco.

Tres lustros después volvería a recrearse en esos paisajes idílicos. Las frescas aguas del Cupatitzio le harían olvidar, por momentos, el peso abrumador de sus nuevas y grandes responsabilidades, pues que forjar en el yunque de una sola generación la estructura de un Estado moderno, no era asunto cotidiano ni tarea rutinaria de un individuo. Y en el verano del trágico 1815, Morelos, convencido de que los deberes para con la patria no permiten a los hombres, con frecuencia, darse el lujo de vivir entre las flores y los aromas de un sitio encantador y privilegiado, abandonó para siempre Uruapan y cambió aquella floresta incomparable por las veredas reseca y polvosas que lo conducirían, primero a Temalaca y después a Ecatepec.

En marzo ya estaba en Churumuco, al frente de su nuevo puesto "con increíble regocijo —escribe por entonces—, porque el obispo se digna elegir pequeños para empresas grandes; y aunque no me hallo suficiente para desempeñar tan grave cargo...",²³ eso no obstó para que lo aceptara sin objetar. Ahí permaneció poco más de un año.

Cercano al Jorullo, que tantos estragos causó a la comarca en la célebre erupción de 1759, el pueblo de Churumuco, sin ofrecer la espléndida imagen de Uruapan, no era un lugar inhóspito ni dejado de la mano de Dios. Descrito por Dorantes de Carranza, hacia 1605, daba buena impresión, y

²² Arreguín, *op. cit.*, p. 82.

²³ Benítez, *op. cit.*, p. 85.

no es creíble que dos siglos después hubiera cambiado radicalmente:

Está situado en un llano alto desabajado y de muy lindo y gracioso asiento, sin árboles ni otras sombras, en suelo muy enjuto y seco, espacioso y de largura... que ponen al sitio en cuadra y traza de plaza, dándole muy buena facción y salidad de llanos y tierras muy fructuosas, largas y bastantes para una muy buena congregación. Es temple muy caliente pero muy sano por ser tan seco; goza de muy buen cielo, que aunque no llueva sino raras veces, no impide a las cosechas de maíz y otras cosas de que son muy aprovechados [los habitantes].²⁴

Morelos no debió pasarla del todo mal en aquella comarca,

teniendo, como tiene, muchas y espaciosas tierras donde cogen muchos frutos, como son, mucho maíz de temporal y riego que le hay todo el año y humedades del río Grande [Balsas], melones y sandías en gran cantidad, chile, frisoles y camotes, tomates y mucho algodón, chíca, nacascalote, fuera de muchas tórtolas que cazan al año más de cinco mil, gran número de bagres grandes y pequeños, mojarras, camarones grandes de a palmo, innumerable suma de iguanas y mucha miel...²⁵

Si a esto añadimos las ricas minas de cobre de Inguarán, situadas en la misma región, que tan buenos servicios rendirían al propio Morelos durante la guerra de independencia, nos podemos dar una ligera idea de que el cura de Churumuco no padecería con la morosidad de sus feligreses en el pago de las obvenciones parroquiales.

Morelos llamó a su lado a su madre y a su hermana, pero no creemos, como afirma Benítez, que "el clima mortífero de Churumuco minó muy pronto la salud de los familiares del señor cura, haciendo estragos especialmente en la señora Pabón".²⁶ El clima no era el malsano sino la salud de la señora. Su hijo la envió, junto con Antonia, a Valladolid, pero no pasó de Pátzcuaro, donde, agravándose sus males,

²⁴ "La Relación de La Guacana, Michoacán, de Baltasar Dorantes Carranza. Año de 1605", versión paleográfica e introducción por Ernesto Lemoine V., en *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1962, t. III, núm. 4, pp. 685-6.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Op. cit.*, p. 54.

falleció, el 5 de enero de 1799. La fecha fue nefasta para Morelos: quince años después, en el mismo día, sufriría su ejército el decisivo revés de Puruarán, que sería el principio del fin de su carrera militar. Por el costo que tuvieron los funerales de doña Juana, y cuya relación pormenorizada publica Benítez, se advierte que el deudo tuvo empeño en que se hicieran con cierta solemnidad; ciento sesenta y seis pesos, seis y medio reales, que importaron, eran, para la época, una crecida cifra, que Morelos, buen hijo, liquidó casi en su totalidad; y ello confirma, además, que su situación económica no era ya lo angustiosa que presentan algunos biógrafos del caudillo.

No porque Churumuco fuese un sitio ingrato, sino por la natural propensión del individuo a mejorar de destino, fue por lo que Morelos solicitó de la Mitra que se le cambiara de curato. Añoraba uno de rica y solvente feligresía, y aunque en el obispado de Michoacán sobran los que reúnen tales características, éstos se asignaban a clérigos o muy recomendados, o de vasta experiencia, o españoles. Ninguno de los tres atributos citados convergían en nuestro personaje, así que, Morelos hubo de conformarse, a principios de 1799, con el curato de Carácuaro y Nocupétaro, situado en la tierra caliente de Huetamo; y no sabemos si salió beneficiado con la mudanza.

¡Carácuaro! El nombre suena, el lugar sugiere, el futuro como que se adivina. Ahí pasó nuestro Morelos la década inmediata anterior a su actividad revolucionaria. En medio de los diarios y pequeños problemas, inherentes a un cargo como el suyo, fue, empero, aquella comarca, la última que pudo disfrutar en la muelle situación de un individuo como cualquier otro, fundido en la masa, de espaldas a la fama, haciendo "sus centavitos", aumentando con regularidad periódica el volumen de su vientre, asegurándose una holgada vejez y, cuando le llegara la hora de dejar este mundo, unos funerales por lo menos tan decorosos como los que había tenido su madre. Mucho tiempo después y en otras latitudes, el genio de Balzac lograría precisar, en trazos magistrales, la figura del buen burgués, ese que, en parte, parece coincidir con el retrato físico y espiritual del Morelos de Carácuaro.

Arribó a su nuevo curato de 33 años —la edad de Cristo—, y salió de ahí a los 45, cuando ya las multitudes acaudilladas por su maestro, el insólito Hidalgo, rompían la secular tranquilidad de Nueva España. Para reconstruir la existencia

de don José María durante aquel ciclo, no hay más fuentes disponibles que las publicadas por Arreguín y Benítez, autores ampliamente citados en el curso de estos apuntes. Por los papeles que han exhumado de los archivos de Morelia, se puede emitir una primera observación en torno al personaje: que éste, llegado a Carácuaro, emprendió una rápida tarea de recuento geoestadístico de la comarca, para enterarse de los recursos humanos y económicos que podría aprovechar; y al pulsar que el balance era positivo, decidió permanecer ahí por tiempo indefinido.

No de otra suerte se explica el método bajo el que normó sus actos en los años sucesivos. La minuciosa contabilidad de su casa, llevada al día con aquella disciplina aprendida en Tahuejo; el buscar y hallar pronto actividades diversas de las de su ministerio, que pudieran permitirle aumentar sus ingresos —igual que Hidalgo en Dolores—; el exigir, imperioso, de sus feligreses las obvenciones y servicios que estaban obligados a dar; el cumplir, puntual y exacto, con los informes que periódicamente debía rendir a la Mitra; el fabricarse “casa solariega” en Valladolid, para llegar a la ciudad y recibir gente, no en la condición de un presbítero con el traje raído, sino como todo un señor clérigo, afecto a la buena vida que su trabajo le costaba. El bienestar que disfrutó entre 1800 y 1810, nada gratuito ni caído del cielo, sino por el contrario, logrado a base de un esfuerzo permanente y sistemático, propio de la línea mental de un burgués —siempre obsesionado en mejorar—, fue obtenido, de grado en grado y de día en día, de la generosa comarca de Carácuaro-Nocupétaro. Y es bueno recordarlo, porque se ha hecho idea vulgar, que a Morelos se le castigó enviándolo a un curato infernal, paupérrimo y donde tuvo que llevar, por necesidad, una existencia miserable y desventurada.

No era aquello el paraíso, naturalmente; pero Morelos, dinámico, mimético para adaptarse pronto a un lugar, habituado ya a la tierra caliente y ducho en los negocios, no tuvo serias dificultades para abrirse paso ahí: echó raíces y hasta se dio el lujo de engendrar un hijo. La jurisdicción que en parte quedó a su cuidado, fue censada en 1793, arrojando un total de 777 vecinos (no habitantes, sino cabezas de familia), repartidos en las cuatro localidades de San Agustín Carácuaro (291), Santa Catalina Nocupétaro (266), San Francisco Acuyo (34) y Santa Catarina Purungueo (186). Comparados estos datos con un recuento anterior, observaba el censador:

resulta el aumento de 201 vecinos, que sin duda sería mucho mayor, a no haber experimentado aquella jurisdicción dos pestes en los años de 1791 y 1792 que, según se informa, hicieron terrible estrago en sus habitantes, especialmente en los infelices, como son los más, que por lo regular carecen de todos los preservativos naturales y de los necesarios auxilios para la preservación de la salud cuando son tocados del contagio; pero la situación de los lugares que comprende, comercios en ellos establecidos y proporciones, aunque cortas, que franquean sus vecinos, habituados ya a aquel temperamento, parece mantendrán por lo menos sin disminución, el vecindario con que en el día se hallan aquellos pueblos.²⁷

El panorama no debió haber cambiado mucho seis años después, cuando Morelos llegó a Carácuaro. Y, sin embargo, los naturales del pueblo se le sublevaron, a poco tiempo de haberse encargado del curato, acusándolo de explotador y negrero, "que nos regaña y se enoja con nosotros y aún nos maltrata", por no cumplir con su manutención, debido a "nuestra pobreza, insolvencia y miseria".²⁸

Morelos conoció a través de dicha queja, al arquetipo del indígena mexicano: ladino, quejumbroso, desconfiado del criollo y del mestizo, siempre a la defensiva, expositor perenne de agravios que arrancaban desde los tiempos del Caltzontzin. Sin brizna de sentimentalismo, el cura contraatacó, y en la defensa que remitió a Valladolid, puso los puntos sobre las íes, con razones dignas de un ilustrado de su época; pobres eran, mas exageraban su pobreza; la peste los había flagelado, pero "sólo murieron dos casados, dos muchachos y una mujer en todo ese año"; recursos no les faltan, "pues tienen zafra de sal y algunas rentas"; y en cuanto al maltrato, "no ha pasado de advertirles, como a ignorantes, lo que deben hacer con sus respectivos superiores, instruirlos y darles consejos paternales".²⁹ Morelos ganó el pleito, pero más que nada, aprendió una lección que le sería de incalculable utilidad en sus días de revolucionario. Y es que comprender las necesidades del pueblo, no compagina con alentar sus debilidades. Aclarados los derechos y deberes de uno y otro, clérigo y vecindario, el incidente los libró en el futuro de cualquier tensión grave, y la armonía llegó

²⁷ Datos del Censo de Revillagigedo, testificados en Valladolid, a 24 de diciembre de 1793. Original en AGN, *Historia*, t. 72, f. 47.

²⁸ Arreguin, *op. cit.*, p. 34.

²⁹ *Ibid.*, p. 36.

a ser tal, que de Carácuaro sacaría Morelos el primer contingente de soldados, cuando se decidió a cambiar la sotana por el fusil.

Entre misas, bautismos, casamientos y honras fúnebres, Morelos se dedicaba al comercio, comprando granos y otros productos de la región, que remitía a Valladolid, de donde le retornaban mercancías para expenderlas entre la gente de su curato. Tenía sus propias recuas, que iban y venían, de la capital del obispado a la feligresía del pequeño magnate, aportando siempre unos reales de ganancia; tantos, que el 17 de agosto de 1801, adquiría en su ciudad natal y por la cantidad de 1,830 pesos, la casa situada “en la calle que baja de la Plazuela del Hospital al Río Chico, fabricada en un sitio de treinta y tres varas de frente por cuarenta y dos de fondo, con tres accesorias a la parte sur”.³⁰ Adquirida con una sola planta, el nuevo propietario la aderezó, le echó un nuevo piso y aumentó el número de las accesorias. Se agenció un socio de confianza, don Miguel Cervantes, que en la misma casa atendía el expendio de los productos que desde Carácuaro enviaba don José María y, a la vez, ahí acumulaba las mercancías destinadas a tierra caliente, a nombre del activísimo cura. Y como para que todo quedara en familia, Morelos consentía en el casamiento de su hermana con su “agente financiero” en Valladolid.

No paraban ahí los quehaceres de nuestro personaje. El ingeniero Benítez, restaurador de la casa de Morelos, ha observado que cuando el ilustre insurgente reconstruyó su casa en Valladolid “ya era un experto en el arte de la construcción”, pues se solicitaban sus servicios en tales menesteres, como lo comprueba el autor, con un precioso testimonio: la carta escrita desde Nocupétaro, el 5 de diciembre de 1803, a su futuro cuñado, en la que dice Morelos:

Llegué a ésta sin novedad; pero sí la hallé en Canario, que me salieron con que no pagan las mejoras de la hacienda que iba a fabricar, por lo que puede ser que no siga esta obra; y, de consiguiente, se ha suspendido la suministración de reales.³¹

³⁰ Benítez, *op. cit.*, p. 112.

³¹ *Ibid.*, p. 114. La valiosa hacienda de Canario, en la jurisdicción de Ario, fue adquirida por don José de la Piedra en 1750 (AGN, *Tierras*, t. 681, exp. 3), cuyo hijo, don José Mariano de la Piedra fue el que encargó a Morelos, a principios del siglo XIX, las obras de construcción a que se refiere el cura en esta carta. Las relaciones entre propietario y “arquitecto” debieron ser a partir de entonces tan cordiales, que don José Mariano se incorporó desde el principio

Experto en contabilidad, maestro de escuela, sacerdote, comerciante, transportista, maestro de obras, etcétera: he ahí —sin contar las aventuras sentimentales— al Morelos anterior a 1810. Un hombre que a diario se partía la cara para ganar el pan y que, presumimos, no aspiraba a otra cosa que a la muy legítima de vivir su mañana en mejores condiciones que su ayer. Eso creía él, porque, al fin y al cabo, en la quieta y somnolienta Nueva España, ¿a qué otra cosa podía aspirarse? Pero el destino le tenía reservado, a él y a muchos otros, una nunca imaginada sorpresa. Y un día, mejor dicho, una madrugada, el repiquetear insistente y dramático de la campana de una parroquia, situada a muchas leguas de Carácuaro, lo despertó de súbito y le reveló al instante algo en que nunca había reparado: que por muy honrosa y honesta que sea la existencia vegetativa del individuo, es insuficiente e inconclusa, en cuanto sintetiza y resume al alma que nació para ser pequeña. Morelos no se conformó con esa dimensión, y al oír el mensaje que venía de Dolores, salió de Carácuaro, más que al encuentro de la voz que lo llamaba, a encontrarse a sí mismo.

II

LA ENTREVISTA DE CHARO-INDAPARAPEO

Ignoramos cuáles serían las reacciones de don José María, ante los graves sucesos que a partir de 1808 precipitaron a la monarquía española por la pendiente de la disolución. La caída de Godoy, las abdicaciones de los reyes, la lucha del pueblo español contra el invasor francés, la presencia del intruso José Bonaparte, la creación de las juntas patrióticas: todo esto no podía dejar en la indiferencia al más renombrado o al último súbdito de un instituto poderoso, que en varios siglos jamás había dado muestras de inestabilidad; pero, vista la cuestión desde el remoto e insignificante curato de Carácuaro, aquel marasmo ultramarino interesaba sólo como un incidente más de la historia universal, que poco o casi nada venía a romper el hilo de la vida rutinaria, en uno los incontables poblados —y no de los mejores— que caían dentro del vasto mapa del Imperio.

de la revolución a las filas del caudillo. Fue capturado poco después del sitio de Cuautla y ejecutado en la ciudad de México, junto con don Leonardo Bravo, el 14 de septiembre de 1812. Véase al respecto, nuestro Doc. 33.

Más cercanos a su patrimonio afectivo fueron las perturbaciones que en la capital del virreinato dieron al traste con el gobierno de Iturrigaray y condujeron a las cárceles a un puñado de distinguidos e ilustrados criollos. Y todavía, mucho más propenso a lesionar el ordenado sistema que normaba, con sobra de orgullo propio, su vida misma, fue el escándalo de Valladolid, de diciembre de 1809, en que abortó la conspiración de los Michelena y del padre Santa María. Morelos tenía intereses en su ciudad natal, mas no por ello parece haberse alarmado gran cosa con lo que estaba ocurriendo en las mismas vecindades de su domicilio, físico y mental. Tardó tiempo en percatarse de la gravedad de aquella situación, "al filo del agua" —como diría don Agustín Yáñez—, en la que una nueva y vigorosa generación se aprestaba a liquidar toda una época, enferma de esclerosis.

Es probable que los nombres de Primo Verdad, Melchor de Talamantes, José Mariano Michelena, Vicente Santa María y otros similares, no conmovieran su sensibilidad o no despertaran en él ese impulso dormido que es capaz de modificar, en un giro de treientos sesenta grados, una conducta determinada. Pero, cuando en el escenario surgió la figura, demoníaca y fascinante, del hombre que poseía los arrestos suficientes para levantar de su sueño letárgico, no sólo a un antiguo discípulo, sino a un pueblo entero, entonces, y sólo entonces, se prendió la chispa en aquel ser pasivo y conformista, hasta volverlo un volcán en actividad, un prosélito del dios Marte, un convencido de la lucha social como medio para "desfacer entuertos" seculares.

En ningún lugar de la América española tuvo la revolución de independencia inicios tan explosivos y radicales como en nuestro país. El *Grito de Dolores*, inesperado, inimaginable, hermoso y a la vez escalofriante, advirtió a todos los desprevenidos moradores de Nueva España, que les esperaban largos años de "sangre, sudor y lágrimas" —para utilizar la célebre frase de Winston Churchill— en el camino a recorrer, a partir de ese memorable día, y cuya única meta era la transformación de un mundo viejo por otro nuevo.

Que los augurios no eran sólo escarceos literarios, se comprobó desde el principio. Ahí estaba el ejemplo de las escenas dantescas ocurridas en Guanajuato, muy en particular las que tuvieron como escenario el edificio de La Alhóndiga, ante cuya visión la toma de la Bastilla resultaba casi un juego de niños. Y el incendio cundió con tal rapidez, que antes de un mes de haberse prendido, las llamas alcanzaban a Valladolid, la cuna de Morelos.

Desde su retiro, el cura de Carácuaro, al recibir las primeras noticias del alzamiento, intuyó que la conflagración no tardaría en llegar hasta él y arrastrarlo. Su primer cuidado fue preservar de la violencia a sus seres queridos, e imaginando que Valladolid no tardaría en quedar dentro de la línea de fuego, el 14 de octubre escribió a su cuñado: "Si Ud. gustare que mi hermana y sobrinita se retiren por acá unos días por modo de paseo, mientras pasan las balas, con su aviso mandaré remuda."³² Mas los acontecimientos se sucedían con una velocidad tal, que el individuo más previsor no podía alcanzarlos. Para esas fechas, el valle de Guayangareo se hallaba ya sumergido; el intendente y el obispo electo —el tortuoso Abad y Queipo— iban de huida, como si el diablo les pisara los talones, rumbo a la capital; los primeros grupos de insurgentes entraban en Valladolid el 15 de octubre; el 17, Hidalgo, ya no el desconocido "Cura de Dolores", sino el "Generalísimo de los Ejércitos Americanos", se hacía aclamar por los habitantes de la ciudad conquistada; y el 18:

La plebe se ha alborotado
formando graves contiendas
por querer abrir las tiendas:
este es punto declarado.
Tumulto lo habían formado
pues ávida de rigor
con *jondas* y cruel vigor
hicieron crecido alarde
pues que causó en esa tarde
Valladolid gran pavor.³³

Pero, si a través de la lírica popular se traslucía el "gran pavor" que el desenfreno de la muchedumbre ocasionaba al vecindario vallisoletano, la verdadera proyección del movimiento se manifestaba por los debidos conductos oficiales, a la luz del día, asumiendo sus dirigentes, a conciencia plena, la responsabilidad toda de sus actos. Porque el 19 de octubre de 1810, y en la misma ciudad que viera transcurrir sus días de estudiante y de maestro, don Miguel Hidalgo anunciaba al pueblo mexicano el indudable carácter de revolución social que sería el sino y el signo de esa cruzada. Por medio

³² Benítez, *op. cit.*, p. 98.

³³ Poesía popular insurgente, anónima, en AGN, *Operaciones de Guerra*, ff. 597-603.

de don José María de Ansorena, intendente de Valladolid recién nombrado por él, promulgó ese día el primer decreto de abolición de la esclavitud que registran los anales mexicanos:

... prevengo a todos los dueños de esclavos y esclavas, que luego inmediatamente que llegue a su noticia esta plausible superior orden, los pongan en libertad... para que puedan tratar y contratar, comparecer en juicio, otorgar testamentos, codicilos y ejecutar las demás cosas que ejecutan y hacen las personas libres.³⁴

Luego de señalar severas penas a los que contravinieran tal mandato, Hidalgo lanza un salvavidas económico a los de abajo, naufragos en un mar de impuestos, gabelas y extorsiones:

Es también el ánimo piadoso de S.E., quede totalmente abolida para siempre la paga de tributos para todo género de castas, sean las que fueren, para que ningún juez ni recaudador exijan esta pensión, ni los miserables que antes la satisfacían la paguen, pues el ánimo del Excmo. Sr. Capitán General es beneficiar a la Nación Americana [mexicana] en cuanto le sea posible.³⁵

En el mismo documento estipula otras medidas de alivio a los menesterosos (como la supresión de las aduanas interiores) y formula una sombría amenaza a cuantos se dediquen al pillaje, so pretexto de la misma insurgencia: "Se previene a toda la plebe, que si no cesa el saqueo y se aquietan, serán inmediatamente colgados, para lo que están preparadas cuatro horcas en la Plaza Mayor."³⁶

Así se transformaba un mundo en el que sus integrantes habían vivido, hasta entonces, bajo la consigna de "callar y obedecer", según la máxima estampada en un papel público por el virrey Marqués de Croix. Y que todos, de grado o por fuerza, tendrían que colaborar en esta mutación, lo dio a entender el Generalísimo aquel mismo día: de los fondos de la catedral, se le entregó la cantidad "de ciento catorce mil pesos, en 19 de octubre último, como acredita el recibo de la misma fecha que testimoniado acompaño", explicó el Conde

³⁴ El bando original de Ansorena en AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 4, f. 77.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

de Sierragorda al comandante realista José de la Cruz, cuando la ciudad fue recuperada por éste.³⁷

Breve fue la estancia del cura de Dolores en Valladolid. Le urgía marchar sobre México y, en consecuencia,

el día 20, como a las diez de la mañana, comenzaron a salir de la ciudad las tropas de indios, de modo que a las once apenas quedaban algunos pocos. Antes se había marchado Hidalgo con los dragones y otra porción de tropa; en seguida el regimiento de Valladolid, y como a las tres Allende con más tropa, y sólo quedó Aldama, que salió como a las seis de la tarde...³⁸

En medio del barullo de aquella masiva movilización, en ese ambiente cargado de tensión, de aflicciones y de esperanzas, se presentó Morelos en Valladolid, después de que había salido Hidalgo y antes de que lo hiciera Allende. ¿Qué vientos lo llevaban a ese hervidero de violencia, cuando apenas unos días antes él mismo recomendaba a sus familiares que se alejaran del tiroteo? Uno solo: iba en busca de la revolución. Y lo primero que hizo, fue inquirir por el caudillo. ¡Con qué ansiedad debió haber recibido la noticia de que Hidalgo hacía varias horas que marchaba por el camino real de México! Sin perder un instante, salió en su seguimiento y al medio día lo alcanzó en la población de Charo.

El lugar donde se efectuó este encuentro, del que tantas mieces recogería la insurgencia, no había sido seleccionado de antemano por los protagonistas. Pero como a menudo los

³⁷ Detalles interesantísimos del "terror blanco" impuesto por Cruz en Valladolid, se encuentran en el citado t. 4 de *Operaciones de guerra*. A f. 35, un informe confidencial, fechado el 3 de enero de 1811, dirigido a Venegas, sobre individuos afectos a la insurgencia, menciona al Corde de Sierragorda, de la siguiente manera: "Americano, sujeto que goza una influencia en el pueblo extraordinaria; pero débil, adulator del cura rebelde Miguel Hidalgo y sus otros compañeros. En su casa concurrían a jugar el billar y allí se conferenciaba públicamente sobre la insurrección, poniéndose él de parte siempre de los revoltosos. Conviene quitarlo de aquí." Y en cuanto a Abad y Queipo, no sale mejor librado: "El Sr. canónigo penitenciario, electo obispo de esta diócesis, retirado a México por el mismo motivo, europeo, no es a propósito para obispo y menos para el de esta ciudad. Su carácter ha dado bastante motivo a los males del día."

³⁸ "Relación de Sebastián de Betancourt y León, Canónigo de la Catedral de Valladolid, Teniente Vicario General Castrense por el Illmo. Sr. Dr. D. Manuel Abad y Queipo, Obispo electo, de la entrada de Hidalgo en Valladolid y ocupación de esta ciudad por los insurgentes, en 1810." AGN, *Historia*, t. 116, f. 204.

hechos casuales encierran algún significado profundo, ajeno a la voluntad, en aquel viejo pueblo de origen matlatzinca y a la vera del suntuoso convento edificado por los agustinos en el siglo XVI, se unieron las fuerzas ciclópeas de dos grandes mexicanos para destruir la obra que tres centurias antes había levantado el genio y el ingenio de Hernán Cortés, de cuyos herederos eran precisamente el burgo y los ejidos de Charo. Y así, bajo la sombra funesta del Marqués del Valle, Hidalgo y Morelos se saludaron de nuevo, después de casi veinte años de no verse.

El Generalísimo no podía detenerse. El ejército popular —supuesto que era puro pueblo— seguía su marcha, e Hidalgo convidó a su antiguo discípulo a que lo acompañara durante la siguiente jornada, para platicar, lo más amplio que las circunstancias permitían, sobre el asunto que a ambos interesaba. Hicieron alto en Indaparapeo, no más de dos leguas adelante de Charo, y ahí el cura de Dolores ofreció a su colega, el de Carácuaro, compartir el pan y la sal, mientras discutían su trascendental acuerdo.

Ninguna relación directa conocemos acerca de los pormenores de esta entrevista, salvo la que el propio Morelos expuso, cinco años más tarde, y bajo una tremenda compulsión, durante los interrogatorios a que lo sometió Manuel de la Concha, en los días de su proceso. El valor de este dicho, aun viniendo de Morelos, es muy relativo, porque la falta de libre albedrío —que fue el caso en que se halló entonces el abatido caudillo— produce confesiones incompletas, distorsionadas, minimizadas o ayunas del auténtico sentimiento de la persona, imposible de externarse en esas condiciones. De memoria sabemos lo que Morelos dijo ante sus torturadores: que Hidalgo lo nombró su "Lugarteniente" para levantar en armas el Sur y tomar Acapulco; que le dio carta blanca para expedir nombramientos, destituir autoridades españolas de los pueblos que ocupara, embargar bienes; y en cuanto a los motivos de aquella revolución,

eran los de la independencia, a que todos los americanos se veían obligados pretender, respecto a que la ausencia del rey en Francia les proporcionaba coyuntura de hacer aquella...³⁹

Así vista la comisión recibida por Morelos, es cierto que resulta amplia y muy satisfactoria para la historiografía.

³⁹ Véase la declaración de Morelos, rendida el 28 de noviembre de 1815. Doc. 226.

Pero hay algo más, que el interesado no pudo ni quiso decir en su calabozo de la Ciudadela. Y es que, en Indaparapeo, durante la comida y en la sobremesa, don José María quedó abismado, fascinado con las elocuentes explicaciones que su superior le hacía, sobre la razón de ser de la revolución. De los ojos de Hidalgo se desprendían llamas; sus nervudas manos golpeaban con fuerza los duros tablones de la mesa; de su garganta salían turbonadas de palabras, recias, enfáticas, lógicas, pasionales, demoledoras; argumentó: primero la violencia; hay que echar a andar la *bola*, y hasta después vendrá el cauce institucional del movimiento, la reunión de un "Congreso Nacional" que sienta las bases del Estado independiente. Los riesgos para quien acometa semejante empresa —advertiría—, son múltiples, y es seguro que ni Ud. ni yo veremos el fin de la obra; pero, al mismo tiempo el premio será de incalculable magnitud. Y nada de titubeos, retrocesos o claudicaciones: revolución que se detiene o transa, es una revolución perdida —lo mismo diría, un siglo después, don Luis Cabrera.

Que Morelos, como la mariposa clavada por el alfiler del entomólogo, quedó prendido en la dialéctica de Hidalgo, no hay la menor duda. Escuchó atento, sin perder palabra, la larga y profunda disertación de éste, su verdadero maestro. Y salió de la entrevista, tan convencido como iluminado de que un horizonte muy amplio se le presentaba, y que la Providencia, por intermedio del señor Hidalgo, lo había señalado a él, precisamente a él, para abarcarlo, para dominarlo.

Como justificante de su comisión, Hidalgo le extendió un nombramiento, cuyo contenido debió haber sido similar al que firmó el Generalísimo tres días después, en Acámbaro, y cuyo texto insertamos en nuestro documento 2; pero, lo más profundo, detallado y afectivo de aquel nuevo empleo que obtenía, lo llevaba inscrito en las celdillas de su cerebro y en las concavidades de su corazón. Con tales garantías, imperecederas, Morelos se despidió de Hidalgo, quizá presintiendo que nunca más volverían a verse. Unidos por el mismo ideal, el destino los llevaba por rutas opuestas: el uno terminaría su asombrosa vida terrenal en los páramos del norte; el otro haría del sur el teatro de sus más insólitas y extraordinarias hazañas.

Muy noche regresó a Valladolid. Durmió unas cuantas horas en su casa: las últimas de su existencia que la disfrutaría. Temprano salió y se dirigió a las oficinas de la Mitra, en busca del gobernador de ella, el Conde de Sierragorda,

uno de los títulos nobiliarios de aquel tiempo que hicieron el máximo honor a su prosapia, reconociendo la justicia del movimiento insurgente.⁴⁰ Morelos habló breves minutos con él, exponiéndole su asunto, que resolvió al instante el antiguo protector de fray Vicente Santa María; pero remitió al peticionario con el secretario de la Mitra, Ramón de Aguilar, para que asentara los registros correspondientes. Dieron las nueve de la mañana y Aguilar no aparecía en su despacho. Morelos lo aguardaba nervioso, febril, alucinado todavía por los efectos de la plática tenida con Hidalgo el día anterior. No quiso esperar un momento más; tomó papel y pluma y garabeteó, salpicando de tinta las palabras que escribía a la carrera, como si lo persiguieran, la minuta de su negocio, testimonio fantástico del estado de ánimo que lo embargaba en el momento mismo de anunciar, a los mexicanos de entonces y a la posteridad, su ingreso formal en la revolución:

Por comisión del Excmo. Sr. don Miguel Hidalgo, fecha ayer tarde en Indaparapeo, me paso con violencia a correr las tierras calientes del Sud; y habiendo estado yo con el señor Conde para que se me ponga coadjutor que administre mi curato de Carácuaro, me dijo Su Señoría lo pidiese a Ud., a quien no hallándole hasta las nueve de la mañana, y *siéndome preciso no perder minuto*, lo participo para que, a letra vista, se sirva Ud. despachar el que halle oportuno, advirtiéndole me ha de contribuir con la tercia parte de obvenciones.⁴¹

Es pasión por su nuevo destino lo que trasluce el texto anterior. Una fuerza interior lo acicateaba para lanzarse desde luego a la lucha. Lo llamaba —decía él—, con violencia, la tierra caliente del Sud, y le era preciso “no perder minuto”. Pero, además, en su ocurso al secretario Aguilar, se confirma su hábito de hombre ordenado, que desea no dejar tirados los asuntos de su curato, para el que pide coadjutor. Y luego, lo más asombroso: como si la misión guerrera que le encomendara el cura Hidalgo fuera a durar unos meses, y que al fin de ella el torrente desbordado volvería a su cauce, Morelos se preocupa por asegurar la pro-

⁴⁰ Véase la nota 37. Conviene recordar que el Conde protegió al padre fray Vicente Santa María, vallisoletano como Morelos, conspirador en 1809 y revolucionario activo en 1813, año de su muerte.

⁴¹ Véase Doc. 1.

piedad del cargo que desempeña en Carácuaro y advierte que se le pague religiosamente la tercera parte de las obveniones parroquiales, mientras dura su ausencia. No se imaginaba aún lo que era la revolución. La intuía y la sentía, más no la abarcaba entonces ni en su conjunto ni en sus consecuencias. Todavía fluctuaba en su ánimo la dependencia con la sociedad que agonizaba, en *confusa mezcla* con el significado del tremendo encargo que le diera Hidalgo. Las enseñanzas de la guerra y el contacto directo con los pueblos del sur que iría emancipando, le darían ese discernimiento cabal que aplicó cuando en su espíritu se operó el rompimiento absoluto de los lazos que lo ataban al antiguo régimen.

El mismo día 21 de octubre de 1810, Morelos abandonó para siempre su ciudad natal, dirigiéndose hacia las ya para él familiares comarcas cálidas del sur de Michoacán, donde, precisamente desde su curato, iniciaría sus primeras campañas. Mas, antes de seguirlo en ellas, conviene recordar que fue el 23 del mismo mes, cuando don Ignacio López Rayón expidió en Tlalpujahuá su primera proclama revolucionaria, acto con el que públicamente ingresaba en las filas de la insurgencia.⁴² Había precedido entre don Ignacio y don Miguel un contacto epistolar, que se tradujo en una comisión asignada por el segundo al primero, parecida a la que otorgara a Morelos. El 23, Hidalgo estaba en Acámbaro,⁴³ y el 24 llegó a Maravatío, donde se le presentó Rayón —ahí se conocieron por primera vez ambos personajes—, quien a partir de aquel encuentro, y sólo con cortas interrupciones, seguiría al Generalísimo, en calidad de secretario y asesor, hasta la ciudad de Saltillo. Importa el dato, porque si se trata de alegar alguna primacía —y Rayón la peleó en los años siguientes—, resulta el hombre de Carácuaro, antes que el de Tlalpujahuá, el primero en recibir de Hidalgo un nombramiento personal, como su lugarteniente, en la revolución que con tan buenos augurios comenzaba. El mismo día 24, mientras transcurría la entrevista del cura de Dolores con don Ignacio, Morelos llegaba a Carácuaro, listo a entrar en acción.

⁴² Doc. 3: "Primera proclama del Lic. Ignacio López Rayón, en la que hace del conocimiento público algunos puntos esenciales del ideario político del Padre Hidalgo."

⁴³ Véase Doc. 2.

III

LAS CAMPAÑAS VICTORIOSAS

Desilusionaremos de antemano al lector, advirtiéndole que sólo verá aquí un recorrido apresurado con Morelos y su ejército, desde que sale de Carácuaro hasta que instala el Congreso de Chilpancingo, porque ni el tiempo ni el espacio nos permiten entrar a fondo en este periodo de la vida del caudillo (octubre de 1810—septiembre de 1813), el más fecundo de su carrera militar. Cientos de hechos de armas, itinerarios sumamente complicados, abundancia de personajes —de primera y última fila— interviniendo en los sucesos, partes bélicos exagerados de uno y otro bando, miles de testimonios de desigual valor, que aclaran o confunden situaciones, una geografía dilatada y difícil que sirve de escenario a decenas de acontecimientos simultáneos, falta de informaciones claves, sobra de leyendas y anécdotas patrióticas de muy escasa comprobación histórica, archivos dispersos, poco o nada catalogados, etcétera; todo contribuye a que el investigador se sienta sobrecogido de angustia frente a aquella selva espesa, casi impenetrable. Piénsese, además, que se requerirían varios volúmenes para aprehender, en toda su magnitud, la vida militar de Morelos, misma que, sobre todo en sus primeros años, fue realmente la historia de la guerra de independencia mexicana. En tal virtud, la síntesis que ahora ofrecemos, tendrá un simple carácter de divulgación, apoyada preferentemente en el libro clásico de Bustamante y en las piezas que se incluyen en la parte documental de este volumen, algunas inéditas y no pocas de un valor historiográfico que no seremos nosotros los indicados en recomendar.

Un compendio rápido de la geografía militar de Morelos, lo expuso él mismo en una de sus declaraciones al Promotor Fiscal del Santo Oficio, diciendo que:

Salió del dicho curato de *Carácuaro* el 25 de octubre de 1810, por el pueblo de *San Jerónimo, Zacatula, Petatlán, Tecpan, Atoyac, Coyuca* hasta *Acapulco, Chilpancingo, Tixtla* y *Chilapa*, hasta que se levantó la Junta [de Zitácuaro] en agosto de 1811. Y después, comisionado por dicha Junta con título de Teniente General, anduvo por los pueblos de *Tlapa, Chiautla, Izúcar, Cuautla, Tasco, Tenancingo* y *Cuernavaca*; que de ahí volvió a *Cuau-*

lla, donde estuvo dos meses y medio, durante el sitio que puso el declarante el Excmo. Sr. Virrey actual; que pasó después a *Huajuapán, Tehuacán, San Andrés Chalchicomula, Orizaba* y de ahí a *Oaxaca*, donde se mantuvo dos meses y medio; que en *Chilapa* recibió el título de Capitán General por dicha Junta y el de vocal de ella; y anduvo mandando su ejército por *Acapulco, Valladolid* y otros pueblos, hasta que le hizo prisionero en el de *Temalaca* el día 5 del presente mes de noviembre [de 1815], un teniente de patriotas de la división del señor Comandante, Coronel don Manuel de la Concha.⁴⁴

Tanto quehacer, dicho en tan pocas palabras, amerita un desglose. Desde luego, es necesario numerar y fechar, en lo posible, las diversas campañas, indicando los puntos de partida y la meta de cada una. Así, hallamos las siguientes:

Primera. Se inicia en Carácuaro, el 25 de octubre de 1810 y concluye con la toma de Chilapa, el 16 de agosto de 1811.

Segunda. Comienza en Chilapa, de donde sale el ejército a principios de noviembre de 1811, y termina en Chiautla, adonde llega Morelos el 4 de mayo de 1812, después de romper, brillantemente, el sitio de Cuautla.

Tercera. Se abre en Chiautla, el 1º de junio de 1812 y se cierra, de manera espectacular, con la toma de Oaxaca, el 25 de noviembre del mismo año.

Cuarta. Principia el 9 de febrero de 1813, con la salida de Morelos de Oaxaca, y culmina con la capitulación del Fuerte de San Diego (Acapulco), el 20 de agosto siguiente.

Quinta. Se inicia el 8 de noviembre de 1813, cuando el ejército parte de Chilpancingo, y acaba en el irreparable desastre de Puruarán, el 5 de enero de 1814.

Después de ésta, no se organizan ya, bajo la dirección del caudillo, campañas militares de importancia; él y sus hombres vivirán a la defensiva, a salto de mata. Empero, la última expedición es muy precisa: sale de Uruapan el 28 de septiembre de 1815 y es alcanzada por el enemigo en Temalaca, el inmediato 5 de noviembre, donde Morelos es derrotado y hecho prisionero.

La característica predominante de la estrategia de don José María radica, a nuestro juicio, en que siempre se

⁴⁴ Publicación citada en la nota 7, pp. 255-6.

desarrolla en función de la geografía. El paisaje, natural y cultural, que sirvió de escenario para sus movimientos, se incorpora con tal fuerza a su carrera de conductor, que no podemos hablar de él sin ligarlo, inevitablemente, a algún específico accidente geográfico, sea meseta, bahía, montaña, río, etcétera. No es el caso de Hidalgo, quien pasa como ráfaga por todo el inmenso territorio que cruzó, dejándonos la impresión de que no se fusionó por completo con ningún sitio en particular —excepto, claro está, el pueblo de Dolores—, quizá porque abarcó tanto y, sin duda, porque le faltó tiempo. Morelos, en cambio, hace suyo el paisaje y éste, a su vez, se impregna de la esencia de aquél. Y es que al proyectar sus itinerarios, sus marchas y contramarchas, lleva en la mente, antes que otra cosa, el mapa del país: las rutas naturales que le convendría seguir, los vados de los ríos que habría de cruzar, los poblados que atacaría y los que evitaría, los recursos de toda índole que le proporcionarían las comarcas a recorrer. Su guerra contra el realismo, la lleva a cabo contando de antemano con un aliado insustituible: la naturaleza, física y humana, del terruño.

Hombre de temperamento tropical, familiarizado desde Tahuejo, Churumuco y Carácuaro con los climas ardientes, su geografía será también tropical. Tuvo predilección por las tierras cálidas. Moviése a placer en zonas de manigua, bajo soles implacables, ora en medio de una vegetación tupida y lujurante, ora rodeado de páramos calcinados por la perenne canícula. Y un punto cardinal indefectible lo guiará en todo momento, cual si el instructivo de Hidalgo hubiera sido para él la palabra del Mesías: el *Sur*, en todo momento el *Sur*. El ambiente meridional sería su sostén por cinco años, su escudo protector, casi su amuleto. Por ello desconfió siempre de operar en el Altiplano. Desestimó dos buenas oportunidades para caer sobre Puebla: una antes de penetrar al valle de Cuautla y otra después de la espectacular toma de Oaxaca. Y cuando al fin se decidió a atacar una ciudad templada, Valladolid —tan cara a sus sentimientos—, fracasó con estrépito y ahí acabaron sus glorias militares.

Las cinco Intendencias más meridionales de la Nueva España fueron el campo de acción de sus hazañas: Michoacán, México, Puebla, Veracruz y Oaxaca. Los puntos extremos que alcanzó, formando un amplio arco, se localizan en la planicie de Apatzingán por el oeste, el valle de Orizaba por el oriente, el valle de Guayangareo por el noroeste, el de Oaxaca por el sureste y las regiones de Ometepe y

Acapulco por el sur. Su lugarteniente, don Mariano Matamoros, avanzó hasta Tonalá, ya en jurisdicción de la Capitania General de Guatemala: el punto más alejado en que se plantaron estandartes de Morelos. En el apogeo de su fuerza, a mediados de 1813, refiriéndose al dilatado territorio que dominaba el caudillo, dirá su adversario, el comandante Pedro Antonio Vélez, justificando su conducta por la capitulación del castillo de San Diego:

Desde las remotas fronteras del Reino de Guatemala, hasta la destrozada Provincia de Michoacán, y desde las aguas del Sur por este rumbo, hasta las goteras de la Capital, solos 364 soldados y 47 paisanos marineros a mis órdenes, defendían a sangre y fuego el pabellón español y los derechos preciosos del Rey benigno que nos manda...⁴⁵

Aparte de la comarca michoacana de *Tierracaliente*, que fue hervidero de insurgencia desde 1810 hasta 1821, y de las costas *Chica* y *Grande* del actual Estado de Guerrero —entonces de la Intendencia de México—, los dos elementos básicos de la geografía sureña del país que se ligaron y confundieron con los quehaceres militares y políticos de Morelos, fueron una cordillera y un río: la *Sierra Madre del Sur* y el *Balsas-Mexcala*. Espina dorsal y arteria sanguínea que lo sustentaron durante un lustro, la montaña y el río, trajinados en todas direcciones durante aquellos años de trepidante actividad, constituyen dos mudos testigos de los sucesos culminantes de su vida. En el punto medio de la serranía, dominante y vencedor, establece un gobierno en Chilpancingo, después de concluir su agotadora cuarta campaña. Y, caído en desgracia, el río *Padre* —así como la sierra era *Madre*—, que le señalaba la ruta hacia la tierra prometida de Tehuacán, se hallará a la mano, cerca de Temalaca, en los momentos de su captura. Le matarán, por último, las balas realistas, en el norte, un día de invierno, en el tizoso y yermo Ecatepec, lejos del sur, del suyo propio, de los aires cálidos y balsámicos que lo envolvieron en sus años de fortuna, como si sus enemigos hubieran querido escatimarle su último deseo: morir donde más se desea vivir.

Demos un vistazo más detenido a esa geografía de que hablamos, y acompañemos a Morelos en algunas de sus acciones más destacadas.

⁴⁵ Carta de Vélez al virrey Apodaca (12 de diciembre de 1816), clamando por su rehabilitación. AGN, *Historia*, t. 83, f. 307.

Primera campaña (octubre 1810-agosto 1811). Queda señalado que el cura partió de Carácuaro, cinco días después de recibir en Indaparapeo la comisión de Hidalgo, dirigiéndose al sur, hacia el río Balsas. Debió haberle aterrado el espectáculo de las caóticas masas que seguían a su maestro, cuando se entrevistó con él, porque desde el principio optó por el expediente contrario: dirigir poca gente, pero bien armada y disciplinada. En la primera noticia que nos proporciona de sus iniciales movimientos, una carta dirigida desde Huetamo a un compadre suyo, el 19 de noviembre, explica:

...Anteayer llegué a ésta con 16 indígenas armados de Nocupétaro y hoy me encuentro con 294 de a pie y 50 de a caballo. Veo de sumo interés escoger la fuerza con que debo atacar al enemigo, más bien que llevar un mundo de gente sin armas ni disciplina. Cierto que pueblos enteros me siguen a la lucha por la independencia, pero les impido diciendo que es más poderosa su ayuda labrando la tierra para darnos el pan a los que luchamos y nos hemos lanzado a la guerra...⁴⁶

Ahí está visible la buena escuela de un militar nato. De Huetamo se corrió Morelos hacia el suroeste, hasta tocar el Balsas; luego, por la margen derecha del río y por comarcas familiares a él, llegó a Churumuco. Sin dejar dicha margen, avanzó hasta topar con el Tepalcatepec, afluente importante, y en el cruce de ambas corrientes, frente al caserío denominado precisamente Las Balsas, vadeó el gran río para internarse en terrenos del actual Estado de Guerrero. Siguió por Coahuayutla hasta el pueblo de Zacatula y, por primera vez en su vida, admiró un paisaje marino: se hallaba en la desembocadura del Balsas, con el Océano Pacífico a sus pies. Fue importante en su futuro esta conquista, porque Zacatula sería uno de los reductos que conservaría por más tiempo.

Luego torció de dirección: guiándose por el litoral y por las instrucciones de Hidalgo, tomó el rumbo de Acapulco. Petatlán, Tecpan, San Jerónimo y Coyuca [de Benítez] son escalas obligadas en su camino, donde va arrojando la semente de la insurrección. Trepa luego a la cima del Veladero; su ojo avisador le indica que el sitio es inmejorable,

⁴⁶ Transcrita por Benítez, *op. cit.*, p. 97, con el obvio error paleográfico del día, que no puede ser 10 de noviembre, como escribe este autor, pues para tal fecha ya Morelos se encontraba en el litoral.

como atalaya y fortaleza, para operar sobre el puerto de los galeones de Manila. Y ahí establece un reducto, del que no lo desalojará el enemigo sino hasta el año de 1814.

La rapidez con que Morelos cubrió este primer itinerario, largo y nada fácil, se comprueba en el hecho de que, estando en Huetamo el 1º de noviembre, el día 12 alcanzaba el Veladero, donde tuvo su primer choque con un cuerpo realista, el del comandante Luis Calatayud. Combate en que el susto fue la tónica dominante en ambos adversarios, sirvió, sin embargo, para que Morelos pulsara las perspectivas de su gente y las ventajas y desventajas del terreno sobre el que debería operar para ofender con éxito al puerto. Extendió su línea en torno de éste; puso sus tiendas en la hacienda del Aguacatillo y, en espera de un próximo ataque realista, se dio tiempo para dictar sus primeras, importantísimas disposiciones de carácter social⁴⁷ y para escribirle a Hidalgo. En efecto, de esos días (mediados de noviembre) data la única comunicación oficial que ha llegado a nosotros, dirigida por Morelos a su superior, en la que, a más de pedirle con urgencia material bélico e instrucciones, resume así los frutos de su primera empresa militar:

Noticio a V.E. cómo he corrido toda la costa del sur, que son como docientas leguas, con la mayor felicidad y no he encontrado en todos los gachupines que he cogido ningunos reales, pues se infiere que éstos los han ocultado con anticipación. En el día tengo sitiado el puerto de Acapulco con ochocientos hombres y me hallo sin pólvora ni balas, por un ataque que hemos tenido, aunque sin ningún quebranto, más que un solo herido...⁴⁸

Hidalgo recibió este parte en Guadalajara, y lo mandó insertar en su vocero oficial, bien que, para impresionar a la opinión pública, dispuso que se agregara un cero a la cifra de soldados que Morelos decía tener:

Expreso de Acapulco que llegó ayer noche al toque de las oraciones, trae la noticia de que la división destinada a aquel puerto sigue progresando, sin dejar al enemigo hacer excursiones por aquel rumbo. La fuerza efectiva de dicha división consiste en 8,000 hombres y siete cañones de artillería.⁴⁹

⁴⁷ Véase Doc. 5.

⁴⁸ Véase Doc. 4.

⁴⁹ Noticia publicada en el núm. 5, del jueves 10 de enero de 1811, de *El Depertador Americano*, p. 38.

Dos victorias sucesivas sobre la división del comandante realista de Costa Chica, Francisco Paris, una el 8 de diciembre y otra el 4 de enero de 1811, la primera en el propio Veladero y la segunda en la ranchería de Tonaltepec, le dieron al cura de Carácuaro un enorme prestigio en toda la región aledaña a Acapulco. Fortificó, entonces, el lugar llamado Paso Real de la Sabana, muy cerca del actual aeropuerto. Ahí se sumó a sus fuerzas el incomparable Hermenegildo Galeana, y de entonces data el precioso informe que incluimos en la sección documental, acerca de la táctica psicológica de Morelos para hacerse de partidarios entre aquella gente rústica, sencilla y brava en la pelea. No tienen desperdicio las palabras que el caudillo dirige a uno de esos costeños, remiso aún a incorporarse a la insurgencia. “¿Cuál es tu ley?”, pregunta el cura; el aludido responde: “La cristiana”; y el primero, *ipso facto*, replica:

...Eso no sabes tú y están engañados de los gachupines, que ni saben lo que les iba a suceder; ahí tengo el fierro con que los iban a señalar para entregarlos a *Pepe Botella*, quien los había comprado, a los hombres a cuatro reales y las mujeres a uno y medio reales y los muchachos a dos reales. Esto es cierto y tengo cómo hacérselo bueno a los gachupines; ahí tengo los papeles en que había hecho la venta y yo los voy a defender. El rey Fernando es cierto que estuvo preso en Francia, pero los ingleses lo quitaron y lo trajeron a este reino. En tierradentro está bien cubierto hasta que ganemos todo el reino, que luego que quitemos a los gachupines ya está ganado, y entonces sale nuestro rey a gobernar y Nuestra Señora de Guadalupe, que es tan milagrosa, está en nuestra ayuda.⁵⁰

Con tales argumentos, ¿quién se resistiría a seguirlo? Por lo demás, su aspecto personal no era ya el de un piadoso sacerdote, sino el de un completo jefe militar que imponía respeto a cuantos lo rodeaban:

El traje del cura es pantalón de cotonia blanco o coletilla en pechos de camisa, un pañuelo colgado de la cintura, un ceñidor de hiladillo envuelto en la barriga, su par de pistolas colgadas y un sable a la mano.⁵¹

Más que los triunfos bélicos, lo que ganó la insurgencia en las zonas litorales, arriba y abajo de Acapulco, durante

⁵⁰ Véase Doc. 8.

⁵¹ *Ibid.*

los últimos meses de 1810 y los primeros de 1811, fue la adhesión de los costeños —en su mayoría población negroides—, el surgimiento de nuevos jefes que ayudarían grandemente a Morelos en sus campañas posteriores y el descenso paulatino del poder realista en toda la región. Ello explica la alarma con que un cura, enemigo de los independientes, comenta los sucesos de aquellos días, en carta de 13 de enero, dirigida desde Pinotepa de Don Luis al obispo de Oaxaca:

Ésta, señor, es una guerra que jamás se ha visto; una persecución de la Iglesia y del Trono que no tiene ejemplo. Valerse de Dios contra Dios y del Rey contra el Rey, sólo es invención del hereje Hidalgo; pero, a pesar de todo, las gentes están engañadas, porque a los prisioneros obsequia con dinero y ropa Morelos, y envía a uno u otro que le parece propio para seducir a sus casas. Los indios oyen estas cosas y esperan que los enriquezca aquel maldito, quien también dice que los viene a aliviar de contribuciones parroquiales, así como los alivió del tributo.⁵²

Aún así, Acapulco era todavía un fruto verde. Protegido por el castillo de San Diego, auxiliado por diversas columnas volantes y abastecido por mar, el puerto no podía ser fácil presa de Morelos. Un intento de éste para penetrar en él, luego de sobornar a algunos militares de la guarnición, acabó en un descalabro que estuvo a punto de costarle muy caro; visto lo cual, optó mejor por reforzar el sitio, teniendo como base el cerro del Veladero; y, a la vez, dirigir una ofensiva hacia el norte, tanto para cortar la comunicación del puerto con la capital, como para posesionarse de los ricos pueblos serranos de Chilpancingo, Tixtla, Chilapa y Tlapa. El comandante realista encargado de obstruir los movimientos del hombre de Carácuaro, era don Nicolás Cosío, criollo del que Bustamante nos ha dejado una simpática semblanza; y en oficio de 5 de abril, dirigido al virrey, este jefe valora el poder de su adversario, en términos que no pueden ser más encomiásticos:

...esto se halla en el forzoso caso de asistirlo muy pronto, con un regimiento de 800 a 1,000 hombres, mandado por un oficial inteligente en fortificación, pues todo lo que no sea batir en las reglas del arte militar la posesión de Morelos, es sacrificar gente, hacer desmayar a los raros buenos que hay y lo que es más, au-

⁵² Texto inserto en el artículo: "Las primeras victorias de Morelos, relatadas por un espía realista", citado en la nota al Doc. 8.

mentar el orgullo de los enemigos y que se internen por la provincia de Oaxaca, Tixtla, etcétera.⁵³

El desaliento de Cosío, ante la superioridad del contrario, lo condujo a pedir su relevo, que Venegas aceptó, nombrando en su lugar a Juan Antonio Fuentes. Mientras, el plan de Morelos se realizaba sin tropiezos. Envió a Galeana, con lo más lucido de su división, de avanzada sobre Chilpancingo. En la hacienda de Chichihualco se le unieron los hermanos Bravo, Leonardo, Víctor y Máximo, y el hijo del primero, Nicolás; toda esta pléyade obtuvo ahí, en la última semana de mayo, una respetable victoria, que ahuyentó al enemigo de Chilpancingo y sus alrededores. Poco después, se incorporó Morelos al grueso del ejército, en la misma localidad que dos años más tarde escogería para sede del primer Congreso Nacional. En junio tomó Tixtla, luego de reñido combate, y no fue entonces uno de sus menores logros, la adquisición de don Vicente Guerrero, el genial gladiador, de piel oscura y corazón de oro, llamado por el destino a proseguir la obra, tronchada por la fatalidad, de don José María. En fin, el 16 de agosto, casi a las puertas del mismo Tixtla, causó una derrota de mayores proporciones al comandante Fuentes, con lo que el camino de Chilapa quedó franco. La junta realista que coordinaba la defensa del lugar, huyó despavorida,⁵⁴ y el caudillo hizo su entrada triunfal al día siguiente, dando ahí por concluida su primera campaña.

En menos de diez meses, Morelos había conmocionado toda la inmensa área que iba desde la tierra caliente de Michoacán hasta la Mixteca occidental (lo que hoy se designa como Mixteca Guerrerense), incluyendo un buen trecho de la Sierra Madre del Sur y las costas Chica y Grande, desde Zacatula hasta Ometepepec. Partidas realistas no faltaban a sus espaldas y, sobre todo, el puerto de Acapulco seguía en poder del adversario; pero el dominio lo llevaba él, la ofensiva nunca había caído de sus manos y, lo que valía más, había contagiado el espíritu de la independencia en muchos miles de habitantes, con tal impacto, que el mismo Hidalgo se habría admirado si lo hubiera visto.

Chilapa se transforma, entre agosto y noviembre de 1811, en la capital transitoria de la insurgencia, tocante a los distritos del sur, dominados por Morelos. Pero no era la única.

⁵³ Véase Doc. 9.

⁵⁴ Véase Doc. 15.

En el ínterin, habían ocurrido sucesos muy importantes que repercutirían, de manera radical, en el curso de la revolución y en el proceder del caudillo. Dice Bustamante, que éste ignoraba lo acaecido en Acatita de Baján, enterándose de tal desgracia,

...cuando interceptó un correo, cuyas cartas, aunque muchas en número, leyó por sí mismo en una noche, tarea que le acarreó (como él mismo me dijo) una gran flucción de ojos. A nadie dijo palabra de lo que sabía, e hizo quemar toda la correspondencia; y si alguno decía sobre esto algo funesto, procuraba desmentirlo con vigor. Si no hubiera usado de esta prudente precaución, su ejército en el Veladero se le habría desertado al instante.⁵⁵

¿Qué dolor interior, obligado a refrenar para no descubrir el secreto, sentiría Morelos al saber que su maestro y los patricios que lo acompañaban habían sucumbido en la espantosa emboscada de Baján? Lo ignoramos, porque el discípulo fue asaz discreto para manifestar ciertos estados de ánimo, en especial cuando iba de por medio su seguridad y la de su tropa. Mas, si lloró en silencio aquella irreparable pérdida, lo que de inmediato le preocuparía sería el efecto que a la causa traería la prisión e inevitable muerte de Hidalgo y sus compañeros. Y su ansiedad crecería, sin duda alguna, al enterarse de que en Saltillo los primeros jefes, antes de marchar a Monclova, habían designado sucesor en la jefatura de la revolución.

Surge así, en medio de la tragedia, la prepotencia político-militar del licenciado Ignacio López Rayón. Es muy conocida y nunca será lo suficientemente ponderada, la odisea que realiza este jefe, al conducir su ejército, desmoralizado por la caída de los primeros libertadores, desde Saltillo, en las lejanas Provincias Internas, hasta Zitácuaro, en el extremo oriental de la Intendencia de Michoacán. Pero este plausible suceso acarrea, al mismo tiempo, densos nubarrones que cubrirían de sombras el paisaje revolucionario del sur. ¿Cuál sería la relación entre Morelos y Rayón? ¿Debía considerarse autónomo el primero? ¿Exigiría el segundo de su colega la dependencia?

Por lo pronto, Rayón estableció su capital en Zitácuaro, casi al mismo tiempo que Morelos plantaba la suya en Chi-

⁵⁵ *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, México, Ediciones de la Comisión Nacional para la celebración del sesquicentenario de la proclamación de la Independencia Nacional y del cincuentenario de la Revolución Mexicana, 1961, t. I, p. 347.

lapa. Luego, el abogado se anotó un importante punto, al crear la Junta Gubernativa, de la que fue nombrado Presidente. Poco después, Morelos aplicaba mano de hierro a Mariano Tavares y David Faro, enviados por él con mensajes para Rayón, que regresaron donde el cura, portando sendos nombramientos de don Ignacio, inadmisibles para el jefe de quien dependían; y aunque el motivo directo que obligó a don José María a deshacerse de Tavares y Faro, fue que le provocaron una guerra de castas en el distrito de Tecpan —adonde hizo viaje rápido desde Chilapa con el fin de extinguirlo—, el trasfondo del asunto se localizaba en la imprudente interferencia de Rayón en asuntos que no le competían. Así se perfiló un conflicto de jurisdicciones y de prestigios, áspero y vidrioso, entre los dos principales herederos del legado de Hidalgo.

Oficialmente, Rayón y Morelos se entendieron. Correos iban y venían de un campo a otro, comunicándose sus proyectos, sus medidas, sus triunfos y casi nunca, o en forma muy velada, sus percances. Pero dejaron al tiempo y a la suerte varía de la guerra, el voto que la mayoría insurgente otorgara, de cuál de los dos sería el jefe indiscutible de la revolución.

Segunda campaña (noviembre 1811-mayo 1812). El otoño de 1811 fue propicio para la planeación de la siguiente empresa militar. Aparte de no temer la irrupción de enemigos, la zona de Chilapa era generosa proveedora de un crecido ejército:

El temperamento de lo principal del país, es caliente en grado benigno, por cuyo motivo es propio para las siembras de caña, chíle, maíz, garbanzo y frijol. Produce... sandías, melones, manzanas dulces, zapotes, piñas, plátanos, jicamas, zapote prieto, moras, granadas y granaditas de china; señaladas en bondad: las chirimoyas y granaditas. En los animales, de vacuno, carneros y marranos y venados, la rica ternera. Es su principal comercio el de la arriería, que hacen compra de algodón en la cosecha de las dos costas, para llevar a vender a México, Puebla y otros destinos... Sus peculiares manufacturas: tejer mantas de algodón, paños de rebozo y labrar jabón.⁵⁶

⁵⁶ "Descripción topográfica del pueblo de Chilapam y su jurisdicción", por Pascual Josef Portillo, Chilapa, 31 de enero de 1792. AGN, *Historia*, t. 578, f. 68.

La bondad de la tierra, la colaboración de los habitantes y cierto reposo de que disfrutó al concluir su primera campaña, permitieron a Morelos dictar en Chilapa varias medidas de carácter económico, emitir moneda, atender las relaciones con la Junta de Zitácuaro, aumentar sus contingentes y, sobre todo, preparar cuidadosamente su inmediata expedición. Era ésta muy ambiciosa; se compondría de tres movimientos, casi simultáneos: uno, apuntando al sureste, al cuidado de don Miguel Bravo, con el fin de amenazar Oaxaca por el rumbo de la Mixteca Baja; otro, al mando de Galeana, orientado hacia el noroeste, como para tenderle un brazo a Rayón, acuartelado en Zitácuaro; y el último, dirigido por el propio Morelos, que enfilaría al noroeste, cual si su meta final fuese la ciudad de Puebla.

A principios de noviembre empezaron a moverse los tropas. Morelos y Bravo reunidos, avanzaron hasta Tlapa y ahí se separaron. Don Miguel marchó hacia el sur, pero fueron infructuosos sus afanes, porque el comandante Francisco Paris, muy conocedor de la zona de Ometepepec, adonde había llegado el jefe insurgente, lo derrotó, obligándolo a volverse a Tlapa. Don José María, por su parte, siguió el rumbo opuesto, por las márgenes del río Tlapaneco, hasta internarse en la Intendencia de Puebla. El ataque y la toma de Chiautla, a principios de diciembre, marcan el inicio de una serie ininterrumpida de provechosas victorias. Aquí se le unió el hasta entonces realista, doctor José Manuel de Herrera, que tanta importancia tendría en la política insurgente, a partir de 1813. El día 10, Morelos entró en Izúcar, punto estratégico desde el que se podían amagar los valles de Cuautla y Atlixco. Ahí,

...el 12 predicó de Nuestra Señora de Guadalupe, en la parroquia. El pueblo lo recibió como a vencedor, es decir, entre perfumes, rosas, cohetes y repiques de campanas.⁵⁷

Pero quizás el mejor fruto de esta conquista, fue otra adquisición, no menos valiosa que la de Guerrero: don Mariano Matamoros. Sacerdote metido a militar, como el cura de Carácuaro, demostró en las subsecuentes operaciones poseer grandes dotes de conductor, lo que explica su nombramiento de segundo en jefe del ejército independiente, cuando faltó don Leonardo Bravo, titular de dicho cargo.

La toma de Izúcar y el avance de Morelos más al norte,

⁵⁷ *Cuadro histórico...*, op. cit., t. I, p. 351.

sembró el pánico en la ciudad de Puebla, indefensa y sin posibilidad de esperar un rápido auxilio. Mas el caudillo, que casi llegó hasta las faldas meridionales del Popocatepetl, en lugar de proseguir por el camino de Atlixco, viró hacia el poniente, penetró en lo que entonces se denominaba Valle de las Amilpas, y entró en Cuautla, en la navidad del año que concluía con tanta fortuna para sus armas. Un informante anónimo, describe así la primera estancia de Morelos en aquella heroica población:

...El día 26 del pasado, entró Morelos en Cuautla, con tanta confianza como la que Ud. puede tener para entrar en su casa. Se le han agregado muchísimos hombres, y entre éstos el cura coadjutor de Xantetelco, D. Mariano Matamoros y su vicario, D. Matías Zavala... Cuautla causa temor ver sus pertrechos, pues tiene dos cañones en cada boca-calle, una culebrina y un bus en la Calle Real, al pie de dos mil o más hombres armados de fusil y demás. Muchos juegos, bailes y diversiones, de tal manera que las familias que andaban fugitivas han vuelto muy contentas a sus casas.⁵⁸

Mas, no era el objetivo inmediato de don José María permanecer en Cuautla. A los tres días salió de ahí para ir en busca de Galeana. Éste, entretanto, había marchado de Chilapa hacia el río Mexcala (Balsas), que vadeó cerca de la unión de éste con el Amacuzac. Avanzó por Huitzuc, Tepecoacuilco e Iguala, y cayó sobre Tasco, el 24 de diciembre, que tomó después de un ataque tan reñido como inteligentemente bien planeado. Ahí esperó a Morelos, que venía de Cuautla e hizo su entrada triunfal el 1º de enero siguiente. Santa Prisca, unas buenas barras de plata, varios cientos de fusiles, diálogos fuertes con un enviado de Rayón que insistía en capitalizar la victoria para su jefe, el goce de un clima fresco y saludable, la vista que se perdía en un horizonte de montañas cubiertas de pinos, la dulzura de Galeana en el trato a los prisioneros, la implacable justicia de Morelos, el júbilo popular, la contrarrevolución agazapada en las casas de los ricos mineros: tal podría ser el compendio de la breve historia insurgente de Tasco.

Mientras nuestro personaje, sonriente, acariciaba a la diosa fortuna, Rayón experimentaba el primero de una serie de percances, que dejarían bastante maltrecho su prestigio militar. Félix María Calleja, el jefe más capaz y enérgico

⁵⁸ Véase Doc. 20.

al servicio del virreinato, acababa de tomar Zitácuaro, después de un asalto tan teatral como innecesario, y los miembros de la Junta veíanse obligados a peregrinar, buscando refugio primero en Sultepec y después en otros diminutos y escondidos poblados. El descalabro era duro, no sólo por la pérdida de la sede gubernamental, sino porque dejaba las manos libres a un fuerte ejército enemigo, que podía cargar sobre Morelos de un momento a otro, hallándose éste en territorio no muy distante de Zitácuaro. Pero, como en otras ocasiones, el cura no se cruzó de brazos y decidió ir a la ofensiva.

Todo el mes de enero fue de una actividad bélica impresionante, en la zona montañosa comprendida entre las poblaciones de Tasco y Toluca. Tenango, Tecualoya, Tonicaco y Tenancingo —puntos del actual Estado de México—, son nombres de la geografía militar de Morelos que no fácilmente se olvidan, por más que el héroe principal ligado a ellos, resultó ser el bravío Hermenegildo Galeana, particularmente en las jornadas del 23 y 24 de enero, en que con tanta fiereza disputó al realista Rosendo Porlier la plaza de Tenancingo. El desenlace de esta última acción, descrito por Bustamante con pinceladas de mucho colorido y no ayunas de causticidad, merece citarse:

... Continuó sin embargo Porlier el fuego hasta cerca de las once de la noche que lo prendió a las principales casas del pueblo y cuyas llamas, cebándose en materiales combustibles, se elevaban al cielo, dando horrendos crujidos las vigas en el acto de desprenderse de sus trabazones. Aprovechóse del pavor que causaba el incendio y emprendió su retirada a Toluca (dijose falsamente que vestido de india, y no sería mucho, pues el miedo convierte a muchos en Proteos y maricas).⁵⁹

En Tenancingo estuvo Morelos unos días; luego salió con su ejército, por el rumbo del oriente, hacia el país cálido y dulce de la caña de azúcar, o sea, los valles de Cuernavaca y las Amilpas. De su paso por la villa de Cuernavaca, "lugar de delicias donde tuvo dos días de desahogo",⁶⁰ nos ha quedado el relato, muy amañado, del cura del lugar, bachiller Matías Alvarado, a quien pidió cuentas el virrey, por la recepción que ahí se le hizo al caudillo. Dice que,

⁵⁹ *Cuadro histórico* . . . *op. cit.*, t. 1, p. 355.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 356.

ante la amenaza de que los insurgentes saqueasen e incendiasen la villa, en junta de vecinos,

... todos llenos de temor y miedo, sin saber qué hacer, determinamos se dispusiese un recibimiento, comida y se repicase cuando entrara el cura Morelos, para ver si con estas ceremonias (aunque fueron nada más que de miedo y por evitar las desgracias que se nos preparaban) conseguimos por medio de ellas salir libres de todo daño, como se verificó. El 4 del corriente llegó a ésta el cura Morelos con cuatro cañones. Se componia su tropa como de mil y quinientos hombres armados y a caballo, algunos a pie con fusiles y un trozo de gente con lanzas. Se mantuvo en ésta hasta el 6, que se fue para las Amilpas. No dejó refuerzo y sí sólo la gente en el camino de esta villa para la capital... ⁶¹

Y después de pedir mil perdones, el buen cura Alvarado jura y perjura a Venegas que de Cuernavaca no sacó Morelos ningún partidario, y que la villa seguía siendo tan realista como la del Oso y el Madroño. Actitudes como ésta se repiten sin cesar a lo largo de la guerra de independencia: de acuerdo con el *status* momentáneo de una plaza, los funcionarios gritaban ¡Viva Fernando VII! o ¡Viva la América! La gente, para asegurar su vida, su fortuna o su tranquilidad, aprendió a ser mimética; y apuntamos tal hecho, no en plan de censura, sino para mostrar una determinada actitud, psicológica y social, que empujó como la peste mientras duró el conflicto.

De Cuernavaca a las Amilpas, Morelos se dio gusto incendiando algunas haciendas de caña, propiedades del potentado Gabril de Yermo, quien, no satisfecho de los crecidos subsidios en metálico que proporcionaba al gobierno de México para ayudar a extinguir la insurrección, había reclutado por su cuenta, con los peones de sus fincas, un cuerpo de milicias que dio mucha guerra a los independientes. El general, acompañado de sus capitanes, Matamoros, Galeana y Nicolás Bravo, entró por segunda vez en Cuautla, el 9 de febrero de 1812.

¡Cuautla! El lugar más que histórico se ha vuelto legendario. El prodigio que ahí ocurrió ha provocado montañas de adjetivos, de admiraciones como las que abren este párrafo, de frases grandilocuentes, de lirismo en gran escala, de éxtasis patrióticos y patrioteros, de anecdotarios reales e imaginarios, de pintorescos relatos, de supervivientes y de

⁶¹ Véase Doc. 23.

“testigos presenciales” que nada presenciaron, de monografías, de estudios particulares sobre algún aspecto de la odisea, de reconstrucciones militares, etcétera. Tanta y tan variada profusión de materiales y de curiosidades en torno al sitio de Cuautla, indica por lo menos dos cosas: primera, que el suceso soporta ése y otros aluviones más, tan voluminosos como los que ya existen; y segunda, que, con mucho, el lector o el investigador se halla frente al acontecimiento militar más atractivo, impresionante y asombroso de cuantos se vieron en los once años de lucha emancipadora.

No nos detendremos en pormenores. Cualquiera puede acudir a los libros de Bustamante, Alamán, Zárate, Chávez Orozco y otras respetables autoridades que han tratado el tema, si desea conocerlo en detalle. Sólo insistiremos en algunos aspectos que, a nuestro juicio, invitan a la reflexión.

Conviene recordar que el virrey de la Nueva España, desde el 13 de septiembre de 1810, lo era don Francisco Xavier de Venegas. A él le estalló la bomba de Dolores, y desde ese momento no escatimó esfuerzos para aplastar la rebelión. Le auxiliaron en la tarea, cuantas personas e instituciones creían ciegamente o estaban interesadas en la conservación del antiguo régimen. Y no se escatimaron ni gastos, ni crueldades, ni concesiones, ni amenazas, con tal de sacar a flote al virreinato, horadado en su centro por la campana libertadora del Padre Hidalgo. Fiel a su causa, Venegas hizo lo que pudo, aunque no lo suficiente para abatir a la insurgencia, que a cada tajo se reproducía como el monstruo de las siete cabezas. La paulatina debilidad de su régimen, que se acentúa precisamente en el año de 1812, se explica por varias causas; dos nos parecen fundamentales: primera, desconocía por completo el medio novohispano y nunca pudo aprehenderlo en su totalidad; segunda, al verse obligado a enfrentarse a una situación de emergencia, se halló de pronto convencido de que el único hombre capaz de sacarlo del atolladero, era el brigadier don Félix María Calleja, y sobre éste gravitó el peso y la responsabilidad de la contraofensiva realista, en la medida en que el virrey dio —tuvo que dar— amplias facultades a su invaluable subordinado y padecer, por la misma causa, el eclipse consiguiente.

No hay que quemarse mucho las pestañas: entre 1810 y 1816, el enemigo más poderoso y temible de la revolución, fue Calleja. Junto a él, los virreyes Venegas y Apodaca son figuras secundarias. Militar de carrera, ambicioso, de reacciones rápidas, astuto, ayuno de sentimentalismo, seguro de sí, convencido hasta el fanatismo de que la preser-

vacación de la Colonia era asunto de vida o muerte para él, pocas veces España nos envió un funcionario con una personalidad y un carácter tan reciamente definidos —y, a la vez, tan funestos— como Calleja. Llegado a Nueva España en la comitiva del segundo Conde de Revillagigedo, vivía entre nosotros desde 1789. Al estallar la revolución tenía, en consecuencia, veintiún años de experiencia regional. Conoció bien las virtudes, las mañas y artimañas de los mexicanos de entonces, fuesen criollos, mestizos o indios; de igual manera, supo calibrar los valores y los defectos de sus paisanos. Se empapó, él sí, del ambiente de esta tierra. Y el hecho, en apariencia banal, de que gustara del pulque —él, que procedía de la cultura del vino—,⁶² es sintomático del alcance que tuvo su adaptación, en usos, costumbres, vicios, peculiaridades, etcétera, al medio social que halló aquí a su arribo de Europa.

Por todo lo anterior, no sorprende que Calleja haya sido la *manu militari* más eficaz que utilizó Venegas para reprimir el movimiento libertador. Aculco, Guanajuato, Calderón y Zitácuaro, más que triunfos importantes en su carrera, fueron verdaderas masacres de insurgentes, que atestiguaron lo que podía esperarse de este hombre, tan hábil en el arte de la guerra como sádico y sanguinario para ensañarse con los vencidos. Reencarnación de Hernán Cortés, y ardiente defensor de la herencia de éste, no fue remiso en preparar braceros para quemar pies ni en disponer ceibas para ahorcar a cuantos considerara involucrados en el pecado de insurgencia. El terror, físico y moral, fue su divisa; y su objetivo, conservar el virreinato, ¡a cualquier precio!

Con semejante adversario hubo de habérselas Morelos en Cuautla. Y esto, de por sí, era ya una temeridad. El gobierno de México, distraído hasta entonces en las operaciones, primero contra Hidalgo y después contra Rayón, había reparado poco en el peligro que significaba el cura de Carácuaro. Abrió los ojos hasta que tuvo al enemigo en sus vecindades, sólo con el Ajusco de por medio. Y como Calleja acababa de regresar a la capital, donde se batieron palmas en su

⁶² En mayo de 1816, a un rico pulquero de por el rumbo de Teotihuacán, se le decomisaron cuatro cubos de la mexicanísima bebida, que enviaba a su casa de la capital. Reclamando su devolución al secretario de Calleja, alegó que parte del producto se destinaba a la mesa del virrey. Bustamante, que manejó los papeles en que aparece esta queja, anotó al margen, con su peculiar sabrosura: "Por esta carta consta que el viejo Calleja bebía pulque porque estaba diarriático" [sic]. El expediente de tan curioso asunto se halla en AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 119, ff. 373-6.

honor por la reciente victoria de Zitácuaro, a él le encomendó Venegas, no después de fuertes altercados, la ofensiva contra el *Rayo del Sur*.

Que don Félix desestimó el potencial de don José María, es inconcuso. El cura, decidido a medirse con el vencedor de Hidalgo y de Rayón, se encerró en Cuautla con menos de cuatro mil hombres. Calleja, por su parte, salió de México con un formidable tren, mucho aparato y exceso de confianza en sus aptitudes. El 18 de febrero plantaba sus tiendas en Pastulco, a la vista de la población; hubo escaramuzas esa tarde, pero la historia mágica de Cuautla comenzó al día siguiente, con el espectacular asalto que intentó dar el engraido brigadier. Bustamante puntualiza, reloj en mano:

Serían las siete y media de la mañana (miércoles 19 de febrero de 1812) cuando Calleja avanzó en cuatro columnas: traía la artillería en el centro y su caballería cubría los costados; sus cañones granocaban el fuego lo mismo que sus fusiles, y se notaba una especie de furor nada común en aquellos soldados. Calleja se había quedado a retaguardia en su coche, y parece que tenía por tan seguro el triunfo, que no creía que necesitase montar a caballo.⁶³

Harto sabido es el resultado de esa acción: durante ocho horas, Calleja estuvo dando a sus hombres la lección de lo que no debe hacerse para tomar una plaza bien defendida. El valor, la organización y el espíritu en alto de los insurgentes, adquirieron ese día proporciones inimaginables. Después del 19 de febrero, no había imposibles para aquellos hombres; pues rechazar a Calleja, el mejor militar de la Colonia, matándole más de cuatrocientos hombres y arrebatándole buena cantidad de armas y pertrechos, no era cosa que se viera con frecuencia en ese tiempo.

A su modo, el escarmentado explica al virrey lo sucedido. Venegas se asusta, envía refuerzos, moviliza a un ejército auxiliar —el de Ciriaco de Llano—, complace todos los pedidos de su general y éste, por fin, tiende sus tenazas sobre Cuautla. El sitio ha comenzado.

El escenario en que habrían de realizarse infinidad de episodios heroicos y sangrientos, no dejaba de ser, pese a la presencia del dios Marte, pintoresco e incitador a las siestas propias de un clima tropical. Treinta años después, un viajero extranjero observaba que:

⁶³ *Cuadro histórico...*, op. cit., t. I, p. 363.

Cuatla es una perfecta ciudad meridional. Las casas son pequeñas y ventiladas; por el medio de la calle burbujea el agua cristalina; árboles de anchas hojas tienden su ramaje sobre el techo de las habitaciones bajas. Las mujeres se asoman a medio vestir a las puertas y ventanas, mirándose unas a otras o sin mirar nada; los hombres parecen tener tan poco quehacer como las mujeres, y todo tiene ese aspecto de *dolce far niente*, que domina en este clima suave y tentador.⁶⁴

No sería muy diferente la radiografía del lugar tres décadas antes, pero sacada en tiempos normales. Encerrado ahí Morelos y bloqueado por Calleja, la situación era evidentemente anormal. Y ante la emergencia, toda la población civil, de grado o por fuerza, se vio obligada a conducirse como beligerante. Nada de *dolce far niente* —por más que el mecerse de las palmeras y el bochorno de las tardes convidara a ello— ni de “poco quehacer”, pues vecinos y soldados tuvieron que trabajar, como nunca seguramente lo habían hecho, para ganarse su opción a seguir viviendo.

La mejor historia del sitio de Cuatla, quién lo dijera, la escribió Calleja. El Archivo General de la Nación, guarda la mayor parte de sus comunicaciones al virrey y a otras personas, que forman la más pasmosa montaña de mentiras que un general pudo acumular para no reconocer oficialmente lo que esos mismos escritos nos revelan, después de una cuidadosa lectura, de una selección de frases capitales y de una interpretación, nada difícil, de contextos y entrelíneas: que el triunfador de aquellas jornadas fue, día tras día, Morelos y no él. Ese epistolario, rico en revelaciones, es la confesión más palmaria, envuelta en bravatas, denuestos, amenazas y derrames biliares, de un vencido, de un hombre reducido a la impotencia por la astucia y el talento de su adversario. Y no es que éste se hubiera hallado en un lecho de rosas. Los sitiados padecieron hasta lo increíble, pero soportaron todas las privaciones porque sus mismos jefes les dieron el ejemplo de lo que puede una voluntad cuando se propone no sucumbir.

Dos rasgos en la actitud de los independientes durante aquellos meses de infierno son, empero, los que más llaman la atención. Uno, el optimismo que nunca abandonó a Morelos, aun en los momentos más críticos, traducido en un asombroso programa de fiestas, bailes y zarabandas dentro

⁶⁴ Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953 [primera edición inglesa, 1844], p. 262.

de la plaza, y en una lluvia de proclamas y burlas saugrientas arrojadas al campamento enemigo, sin por ello desatender, en ninguna hora, la defensa de las trincheras.⁶⁵ Otro, el fanatismo ciego, la devoción que manifestaron hacia su caudillo los jefes, oficiales y soldados que componían su ejército; a tal grado que, entre la tropa, se generalizó la idea de que Morelos poseía dones sobrenaturales y que, como Jesucristo, podía resucitar a los muertos. Y no es leyenda; lo dice al virrey, jalándose los cabellos, el propio Calleja:

... La escasez de agua y la carencia absoluta de carnes y de todo otro artículo que no sea maíz y un poco de frijol, la confirman los prisioneros... y nosotros la vemos. Actualmente está suspensa la declaración de uno que se hizo esta mañana por estar desmayado de hambre, asegurando que hacía dos días que no comía. Pero, a pesar de todo, en unas ocasiones protestan no abandonar a Cuautla, manifestando una alegría que se hace inconcebible y esperando que si mueren tan gloriosamente, serán vueltos a la vida por Morelos, pidiendo los que arcabuceamos que enviemos a Cuautla su cadáver para que los resucite concluido el sitio...⁶⁶

Así, con ese fervor, se ganan las batallas. Y así se explica que, después de más de dos meses de resistir asaltos continuos —hambres, pestes y bajas considerables en su ejército—, Morelos se atreviera a coronar su obra, rompiendo el sitio, en las meras narices de Calleja, aquella memorable madrugada del 2 de mayo de 1812. El mejor juicio de esta hazaña sin par, lo externó el mismo héroe, un año más tarde, al intimar la rendición del castillo de San Diego, al realista Pedro Antonio Vélez, defensor de la fortaleza:

No puedo pasar en silencio que hoy hace un año en que rompí la línea del sitio de Cuautla, y aunque la *Gaceta de México* dijo la historia al revés, los que la vieron la están publicando al derecho. Dice en su parte Calleja, que entró a Cuautla sin resistencia alguna, después de haber salido de aquella plaza Morelos con su ejército bien ordenado. Y como poco antes había dicho y bien: *que no podían salir ni las ratas*, le faltó al parte confesar que salí por encima de su artillería, como así fue.⁶⁷

⁶⁵ Véanse los tres escritos que le dirigió a Calleja: Docs. 24, 25 y 26.

⁶⁶ Parte de Calleja al virrey, fechado el 23 de marzo de 1812. AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 200, f. 191.

⁶⁷ Véase Doc. 77.

En efecto, como así fue. Calleja recibió la infausta noticia hallándose en la cama, víctima del derrame de bilis que el sitio le había causado. Se limitó a perseguir a los fugitivos, sin grandes resultados, por más que a Venegas le volvió a mentir, asegurándole que los campos en torno de Cuautla habían quedado tapizados de miles de cadáveres, que sólo vio en su imaginación. Luego, se contentó con entrar en Cuautla, mejor dicho, en los escombros de Cuautla, y cebar su furia con la indefensa población civil. Tuvo, sin embargo, un premio de consolación: tres días después, uno de sus oficiales capturó en la hacienda de San Gabriel a un puñado de patriotas, entre los que se encontraba don Leonardo Bravo, segundo en jefe del ejército de Morelos. Con estas presas y con su hígado deshecho, entró en México, el 16 de mayo, pavoneándose de una victoria que, en su fuero interno, consideró la más vergonzosa actuación de su carrera militar.⁶⁸ Nunca perdonaría que un oscuro sacerdote pueblerino le hubiera causado semejante humillación.

Por su parte, Morelos, dando rodeos y reuniendo dispersos, llegó a Chiautla, a reponerse de las fatigas experimentadas. Ahí dio por concluida su brillante segunda campaña, cuyos frutos no pudieron ser más considerables: llevó la revolución a la cuenca central del Balsas, irrumpió en la Intendencia de Puebla, se movió por entre las cadenas montañosas que separan las tierras calientes del sur, de los valles de Toluca, México, Cuernavaca, Amilpas, Atlixco y Puebla; se enfrentó al mejor militar de la Colonia y acabó con la fama de invencible que éste ostentaba; por último, después de tener en jaque a diversos cuerpos realistas, cuya suma de elementos se acercaba a la cifra de diez mil combatientes, salvó su ejército, llegando sano y salvo a su siguiente base de operaciones. Sufrió fuertes bajas, pero ganó tal prestigio que pudo reponerlas con creces en breve tiempo. Su pérdida más sensible fue la de don Leonardo Bravo y, la de su compadre y amigo, don José Mariano de la Piedra, dueño de la hacienda de Canario, Michoacán, que lo ayudó desde el principio de la revolución.⁶⁹ En suma: el balance le fue harto positivo, a él y a la patria.

Tercera campaña (junio-noviembre 1812). Las exageraciones de Calleja hicieron creer en los círculos del gobierno, que Morelos había salido de Cuautla tan maltratado, que difícilmente podría levantar cabeza en los próximos meses.

⁶⁸ Sobre el arribo de Calleja a la capital, véase Doc. 27.

⁶⁹ Acerca de la ejecución de estos héroes, véase Doc. 33.

Las gacetas de la capital casi lo daban por liquidado, cuando, como el Ave Fénix que resurge de sus cenizas, el caudillo reapareció en su predilecto escenario sureño, más pujante y acometedor que nunca.

La tercera campaña se abre a principios de junio con un rápido movimiento inverso del que siguió el ejército al comenzar la segunda. El itinerario inicial fue Chiautla-Chilapa, porque esta última población había sido reconquistada por el enemigo. Morelos iba enfermo, a consecuencia de una caída que sufrió en la escapada de Cuautla; se mantuvo en la retaguardia, encomendando las operaciones a Galeana y a don Miguel Bravo, quienes el día 4 deshicieron por completo la división realista de Manuel del Cerro en los llanos de Xitlala. Chilapa quedó de nueva cuenta liberada, y el cura de Carácuaro hizo su entrada triunfal en dicho pueblo tres días después de la victoria de sus lugartenientes.

El siguiente paso consistió en tenderle una mano al célebre Valerio Trujano, sitiado en la plaza de Huajuapán, desde principios de abril, por las fuerzas realistas de los jefes Régules y Caldelas. La marcha de Morelos se realizó con inmensas dificultades, por lo abrupto del terreno que hubo de atravesar desde Chilapa (plena Mixteca), mas llegó a tiempo de salvar a su valeroso capitán. El 23 de julio, los realistas se vieron acometidos, simultáneamente, por las tropas de Trujano, que salieron de la plaza, y por las de don José María, que venían del suroeste. El resultado final fue otro triunfo aplastante de los independientes; Caldelas quedó muerto en el campo de batalla, Régules y unos pocos dispersos huyeron por el camino de Oaxaca; en cuanto al botín obtenido, precisa Bustamante:

Fue grandísimo: pasaron de mil los fusiles tomados allí; catorce cañones, mucho parque, no poca caballada y poco dinero. Pasaron de cuatrocientos cadáveres los que se sepultaron en la plaza y de trecientos los prisioneros, que marcharon en cuerda para Zacatula. Apenas llegaron a veinticinco hombres los que volvieron a Oaxaca, y no llegarían a doce los oficiales mixtecos que regresaron a sus casas, gracias a que conocían los caminos y encrucijadas.⁷⁰

Trujano sugirió a Morelos que, sin pérdida de tiempo, atacara la ciudad de Oaxaca, que se hallaba desguarnecida; y Bustamante, varios años después, opinaba que tal medida, luego de la espléndida victoria de Huajuapán, era la indi-

⁷⁰ Cuadro histórico . . . , *op. cit.*, t. I, p. 413.

cada y hubiera reportado grandes ventajas a la revolución. El caudillo, sin embargo, decidió otra cosa. Después de una estancia de dos semanas en Huajuapán, salió con su ejército, no en dirección sureste, como le aconsejaban, sino tomando el rumbo del noreste; y por Santiago Chazumba y Zapotitlán Salinas, arribó a Tehuacán, que era su meta, el 10 de agosto.

La villa de las aguas termales era independiente desde hacía algunos meses. Jefes de segundo orden, que no obedecían ni a Morelos ni a la Junta de Zitácuaro, indisciplinados, anárquicos y destructores, se habían apoderado de la plaza en los primeros días del mes de mayo, y los desmanes que ahí cometieron llenaron de pavor a la región entera. Morelos tenía que servirse de tales hombres, que al fin y al cabo trabajaban por la causa; pero, de igual manera, se veía precisado a someterlos al orden y a contener sus desenfrenos. Tal objetivo explicaba, entre otras cosas, su presencia en Tehuacán; y para que se capte qué clase de subordinados eran algunos con los que tenía que vérselas, basta reproducir la imagen que de uno de los vencedores de Tehuacán nos dejó el incomparable cronista de aquellos tiempos, don Carlos María de Bustamante:

Conocí a este monstruo [José Antonio Arroyo], ignominia de la especie humana, y me espanto cuando me acuerdo de su horrible catadura. Era un campesino chaparro, cargado de espaldas, cara blanca y colorada, barroso, ojos negros y feroces, su mirar era torvo y amenazante. Jamás se ponía el sombrero sino bajándose mucho, en términos de que costaba dificultad verle su aspecto sombrío y de mal agüero; su voz ronca, sus razonamientos precisos, su lenguaje rústico. Era un complejo de ferocidad y superstición la más grosera... No titubeaba en darle a un hombre un mazazo con un martillo de herrero en la mollera, dejándolo allí muerto, como lo hizo en su campamento de Alzayanga. Azotaba a los que tenía por espías, y lo hacía por su mano, teniendo el bárbaro placer de verles correr un chorro de sangre al primer latigazo... Su pujanza era mucha y a par de ella su denuedo para entrar en una acción... ⁷¹

Semejantes sujetos, descritos por un autor que los trató y al que, además, no puede tachársele de adverso a la insurgencia, revelan parte del carácter de aquella tremenda conmoción social. Morelos tranquilizó la comarca, nombró auto-

⁷¹ *Ibid.*, p. 431.

ridades, ratificó grados y aceleró los trabajos de defensa de aquel valle, abierto por varios vientos, considerando que su preservación era de suma utilidad para sus proyectos ulteriores. Un claro exponente del principio disciplinario que imponía a sus tropas, es el oficio que gira desde el mismo Tehuacán, a Trujano, ordenándole que sea drástico en la represión de cuantos desmanes cometan los soldados a sus órdenes.⁷² Y es que sólo de esa manera podía la insurgencia alcanzar la altura moral correspondiente a la material que venía escalando.

Tehuacán es una etapa importante en la vida militar del caudillo, que se prolonga por espacio de tres meses, aun cuando la plaza, bien fortificada por los patriotas, fue conservada por éstos hasta finales de 1816. Sitio estratégico de primer orden, desde ahí se podía amenazar el Valle de Puebla, hacia el noroeste; el Valle de Oaxaca, por el Cañón de Tomellín, hacia el sureste; o, siguiendo la ruta natural de las Cumbres de Acultzingo, hacia el noreste, el Valle de Orizaba. Muy tentadores eran los caminos que se le ofrecían al cura de Carácuaro, y de los tres mencionados escogió para trajinarlos los dos últimos. Un buen augurio de lo que podía esperar de sus subordinados, lo experimentó a poco de entrar en Tehuacán, con el resultado de la acción de San Agustín del Palmar (hoy Palmar de Bravo, Estado de Puebla), donde sus fuerzas, al mando de Nicolás Bravo y Hermenegildo Galeana, aniquilaron por completo a la columna enemiga del comandante Juan Labaqui, haciendo gran número de prisioneros, apoderándose de un considerable arsenal y dejando muerto, en el mismo campo de batalla, al propio Labaqui.

Pero no sólo problemas bélicos se le atravesaron en Tehuacán. Un sinfín de ocupaciones administrativas, políticas y económicas, consumieron sus días y sus noches durante esos tres meses. Pretende entablar negociaciones comerciales con Inglaterra, por más que desconozca en absoluto los conductos adecuados para lograrlo e ignore, igualmente, cuáles son los intereses particulares y la amañada política exterior de aquel importante país.⁷³ Los enviados de Rayón le causan no pocos dolores de cabeza, y ello motiva una serie de reclamos, propicias a fomentar la desarmonía y los malos

⁷² Véase Doc. 34.

⁷³ Véase Doc. 29: "Correspondencia entre Morelos y el capitán del buque inglés *Arctusa*, sobre un plan de comercio que el caudillo propone al Almirantazgo Británico."

entendidos entre ambos personajes.⁷⁴ Desde Tehuacán, don José María cuenta las horas que el virrey Venegas le otorgará de vida a su segundo en jefe, el caído Leonardo Bravo; pero la lucha no puede inmovilizarse por esos percances, y justo hacia los días en que aquél era encapillado en la ciudad de México, el caudillo anunciaba el nombramiento de quien lo sustituiría: el imponderable don Mariano Matoros. No es Galeana el favorecido, aunque era el jefe más prestigiado, pues siendo iletrado, no convenía poner en sus manos un puesto de tanta responsabilidad; y así lo explica Morelos.⁷⁵

En cuanto a las operaciones militares inmediatas, es creíble que el cura de Carácuaro proyectara introducirse en el centro de la Intendencia de Veracruz y ahí plantarse, tanto para cortar los suministros al puerto, como para vivir de la rica comarca tabaquera de las *Cuatro Villas*.⁷⁶ Un ataque a Puebla entraba también en este plan. Por lo menos tal se desprende del comunicado que remite a Rayón, con fecha 1º de octubre:

Si yo no tomo a Puebla, las Villas y Veracruz, queda descubierto el Sur y aun el Norte. Al efecto, tengo hecha mi acendrada para vaciar al lance: comisionados organizadores hasta las murallas de Veracruz, Villas y Puebla... No puede ocultársele a V.E. que la división o ejército que se acampe en Puebla o las Villas, como enlazadas con Veracruz y México, tienen que resistir todos los ataques que hayan de darse en el Reino y aun sitios rigurosos...⁷⁷

Y días después, no sabemos si por impresionar a Rayón o porque tal era la situación, decía a don Ignacio, lleno de optimismo: "He vuelto a reducir a Veracruz a que sólo coma del agua, y les voy a remitir una incitatoria para que ellos nos ruegen con la plaza."⁷⁸ Pero, en realidad, su programa del día no incluía, por lo pronto, una "marcha al mar", sino una expedición con algo de tanteo y mucho de avituallamiento, a la zona de las Villas.

Poco antes, el caudillo sufrió la pérdida del insustituible Trujano. Encargado de una correría de requisa de ganados,

⁷⁴ Véanse las cartas del caudillo del 1º de octubre. Docs. 35 y 36.

⁷⁵ Véase Doc. 32.

⁷⁶ Nombre genérico con que eran conocidas las poblaciones veracruzanas de Orizaba, Córdoba, Zongolica y Coscomatepec.

⁷⁷ Véase Doc. 36.

⁷⁸ Véase Doc. 37.

para el abasto de los cuarteles de Tehuacán, el héroe de Huajuapán fue atacado en el rancho de la Virgen, cerca de Tepeaca, el 5 de octubre, por las fuerzas del realista Saturnino Samaniego; diezmada su corta tropa, se vio cercado de enemigos, y murió como los grandes, defendiendo su vida y la de su hijo, en un combate de alcances homéricos. Su cadáver fue rescatado y conducido a Tehuacán, donde Morelos lo hizo inhumar en medio de impresionantes honores. Alamán reparó en lo sensible que debió haber sido esta baja a los independientes, pues las dotes militares que adornaban a don Valerio eran, en verdad, extraordinarias.

La expedición a Orizaba se inicia a mediados de octubre, desde Tehuacán y en circuito de ida y vuelta, con un primer movimiento hacia el noroeste que, por lo pronto, aleja a Morelos de su objetivo fundamental. La causa de este desvío, radicaba en proteger una conducta de plata destinada a él, que corría el riesgo de ser cogida por el enemigo. Avanza primero hasta la actual Estación de Esperanza, luego sigue, aproximadamente, por la ruta donde hoy se tiende la línea del Ferrocarril Mexicano, hasta muy cerca del punto de unión con el Interoceánico (Estación de San Marcos), y en el lugar denominado Ozumba, el 18 de octubre libra reñida batalla contra las fuerzas del jefe realista Luis del Águila, quien a su vez custodiaba un convoy de efectos del gobierno de México. El resultado fue una victoria a medias, desde el momento en que Águila pudo retirarse con su ejército y con su convoy, mientras Morelos lograba, asimismo, su objetivo, al salvar la plata que tanto necesitaba.

Pasó esa noche en Ozumba y al día siguiente continuó su camino, ahora de retorno, por San Salvador el Seco, Aljojuca y San Andrés Chilchicomula (hoy Ciudad Serdán), donde permanece unos días reorganizando sus fuerzas. Con el imponente Citlaltepétl a su vista, Morelos decide bordear sus laderas meridionales, para penetrar al Valle de Orizaba precisamente por el paso que sigue el Ferrocarril Mexicano: las Cumbres de Maltrata. Llega a la hacienda de El Ingenio, desde donde, el 29 de octubre "a las cuatro de esta mañana", intima la rendición del importante centro tabaquero, con las siguientes draconianas expresiones:

...si cumplido el término, no está resuelta la entrega de la plaza, con todas sus armas, gobierno y puestos, o por lo menos no contestada esta intimación, se romperá el fuego y a su vora-

ciudad y la de la espada será tomada y reducida, si necesario fuere, a cenizas. . . 78 bis

El defensor de la villa, José Antonio de Andrade, contestó al ultimátum en forma altiva, negándose a rendirse, y entonces Morelos procedió al asalto, tan bien planeado, que en unas horas era dueño de la plaza, mientras Andrade y unos pocos de los suyos huían en dirección a Córdoba. Bustamante equivoca la fecha de este suceso, pero en cambio es muy atinado en el balance que hace del mismo:

Acción tan brillante puso en manos de Morelos nueve cañones de todos calibres, más de cuarenta cajones de pertrechos, el armamento de la guarnición, que llegaba a mil hombres, el valor de más de trecientos mil pesos en vales, alhajas, dinero, plata labrada y efectos que se extrajeron por Zongolica; permitió a sus soldados el saqueo de los almacenes de tabaco, que al fin mandó quemar. Con razón, pues, ha sido tan celebrado este ataque brillante, en el que lució el valor para acometer, la unión y disciplina para resistir, la previsión para tomar oportunamente todos los puntos del enemigo y consumir con gloria el combate.⁷⁹

Mas, el caudillo no las tenía todas consigo. Apenas se había posesionado de Orizaba, cuando tuvo noticia de que la división de Luis del Águila venía, a marchas forzadas, para recuperar la plaza. Decidió evacuarla, no sin antes incendiar grandes cantidades de tabaco almacenado, con lo que asestó un tremendo golpe a la economía virreinal. Como su plan era volverse a Tehuacán, escogió ahora la ruta, natural aunque muy peligrosa, de las Cumbres de Acultzingo. Salió de Orizaba el 31 de octubre, cuando ya Águila se había interpuesto entre él y Tehuacán, escogiendo el punto más difícil de las Cumbres para cortar ahí a Morelos, quien se movilizaba con un largo y pesado convoy, no muy fácil de proteger. Don José María se vio en una situación verdaderamente comprometida; pero, una vez más, su aplomo y la excelente coordinación de sus capitanes, lo salvaron de un desastre que pudo haber sido mayúsculo. El 3 de noviembre estaba de vuelta en Tehuacán, después de haber experimentado, por el ataque de Águila, unas cuantas bajas y la pérdida de algunos efectos de su convoy.

^{78 bis} Véase Doc. 38 y nota respectiva: Intimación de Morelos a Andrade y contestación de éste.

⁷⁹ *Cuadro histórico . . . , op. cit., t. 1, p. 477.*

Sin darse punto de reposo, Morelos abandonó Tehuacán una semana después, con lo más granado de su ejército, unos cuatro mil hombres, al mando de sus jefes de confianza, Matamoros, Galeana y Miguel Bravo. Ahora sí, el objetivo era Oaxaca. La división, enorme y bien provista, se movió por la ruta natural del Cañón de Tomellín, y pasando por los pueblos de San Antonio Nanahuatipan, San Juan Bautista Cuicatlán y San Pablo Huitzo, llegó a San Pedro y San Pablo Etla donde, concentrándose todos sus elementos, el 24 de noviembre se dio el toque de generala para entrar en acción al día siguiente. Ahí se trazó el plan de ataque, se redactó el ultimátum de rendición al comandante realista de la plaza, Antonio González Saravia, y Morelos lanzó su célebre orden del día: "¡A acuartelarse en Oaxaca!"

Asentada en medio de un ameno valle, la ciudad gozaba de renombre, tanto por su riqueza —era el centro del pingüe comercio de la grana— como por su aspecto urbano y el abolengo de su vecindario. El cronista Burgoa nos dejó una interesante y gráfica descripción del lugar,⁸⁰ que hizo suya don José Murguía y Galardi —futuro diputado al Congreso de Chilpancingo—, y ambos textos, refundidos y adicionados por Bustamante, proporcionan los siguientes datos de la vieja Antequera, aplicables al tiempo en que Morelos se dispuso tomarla:

La posición de Oaxaca es poco más de 17 grados a la parte del Norte; reconoce al signo de Capricornio, casa de Saturno y exaltación de Marte, según los antiguos astrónomos. Sus horizontes son despejados, su temperamento benigno. Hállase al Norte una sierra llamada de San Felipe, que corre hasta los Andes. El viento reinante es una brisa bella de Levante. Su suelo es seco y por sus calles principales corren hermosos caños de agua limpia, derrames de las cajas llamadas del Carmen y Sangre de Cristo, que son depósitos de la agua venida por una bella arquería del rumbo del Norte. Tiene muy regulares edificios y algunos templos excelentes. Rodéanla muchas huertas que producen flores, frutas y legumbres exquisitas, que serían más si no ocupasen los mejores sitios no pocas nopaleras de grana. Su población fue en sus principios de dos mil vecinos, entre los que hubo muchos de notoria nobleza... Según el censo del año de 1794, la ciudad con-

⁸⁰ Fr. Francisco de Burgoa, *Geográfica descripción...*, México, Publicaciones del Archivo General de la Nación xxv-xxvi, 1934 [la primera edición es de 1674], t. I, pp. 28-33.

tenía 19,062 personas, padrón preferible al que se ha hecho en 1815... ⁸¹

Tal era el escenario en que irrumpió Morelos, bajo el signo de la "casa de Saturno y exaltación de Marte", la mañana del 25 de noviembre de 1812. Un ataque estupidamente bien planeado, dispuesto desde diez puntos simultáneos; muy precisos los tiros de la artillería, dirigida por el experto Manuel de Mier y Terán; metódico y coordinado el avance de los diversos cuerpos que convergían al centro de la plaza; firme y clara la dirección del mando supremo; espíritu derrotista, pánico y confusión entre los defensores... Todo contribuyó a que en su hoja de servicios, Morelos anotara aquel día un punto de su *curriculum*, admirable, magistral, glorioso. A la una de la tarde era dueño de la situación, aunque él y sus capitanes se vieron impotentes para detener el saqueo y los actos de violencia que la tropa desenfrenada cometía entre el aterrorizado vecindario.

El obispo, don Antonio Bergosa y Jordán, tuvo tiempo de huir. No así los principales jefes del ejército realista, capturados y fusilados días después. Los frutos, morales y materiales, de la victoria, fueron cuantiosos. Situada a mitad del camino entre México y Guatemala, la posesión de Oaxaca significaba para Morelos el ascenso de un gran escalón que, de no perder el ritmo, lo conduciría pronto hasta el corazón de la Colonia. Venegas quedó perplejo y mucho se cuidó de que sus gacetas silenciaran semejante catástrofe. La estructura de la Nueva España se cuarteó, pues los insurgentes avanzaron hasta el Istmo de Tehuantepec, e incluso amenazaban el extremo occidental de la Capitanía de Guatemala. Y el final de 1812, juzgado desde Oaxaca por un informante realista, no podía ser más desalentador para la causa de Fernando VII en estos dominios:

El Sr. Obispo y el Sr. Intendente salieron ocho días antes [del ataque] con docientos hombres a Tehuantepec, y luego que supieron que Morelos estaba en Oaxaca se embarcaron y la tropa vino a presentarse a Morelos; éste cogió setecientos fusiles... y

⁸¹ *Memoria estadística de Oaxaca y descripción del Valle del mismo nombre, extractada de la que en grande trabajó el señor don José Murguía y Galará, diputado en Cortes por aquella Provincia*. Publicala el Licenciado don Carlos María de Bustamante, Veracruz, en la Imprenta Constitucional, 1821, p. 4 [Edición facsimilar, con una Introducción por Ernesto Lemoine V., México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1963].

también cogió setenta y cuatro cañones. El saqueo fue grande: muchos pesos y grana, algodón y demás; y la gente está muy adicta a Morelos, a quien ha pedido que quede de su gobernador Matamoros, que es el que trae la mejor división, de tres mil hombres. La ciudad está muy parapetada, con ciento diez parapetos, cuatro entradas, fosos contrafosos y puentes levadizos... Morelos y sus subalternos se ocupan en ejercicios doctrinales de su tropa y en funciones públicas y en vestir a aquélla.⁸²

En conclusión, la tercera campaña fue la más provechosa de la carrera militar de Morelos. Aunque el caudillo se alejó del centro vital del virreinato, sus huestes libertadoras se dilataron por una vasta extensión del país y, entre otros logros, capturaron una importante ciudad— la más valiosa que rendiría el caudillo—, capital de Obispado y de Intendencia, punto equidistante entre México y Guatemala, mercado principal del comercio de la grana y fuente inagotable de recursos, tanto humanos como económicos y espirituales. Así, el año que empezara en Cuautla con tan optimistas vaticinios, se cerraba con broche de oro en la hermosa Antequera, y Morelos, el inspirador y autor de aquella obra descomunal, llegaba a la cúspide en su carrera de conductor. Se había ganado, en verdad, el resonante título con que gustaron de llamarlo algunos de sus contemporáneos: *Rayo del Sur*.

Cuarta campaña (febrero-agosto 1813). El caudillo se enorgulós algo con la toma de Oaxaca. Se tomó su tiempo para arreglar la administración de la liberada ciudad, y mientras, gustó de recibir homenajes y besamanos, asistió a bailes, patrocinó desfiles y festejos, apadrinó la edición del que sería famoso vocero insurgente, el *Correo Americano del Sur*, legisló, lanzó ardorosas proclamas, organizó su ejército y posó, ante un anónimo pintor, para legar a la posteridad uno de sus mejores y más fieles retratos. A propósito de este lienzo, que se ha hecho clásico, es oportuno citar la opinión estética de una reconocida autoridad en la materia:

La expresión popular o espontánea en la pintura, con tradición en el país... produjo en Oaxaca un interesante retrato del "Excmo. Sr. Dn. José María Morelos, Capitán General de los Ejércitos de América, Vocal de su Suprema Junta y Conquistador del Rumbo del Sud", según reza la inscripción al pie de la pintura, que se conserva en el Museo Nacional de Historia. La composición es

⁸² Véase Doc. 59.

neoclásica, por el óvalo que hace de marco a la figura; el dibujo, aunque incorrecto desde el punto de vista académico o naturalista, es preciso, bien definido; el color es elegante, aun en los contrastes y está enriquecido por el oro de los bordados del uniforme, la cadena y el gran collar con una cruz. Toda la figura tiene aplomo y dignidad y el rostro, y la cabeza toda, que emerge del amplio cuello, está delineado con maestría y seguramente idealizado como la figura entera de manera que en conjunto, esta obra, excepcional por su expresión, es también reveladora de un ideal de arrogancia, de señorío y de poder —todo con sentido asaz bárbaro— que hemos de encontrar repetido más adelante.⁸³

Mas, no era ideal, sino muy real, el aspecto “de arrogancia, de señorío y de poder” que exhibía el cura Morelos en sus días oaxaqueños, tan henchidos de satisfacciones y de esperanzas. Que su retrato le agradara, lo comprueba el hecho de que cargó con él durante la siguiente campaña, e incluso adornó uno de los rústicos aposentos de la democrática asamblea de Chilpancingo. Cogido por los realistas en Tlacotepec, a principios de 1814, fue a dar a España, de donde se nos devolvió en 1910, con motivo de las Fiestas del Centenario.

Pasado el lapso de la vida placentera, el caudillo se ocupó en disponer la siguiente expedición. En carta a Rayón, de 16 de diciembre, esboza algo de sus inmediatos planes, consistentes en marchar “con el ejército a México o Villas, según lo pida el caso”, y agrega:

Hasta hoy tengo avanzado Villa Alta y Tehuantepec, y sólo falta [dominar el trecho] de Xamiltepec a Acapulco, donde hay cortas divisiones enemigas, las que no hay de Villa Alta a Veracruz. El ejército enemigo de Puebla está bobeando en Tehuacán e Izúcar, cacaraqueando avances de a medio real, por millones que ha perdido...⁸⁴

De lo anterior se deduce que Morelos pensaba regresar a Tehuacán y de aquí lanzarse sobre el puerto de Veracruz (vías Córdoba y Orizaba), o avanzar hasta las goteras de México (vía Puebla). Mas, al mismo tiempo, contemplaba la posibilidad de operar en dirección a Acapulco, pesadilla que lo atormentaba, quizá porque en su primera campaña

⁸³ Justino Fernández, *Arte moderno y contemporáneo de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Estéticas), 1952, p. 30.

⁸⁴ Véase Doc. 51.

se había estrellado frente a los muros del codiciado puerto y también porque no olvidaba la recomendación, sagrada para él, del cura Hidalgo. Finalmente, se decidió por este último partido, encaminando sus pasos hacia el litoral del Pacífico.

En los primeros días de febrero empezaron a salir de Oaxaca las tropas destinadas a esta operación. Morelos partió el 9 —y no el 7, como dice Bustamante—, según una nota que la víspera dirigió al gobernador de la Mitra: “Mañana, con el favor de Dios, emprendo marcha con el ejército, en la que puede mandar V.S. órdenes de su agrado.”⁸⁵ Iba a ser ésta una empresa larga, difícil y complicada. Por principio de cuentas, el itinerario escogido, contra la habitual costumbre de Morelos, resultó ilógico y en apariencia falta de sentido práctico. ¿Si Acapulco, que era la meta, se hallaba hacia el suroeste, por qué el caudillo enfilaba hacia el noroeste? En efecto, la primera parte de la ruta incluye los siguientes puntos: Etna, Huitzo, Nochixtlán, Yanhuatlán y Teposcolula, con lo que el ejército parecía alejarse en lugar de acercarse al mar. Desde el punto de vista geográfico, no hay explicación convincente; pero sí existe, y muy poderosa, una razón de tipo social, a la que Morelos prestó la atención debida. Las Mixtecas, Alta y Baja, ardían en luchas de castas, atizadas por los enemigos de la insurgencia, lo que movió a Morelos a ir en persona a sofocar aquellos fuegos. Yanhuatlán, al noroeste de Oaxaca, era uno de los epicentros del trastorno, y ahí permaneció el caudillo varios días, poniendo en orden la comarca. Y luego, cuando el grueso del ejército pasó a la Baja Mixteca, Morelos dejó en Yanhuatlán a Matamoros, jefe que se hacía respetar y cuya presencia en la zona Alta indicaba que la situación no se había normalizado del todo.

En la segunda parte del itinerario, Morelos sufrió grandes penalidades, sobre todo en el transporte de la artillería y equipo militar, por lo abrupto de las serranías, que casi llegan hasta el litoral. Siguió por Tlaxiaco, Putla, Santiago Zacatepec y San Pedro Amusgos; por un oficio que gira desde este último pueblo, sabemos que se hallaba aquí el 4 de marzo.⁸⁶

⁸⁵ Véase Doc. 61.

⁸⁶ Véase Doc. 63. Una carta de Morelos a Bustamante, fechada en Teposcolula el 9 de marzo (Doc. 65), enreda mucho la ruta del caudillo, quien hacia esa fecha no podía estar en aquel lugar. Transcrito dicho texto de Genaro García, suponemos, o que éste copió mal, o que Morelos escribió la carta desde el lugar que dice, pero la fechó y remitió más tarde, desde otro sitio, sin cambiar el nombre del poblado primeramente anotado.

En esta región, los problemas raciales y la anarquía no eran menores que en la que había dejado al cuidado de Matamoros. Seis meses después, Bustamante, en carta dirigida al gobernador de la Mitra oaxaqueña, todavía lamentaba sus estragos:

La sangre que se ha derramado y derrama aún en la costa de Xicayán, es efecto de la poca política de aquellos curas, según informa el señor comandante Terán. ¿Y cómo podrá V.S.I. ver con tranquilidad aquella sangre de infelices, derramada como si fuesen bestias, movidos al antojo de un mal párroco que abusa de la estupidez y miseria de unos desdichados que apenas saben existe un Dios en los cielos y un Fernando en la fortaleza de Valencey? ⁸⁷

La fase final de la marcha de Morelos, se registra por la actual Costa Chica guerrerense: Ometepec, Azoyú, Cruz Grande, San Marcos, Cacahuatpec, Paso Real de la Sabana y, por fin, uno de los puntos preferidos de su geografía militar: Veladero. De nueva cuenta tenía frente a sí, a principios de abril, la soberbia bahía de Acapulco. Diez años antes, ahí había desembarcado el Barón de Humboldt, quien no parece haberse llevado una impresión placentera del lugar:

Acapulco está al respaldo de una cadena de montañas de granito, donde la reverberación del calónico radiante aumenta el sofocante calor del clima. Cerca de la bahía de Langosta, se acaba de hacer la famosa obra de San Nicolás, corte de montaña destinado a dar entrada a los vientos del mar [La Quebrada]. La población de esta miserable ciudad, habitada casi exclusivamente por hombres de color, asciende a nueve mil almas cuando llega la nao de China; pero ordinariamente no pasa de cuatro mil. ⁸⁸

No le espantaba al caudillo “la reverberación del calónico radiante”, pues desde los días de Tahuejo se había familiarizado con esos climas en los que, por lo demás, su gente, mucha de color, hallaba su apropiado medio natural. El 6 de abril dio sus instrucciones para el asalto de la plaza, de acuerdo con un abreviado plan táctico que conoció y publicó Bustamante ⁸⁹ y que reproducimos nuevamente, del original

⁸⁷ Véase Doc. 125.

⁸⁸ *Ensayo político...*, *op. cit.*, t. I, pp. 452-3.

⁸⁹ *Cuadro histórico...*, *op. cit.*, t. I, p. 529.

conservado en el Archivo General de la Nación.⁹⁰ Pero el ataque, con ser tan tenaz y vigoroso, no le dio a Morelos una victoria inmediata, por más que al día siguiente escribiera a Rayón:

En la semana entrante, con el favor de Dios, concluyo esto de Acapulco y me dirijo para México, y si el tiempo me da lugar, será por Valladolid.⁹¹

El optimismo del caudillo era del todo infundado, entre otras razones porque el adversario que tenía delante era un militar de carrera, fiel a su causa, decidido a defenderse hasta el último minuto: don Pedro Antonio Vélez, quien, por obra y gracia de su tenacidad, haría que la "semana entrante" se prolongara hasta bien avanzado el mes de agosto. Morelos, desde Ometepec, lo bombardeó con varias exhortaciones para que capitulara. Intento inútil, ya que Vélez respondió con el fuego de sus fusiles y cañones. Una semana conservó el caserío del puerto, a partir del ataque del 6 de abril, y cuando advirtió que aquél era indefendible y que la mayor seguridad la tenía tras las murallas del castillo de San Diego, el día 12 se reconcentró en éste, dejando la población en manos de los independientes. Así lo dice en un informe al virrey:

Amaneció el 13 y ya se pudo desde este fuerte hacer un fuego más activo, sin los temores que antes, de ofender a las familias de los nuestros, por lo que bombé y cañoné [sic] la población, arruinándola en la mayor parte, con el objeto de dañar al enemigo que se había entregado al saqueo de los muchos artículos de comercio que en ella quedaron, sin poderlo remediar.⁹²

Pero ese fue el único fruto, por lo pronto, que pudo alcanzar Morelos: posesionarse del puerto sin rendir la fortaleza, que era la llave del mismo. La campaña de Acapulco entró entonces en una fase de agobiante inmovilidad; Vélez, encerrado en San Diego, y el caudillo, dueño del terreno circundante, quedaron frente a frente, lanzándose diarios obsequios de balas y bombas y una que otra nota de reproche o conminación, que no lograban romper el nudo en que ambos

⁹⁰ Véase Doc. 72.

⁹¹ Véase Doc. 74.

⁹² Despacho de Vélez a Calleja, remitido el 21 de mayo. Doc. 80.

se habían enredado. El tedio, la parálisis, el bochorno del trópico y el hastío —mortífero para la dinámica bélica—, fueron las notas características de esta ofensiva insurgente, que se prolongó desde el mes de abril hasta el de agosto.

Entretanto, el segundo en jefe de Morelos, don Mariano Matamoros, lejos de ahí realizaba una hazaña notable en los anales de la guerra de independencia. Morelos lo dejó en Yanhuitlán, como ya se ha visto, al cuidado de aquella zona turbulenta; pero, poco después, fue llamado con urgencia por el gobernador de Oaxaca, don Benito Rocha, para atender la defensa de la provincia, amagada por una invasión de realistas guatemaltecos que habían penetrado por el distrito de Tehuantepec. Con un división de aproximadamente mil hombres, bien armados y equipados, salió Matamoros de Oaxaca en dirección al Istmo, a principios de abril. Siguió la ruta, en general, de la actual Carretera Panamericana: Tlacolula y Mitla pudieron arrancarle la reflexión de que miles de años de recia cultura lo contemplaban, a él y a su ordenada tropa; Nejapa, Tequisistlán, Jalapa del Marqués y Tehuantepec, fueron otras tantas escalas en su marcha triunfal. El adversario, de nombre Manuel Dambrini, "oficial viejo, y tanto, que algunos creían haberse hallado en la batalla de las Navas" —comenta el fantástico Bustamante—, con unos setecientos hombres, lo aguardaba en Tehuantepec. A fines de febrero había derrotado a una partida insurgente en el pueblo de Niltepec, y esto lo tenía envanecido; pero apenas supo que Matamoros se acercaba, evacuó Tehuantepec y retrocedió en dirección al Soconusco, entonces guatemalteco. El cura de Xantetelco no se detuvo; cruzó la raya fronteriza y cerca del pueblo de Tonalá alcanzó a Dambrini el 19 de abril, propinándole tal golpe, que el realista, seguido de unos cuantos, no paró hasta llegar a la ciudad de Guatemala, donde fue a dar cuenta de su infortunio. Por su lado el vencedor, al informar a Morelos, expresa vivamente satisfecho:

Las circunstancias solas de la expedición están recomendando el valor y constancia de la tropa, que en esta ocasión me ha parecido inimitable; y aunque nomás los oficiales de que he hablado explicaron su denuedo, arrojándose sobre el enemigo en los términos que lo hicieron, no les faltó deseos a otros muchos, sino que fue preciso contenerlos para que no desamparasen sus compañías y los puntos de que estaban encargados. Puede causar V.E. en la valentía de esta división, asegurando de que

no desmentirá el grado de reputación que justamente se ha granjeado el Ejército del Sur.⁹³

El botín cogido por don Mariano fue considerable, y al volver a Oaxaca, la recepción que se le brindó dejó huella en la historia insurgente de la ciudad. Es insuperable la pintura que Bustamante hace del caudillo, en este momento glorioso de su vida:

El viernes 28 de mayo por la tarde, entró Matamoros a Oaxaca con el aparato de un triunfador. Adornáronse con cortinas las calles de su tránsito. Introdújolo el Ayuntamiento, que salió a recibirlo en coche y bajo de masas hasta el pueblo de Santa María del Tule, en la catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*. Allí conocí y saludé por primera vez a este hombre que ganaba cada día mayor celebridad; admiré el orden de marcha de su tropa y no admiré menos la configuración de su persona. Era un hombrecito delgado, rubio, ojos azules, picado de viruelas, voz gorda y hueca. Fijaba continuamente la vista en el suelo; inclinaba un tanto la cabeza sobre el hombro izquierdo, y a juzgarse por aquel exterior propio de un novicio carmelita, nadie creería que abrigaba un espíritu marcial. Déjose ver con uniforme grande de mariscal, y mostraba muy bien que no descuidaba del adorno de su persona.⁹⁴

La provechosa expedición de Matamoros tiene más importancia de la que generalmente le asignan los historiadores, porque comprobó dos hechos de los que podrían obtenerse fecundos resultados en el futuro; uno, la posibilidad de emprender operaciones militares fuera de los límites de Nueva España, abriéndose un amplio campo para la liberación de la Capitanía de Guatemala y el enlace de este movimiento con los de la Nueva Granada; otro, la necesidad de crear ejércitos profesionales, tal y como lo entendía el propio Matamoros, surgidos del pueblo y al servicio del pueblo, como el medio más eficaz para batir con éxito a las bien organizadas tropas virreinales. El héroe de Tonalá es un ejemplo más de aquella pléyade de sacerdotes y frailes, que bajo la sotana o el hábito ocultaban admirables dotes militares, sólo reveladas hasta el momento en que la guerra por la independencia de su patria los llamó a empuñar las armas. Además,

⁹³ Parte de Matamoros, publicado en el *Correo Americano del Sur*, Oaxaca, 17 de junio de 1813.

⁹⁴ *Cuadro histórico...*, op. cit., t. I, p. 535.

justificó la buena intuición de Morelos de designarlo segundo en jefe, al faltar don Leonardo Bravo.

Volviendo al caudillo de la revolución, anclado en Acapulco, poco mejoraban sus empeños por rendir la fortaleza de San Diego. Alternaba, a menudo, los actos de fuerza con las persuaciones de palabra, como la intimación que el 2 de mayo —aniversario del rompimiento del sitio de Cuautla— dirigió a Vélez, en la que, entre otros conceptos, le dice:

Yo no podré retirarme tan fácil sin dejar en poder de la Nación el castillo de Acapulco, o el lugar en que éste ocupaba, si fuere necesario volarlo. Por todo, debe V.S., como gobernador, hacerlo saber a cuantos se hallen en el castillo y sus dependientes, para que se aprovechen de los momentos y de mi ingenuidad, porque yo no sé otra política que la claridad.⁹⁵

La situación de Vélez era crítica, pero no desesperada. Urgía al virrey que le enviara socorros para libertarse del cerco y, refiriéndose a las amenazas de Morelos, escribía a Calleja el 21 de mayo:

...me ha intimidado otras dos veces la rendición, solicitando capitular, más por la compasión que nos tienen (según se explica), viéndose en la dura necesidad de volar el castillo, que por el interés que a él le resulta; pero como a estos fieles habitantes no los intimidan tales fanfarronadas, se le dio en ambas la contestación que merece su atrevido arrojito.⁹⁶

Cercado por tierra, Vélez tenía el aliciente de ser abastecido por mar. Aparte de lo que en buques de regular calado le venía del lejano puerto de San Blas, “la fortaleza recibía auxilios de la isla inmediata, llamada la Roqueta, distante más de dos leguas, y los recibía por medio de catorce canoas y dos lanchas cañoneras.”⁹⁷ Visto lo cual y luego de una junta de guerra en que se discutió el asunto, Morelos dispuso el asalto a la Roqueta para cortar a los sitiados aquella fuente de suministros. Pequeña operación naval, en que participaron menos de un centenar de hombres, embarcados en dos lanchas que partieron de la playa de Caleta la noche del 8 de junio, esta acción, coronada por el éxito en la madrugada siguiente, se considera por algunos autores como el punto

⁹⁵ Véase Doc. 77.

⁹⁶ Véase Doc. 80.

⁹⁷ *Cuadro histórico...*, *op. cit.*, t. I, p. 530.

de donde debe arrancar la historia de la Armada Nacional. Para un país del que salieron hombres, navíos y copiosos acervos de cultura nativa hacia el Lejano Oriente, desde la tercera década del siglo xvi, resulta muy pobre fijarle el principio de su gloria naval, en un hecho tan anecdótico y tan reciente como el asalto a la Roqueta, el 9 de junio de 1813, por la pequeña fuerza de don Pablo Galeana. Admiramos, por supuesto, el valor, el patriotismo y la audacia de aquel puñado de insurgentes; pero, al mismo tiempo, consideramos que la tradición naval mexicana —mexicana y no novohispana— debe retrotraerse varios cientos de años a partir de 1810. Entre la conquista de Filipinas, por ejemplo, donde tanta sangre y espíritu nuestros participaron, y la conquista de la Roqueta, media un abismo; ambos son sucesos que nos atañen mucho, pero considerar el último más importante que el primero, es reducirnos a batir palmas por un minúsculo sucedido de la historia local, cuando, buscando un poco, hallamos hazañas propias que entran, con el pie derecho, en el ancho mundo de la historia universal.

El joven Pablo Galeana, sobrino de don Hermenegildo —de tal tío tal sobrino—, fue el héroe indiscutible de la Roqueta. Con la isla se apoderó también del bergantín *Guadalupe*, y el intento de repetir la acción, un mes más tarde, con el *San Carlos*, que llevaba víveres al castillo, se frustró, pese al temerario arrojo que mostraron los hombres de Galeana.

La peste causaba grandes estragos entre los atacantes y los defensores. El calor sofocante de julio y agosto, el vivir y morir bajo los efectos de la canícula y el vómito, el cansancio, la situación de *statu quo*, el desgaste paulatino de los combatientes, la resistencia —digna de encomio— de Vélez; todo contribuía a hacer desesperar a Morelos. Dice Bustamante que estuvo a punto de abandonar el asedio y marcharse a las frescas tierras de Chilpancingo; pero, a mediados de agosto, sabiendo que, ahora sí, las condiciones dentro de la fortaleza eran angustiosas, se preparó a dar el asalto final. Fue entonces cuando Vélez decidió capitular. Las negociaciones se llevaron a cabo durante los días 18 y 19 de agosto, firmándose las condiciones de la entrega, por ambos jefes, el segundo de los días citados. El final de esta larga y en el fondo poco provechosa campaña, lo expresa el propio Morelos en el boletín que expidió el día 25:

El día 20 entregó el gobernador las llaves del castillo, con 407 fusiles habilitados, 50 sables, 35 machetes, 146 lanzas, 50 cajones de pólvora labrada y en granel, 3 halcones surtidos, 80 piezas de artillería calibre de a 4 hasta de a 36, 2 morteros de a 12 pulgadas, banderas, 20,000 balas de dichos cañones y un gran botín de abarrote.⁹⁸

Fue ésta una rendición condicional. Vélez y sus hombres salieron con sus espadas e insignias, libres para dirigirse a la zona realista, con pasaportes extendidos por el jefe vencedor, excepto los nacidos en el país, de cuya suerte Morelos se creyó con el derecho de disponer. Para el defensor de San Diego, el acto debió haber sido humillante, no tanto por los elementos materiales que ganaba el adversario, sino por el significado moral que tal pérdida llevaba consigo. Porque, en efecto, Morelos gastó más energías y recursos en aquella campaña, que lo que le produjo la posesión del castillo. La victoria no fue contundente, como la de Oaxaca, ni mucho menos; y, en sus resultados prácticos, dejó un mal sabor de boca, así al jefe de la revolución como a los oficiales que lo acompañaron durante aquellos enervantes meses. Sus ventajas eran de otro orden; bien capitalizado el triunfo, se podía difundir por todo el virreinato, que no había imposibles para las armas insurgentes y que las fortalezas que el gobierno de México consideraba inexpugnables, también caían en manos del ejército de la libertad. O sea, era en el aspecto moral, en la difusión de un suceso que ponía de manifiesto la quiebra del orgullo español, donde Morelos podía sacar el mayor provecho de la toma del puerto y castillo de Acapulco.

Tan cierto y efectivo era esto, que Calleja montó en cólera al enterarse de la rendición. Vélez fue a la capital a dar cuenta de sus actos, y el frenético virrey, sin atender a que lo había abandonado a su suerte durante más de cuatro meses que duró el sitio, lo hizo comparecer ante un consejo de guerra. Miles de fojas de dicho proceso guarda el Archivo General de la Nación, y de todo este maremágnum de papeles, lo único que se saca en claro es que la actuación del vencido en San Diego no pudo haber sido de otra manera. Los jerarcas de México, empero, nunca se lo perdonaron. Hacia 1819, pobre, vejado y amargado, había muerto ya don Pedro Antonio Vélez, mientras su viuda insistía, cerca de Apodaca,

⁹⁸ Véase Doc. 105.

para que se rehabilitara la memoria de su desdichado esposo. Nunca lo consiguió.⁹⁹

A España llegó la noticia de la capitulación de San Diego, a través de un deprimente informe de Calleja, quien fijó la dimensión exacta del suceso por las consecuencias que podría acarrear en el futuro a las armas del rey. Al dirigirse al ministro de la Guerra, le explica las medidas que había adoptado para iniciar una ofensiva general contra Morelos, y luego añade:

...pero, la inopinada noticia de la rendición de Acapulco, de que doy cuenta en oficio separado, contra las esperanzas que hizo concebir la bizarra defensa hecha hasta entonces por su guarnición, ha cambiado el aspecto de las cosas hasta un punto que si no frustra del todo mis medidas, prepara por lo menos una larga demora a su ejecución.¹⁰⁰

El temor no era infundado, mas para que se cumplieran los pesimistas vaticinios del virrey, era urgente que Morelos, aprovechándose del momentáneo desconcierto que la victoria de Acapulco causaba en el ánimo del alto mando enemigo, empujara hacia el norte, una vez más, la línea divisoria que separaba su territorio del de Calleja. Pero no lo hizo. Su mente bullía de grandes y trascendentales pensamientos, que no eran bélicos. Se conformó, por lo pronto, con las comarcas conquistadas y en los primeros días del mes de septiembre salía de Acapulco en dirección a la sierra.

La cuarta campaña había terminado. ¿Cuál, entonces, era el motivo para emprender esta nueva excursión? Uno muy diferente de cuantos, en su vida inmediata anterior, habían impulsado sus actos. Iba a Chilpancingo a preparar todo lo concerniente a la instalación del Congreso de Anáhuac. El caudillo trocaba así, temporalmente, la espada guerrera por la pluma del legislador.

⁹⁹ Las diligencias del proceso se hallan en AGN, *Historia*, t. 83. A f. 226, en una petición de doña Marta Josefa Suárez, de abril de 1819, leemos: "...que habiendo fallecido mi esposo, el capitán graduado de teniente coronel, D. Pedro Antonio Vélez...", y hasta esa fecha el consejo de guerra no había depurado aún la conducta del defensor realista de Acapulco.

¹⁰⁰ Véase Doc. 121.

IV

HACIA LA SUSTITUCIÓN DE UN ESTADO
COLONIAL POR OTRO NACIONAL

Ideario del cura de Carácuaro anterior a Chilpancingo. La más intensa actividad política de Morelos se desarrolla al término de la cuarta campaña militar y continúa, prácticamente sin interrupción, hasta los momentos de su captura. Es el periodo de Chilpancingo, de Apatzingán, de Ario, de Puruarán y Uruapan, con sus derivados de Taretan y Tehuacán, donde, por encima de las actividades bélicas, cuyo ritmo va en paulatino declive, se acometen incesantes y capitales obras de carácter legislativo-político-jurídico, tendientes a consolidar la estructura del Estado nacional, finalidad última y la de mayores repercusiones del movimiento insurgente. Pero el propósito de emprender esa mutación, arranca de más atrás.

Se piensa, generalmente, que Morelos fue primero militar y después político; mas un repaso detenido y minucioso de sus papeles, así públicos como privados, prueba que ambas líneas de conducta —una física y otra espiritual— convivieron en su ánimo, muy entrelazadas, desde su debut en la escena revolucionaria. El buen burgués, que había configurado así su personalidad hasta bien entrado el año de 1810, se despertó de repente, como ya lo indicamos en la segunda parte de estos apuntes, y al llegar a Valladolid en busca de Hidalgo, no fue la violencia material del alzamiento de Dolores, con ser tan palpable, lo primero que llamó su atención, sino las implicaciones político-económico-sociales que, como la sombra unida al cuerpo, se derivaban de aquélla.

En efecto, lo que sus ojos vieron en su ciudad natal, horas antes de que cruzara las primeras palabras con Hidalgo, fue el bando de éste, firmado por Ansorena, en el que se abolía la esclavitud, se suprimían las castas y se trastornaba por completo el sistema tributario del gobierno español. Ello sólo indicaba que la revolución no se comprimía a confiscar bienes de los peninsulares ni a quitarles sus empleos para transferirlos a los americanos, sino que sus alcances eran mayores. Es incuestionable que desde Dolores se trató de acabar con el *ancien régime* para sustituirlo por un nuevo orden de cosas, nuevo en los aspectos fundamentales de la vida. Incluso la Iglesia, respetada en lo dogmático por los rebeldes, con una devoción que alejaba de ellos cualquier

estigma de heterodoxia, se vio socavada, como poder institucional y columna básica del sistema colonial, por la piqueta de la insurgencia. Si no, ¿cómo explicar la pasmosa solicitud de Morelos a la Mitra de Valladolid —ya, desde luego, tocada por la mano de Hidalgo—, de ausentarse de su curato, “con goce de sueldo”, para irse a la revolución?

En la entrevista de Charo-Indaparapeo, el alumno Morelos recibió del maestro Hidalgo instrucciones generales para gobernar sus actos de jefe del movimiento en las comarcas del sur, mismas que redondeaban o amplificaban, aunque en atropellado galopar, las ideas absorbidas por el novel rebelde, apenas unas horas antes, con la lectura del trepidante bando del 19 de octubre. Por eso, cuando Rayón trató de deslumbar a Morelos, enviándole el texto de sus *Elementos constitucionales*, éste, negándole la patente de originalidad, le comentó: “Hasta ahora no había recibido los *Elementos constitucionales*; los he visto y, con poca diferencia, son los mismos que conferenciamos con el señor Hidalgo.”

Sobre la marcha, sujeto a circunstancias de tiempo y lugar, Morelos habría de ir afinando su doctrina revolucionaria. Por lo pronto, llevaba fijo en la mente lo visto y leído en Valladolid, y lo escuchado en Charo-Indaparapeo de labios del Generalísimo. Tales rudimentos políticos fueron, empero, suficientes para que don José María, por cuenta propia, expusiera su personal ideario en los lugares que iba conquistando. Del inmenso cúmulo de aquellas disposiciones —no conocidas en su totalidad—, tomamos algunos de los puntos que mejor ilustran la evolución de su pensamiento, dejando al lector en libertad, si le interesa, de consultar los textos completos que aparecen en nuestra sección documental.

A las repúblicas de los pueblos donde se presenta o que proyecta someter, se dirige, habitualmente, en los siguientes términos: Que se reúnan, autoridades y vecinos,

...para darles a entender el nuevo Gobierno; en inteligencia de que todo es a su favor, porque sólo se va mudando el gobierno político y militar que tienen los gachupines, para que lo tengan los criollos, quitando a éstos cuantas pensiones se puedan, como tributos y demás cargas que nos oprimían.¹⁰¹

Mudar el régimen, político y militar, como lo enuncia Morelos en forma tan sencilla, no es otra cosa que sembrar el

¹⁰¹ Doc. 14: Exhortación de Morelos al vecindario del pueblo de Atenango del Río (3 de septiembre de 1811).

germen de una mudanza total del Estado, de colonial a nacional. Desde luego, al principio no se desprenden del nombre de Fernando VII, muletilla oportunista, no tanto por su fuerza mágica, cuanto porque ignora los efectos psicológicos que en los pueblos del sur, analfabetos y fanáticos, podría acarrear una ofensiva verbal-conceptual contra el monarca. De ahí que Morelos, igual que Hidalgo y que Rayón, deje al *Deseado* no sólo al margen de sus ataques, sino que esgrima su defensa como uno de los objetivos de la revolución; más tarde superaría esta rémora, al constatar que en el ánimo de los sublevados, Fernando VII era tan ruín y tan *indeseable* como el peor de los "gachupines".

Ya hemos mencionado un testimonio (fechado el 3 de febrero de 1811), en el que se ponen de manifiesto los esfuerzos mentales a que Morelos se veía obligado para convencer a la gente, iletrada y apartada de los mundillos de la política virreinal e internacional, a incorporarse a sus filas. Don José María indica a estos posibles partidarios suyos, quiénes son los enemigos a los que hay que combatir: los franceses que invaden la Península, y los gachupines de acá —"el mal gobierno" de Hidalgo—, quienes traicionando a su rey acabarán por entregar la Nueva España a Napoleón. Les explica que, liberado ya Fernando VII, los insurgentes se han abocado su custodia personal, y luego de eliminar a los peninsulares, ganado todo el país, "entonces sale nuestro rey a gobernar".¹⁰² Y todos contentos, excepto el virrey Venegas y cuantos lo secundaban. Sólo que, tales conceptos eran para consumo muy privado, casi coloquial, entre algunos remisos a quienes Morelos, sin intermediarios, se empeñaba en convertir. Cuando se dirige a un público más vasto, adopta otro tono. Punto de partida de su amplia y profunda doctrina social, es su famoso bando del Aguacatillo, de fecha tan temprana como el 17 de noviembre de 1810; inspirado en el de Hidalgo, de 19 de octubre, aquí Morelos también suprime la esclavitud, las castas, las cajas de comunidad, los empleos a españoles y algunos impuestos que gravitaban sobre las clases bajas. El nuevo régimen, precisa el caudillo, estipula que,

...a excepción de los europeos, todos los demás habitantes no se nombrarán en calidad de indios, mulatos ni otras castas, sino todos generalmente *americanos*. Nadie pagará tributo, ni

¹⁰² Véase Doc. 8. Se trata del fantástico relato —uno de nuestros predilectos— que hemos intitulado: *La guerra psicológica de Morelos*.

habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan serán castigados. No hay Cajas de Comunidad y los indios percibirán los reales de sus tierras como suyas propias.¹⁰³

La realidad le hizo comprender que era necesario conservar algunos impuestos e incluso normar su cobro, pues la revolución tendría que pagarse por el propio pueblo; mas el hecho de que, igual que Hidalgo, trastocara el sistema fiscal del virreinato, era sintomático de que no tardaría en expedir medidas más radicales, más diferenciadas del "estilo colonial". Obsérvese además que, a menos de un mes de iniciadas sus campañas, Morelos pone el dedo en la llaga de uno de los problemas tradicionales del país: el agrario. La tenencia de la tierra y el despojo que de ella han padecido los pueblos indígenas, será una de sus preocupaciones en los años subsiguientes.

El patrimonio de los peninsulares, los fondos de las corporaciones civiles y eclesiásticas del gobierno español y los donativos de los pueblos, entran en la lista de los recursos que exige Morelos para sostener la guerra. Así, el 16 de enero de 1811, se dirige a la república del caserío de Tecuanapa:

Me remitirán inmediatamente el dinero que haya del Estanco, y para conseguir una completa victoria, necesito que me presten el dinero de Cofradías que tengan, como me lo han prestado los hijos de Cacaguatpec, a pagarlo aquí en el puerto [de Acapulco] o de nuestra Tesorería General Americana, con el rédito correspondiente que pagaré, del seis por ciento.¹⁰⁴

Un siglo más tarde, justificando procederes similares, diría el eminente Luis Cabrera: "La revolución es la revolución." Si la Nación se comprometía a garantizar los préstamos que sus hijos le hacían para alcanzar su libertad, ello indicaba que la cruzada tenía un carácter eminentemente popular y que, al final de la misma, regresaría al pueblo lo que de él había salido para financiar la magna obra.

Muéstrase más contundente en su actitud de remover viejas organizaciones y sustituirlas por otras, en armonía con los nuevos tiempos y con el principio de autodeterminación que se proponía difundir entre los mexicanos, a través de sus dos extraordinarios bandos del 18 de abril de 1811, emitidos

¹⁰³ Véase Doc. 5.

¹⁰⁴ Véase Doc. 7.

desde el pueblo de Tecpan. En el primero, de una plumada modifica la división política de las Intendencias —obra que tanto envaneciera al Marqués de Sonora, don José de Gálvez—, sustrayendo a la de México toda la porción meridional, con la que crea la “Provincia de Tecpan”, y al pueblo del mismo nombre, que declara capital de esta provincia, lo eleva a la categoría de ciudad, con el nombre de “Nuestra Señora de Guadalupe de Tecpan”. Es tan lógica y racional dicha medida, que la existencia del actual Estado de Guerrero se explica en función de ella. Pero, además, la Provincia de Tecpan no es sólo una realidad geográfica; más que eso: es una realidad política. A su cabecera acudirán los habitantes del sur, reconociéndola por centro,

...así en el gobierno económico como en el democrático y aristocrático. Y, por consiguiente, en los pueblos en donde hasta la publicación de este bando y en lo sucesivo no tuvieren juez que les administre justicia o quisieren apelar de ella a Superior Tribunal, lo harán ante el *Juez de Conquista* y sucesores, residentes en la misma ciudad.¹⁰⁵

No sabemos lo que quiso decir con “gobierno aristocrático”, mas el hecho de que Morelos hable de uno “democrático” y que para la administración de justicia señale “jueces de conquista” en lugar de los antiguos “justicias” que dependían de la Real Audiencia, indica hasta qué grado revolvió y convulsionaba la Colonia que a golpes de piqueta intentaba demoler. Se ocupa igualmente en el mismo bando, de reglamentar el derecho de alcabalas y el estanco del tabaco, autorizando la libertad de este cultivo, aunque bajo el control de comisionados especiales. Por último, anticipándose en cuatro meses a Rayón, anuncia no la posibilidad de crear una Junta Gubernativa, sino el mismísimo Congreso, que instalaría en Chilpancingo dos años y medio después:

Que por principio de leyes suaves que dictará nuestro *Congreso Nacional*, quitando las esclavitudes y distinción de calidades con los tributos, sólo se exigen por ahora para sostener las tropas, las rentas vencidas hasta la publicación de este bando, de las *tierras de los pueblos, para entregar éstas a los naturales de ellos para su cultivo.*¹⁰⁶

¹⁰⁵ Véase Doc. 10.

¹⁰⁶ *Ibid.*

En el segundo de los bandos de Tecpan, convierte las "Rentas Reales" en "Rentas Nacionales", sin excluir algunos giros que, como el de "Nuevo Indulto de Carne" y el de "Bulas", destinados a fines píos, estaban siendo canalizados "para los malditos designios de los arbitristas gubernativos". Pero donde alcanza una envidiable estatura social, es al insistir en el problema agrario, que hace suyo y ataca, con sencillez y a la vez con profundidad, adelantándose así, en un siglo, a los hombres que tratarían de darle la solución definitiva. Dice Morelos:

Y, en cuanto a las tierras de los pueblos, harán saber dichos comisionados a los naturales y a los jueces y justicias que recaudan sus rentas, que deben entregarles las correspondientes [cantidades] que deben existir hasta la publicación de este decreto, y hechos los enteros, *entregarán los justicias las tierras a los pueblos para su cultivo, sin que puedan arrendarse, pues su goce ha de ser de los naturales en los respectivos pueblos.*¹⁰⁷

Todo lo trastorna Morelos: los estamentos sociales, la geografía política, la administración de justicia, el gobierno mismo, el patronato eclesiástico, la estructura económica. Su bando de 13 de julio de 1811, constituye un golpe tremendo al sistema monetario de la Colonia, al ordenar la emisión de moneda nacional de cobre, garantizada su conversión con hipotéticas reservas de metales preciosos, al triunfo del movimiento. Tal medida, adoptada también por Rayón y por otros jefes insurgentes, sacudió la economía estática del virreinato, complicó las transacciones comerciales, estimuló fraudes y falsificaciones, fomentó la codicia de usureros y hambreadores, y tanto en el territorio realista como en el independiente hizo florecer una casta de corredores y vivales que negociaban con las monedas de ambos bandos, en perjuicio de los ingresos de los pobres, cogidos entre dos fuegos y entre dos tipos de intereses, e impotentes de ver claro en aquel turbión que todo lo arrastraba volviendo las cosas al revés de como habían estado acostumbrados, por generaciones, a mirarlas. Morelos y sus asesores, captaron la magnitud del paso dado, como los líderes de la revolución francesa al emitir sus *asignados*, pero no retrocedieron, porque sabían que la moneda, aparte de su valor adquisitivo, conllevaba una energía moral, indispensable para fortalecer el sentimiento nacional. Se esmeraron, eso sí, en imponer el

¹⁰⁷ Véase Doc. 11.

nuevo signo, respaldándolo con cuantos argumentos y promesas discurrieron, por más que el verdadero crédito de la moneda de cobre se hallaba en el triunfo de las armas insurgentes. Insertamos varios documentos que tratan de este asunto; aquí sólo transcribimos un párrafo del bando de 13 de julio, significativo en cuanto recoge el punto de vista cardinal de Morelos tocante a la complicada cuestión:

Y por cuanto esta moneda es una libranza segura de *letra vista*, que ha de pagar nuestra Caja Nacional en el acto que se presente el que la llevare, debe tener, por lo mismo, el propio valor y estimación, como si fuera de plata o de oro, y servir para todos los tratos y contratos de compras, ventas, vales y libranzas, cobros y pagos, etcétera, en todo este reino, como ha servido y sirve la del cuño mexicano.¹⁰⁸

De entre la copiosa literatura revolucionaria del caudillo que precedió al Congreso de Chilpancingo, nos impresiona, por sus alcances morales y por el amor que muestra a su pueblo, instándolo, en tonos rusonianos, a buscar la perfección y la felicidad, la proclama lanzada en Oaxaca el 29 de enero de 1813, uno de cuyos párrafos más elocuentes es el que sigue:

No se consentirá el vicio en esta América Septentrional. Todos debemos trabajar en el destino [a] que cada cual fuere útil, *para comer el pan con el sudor de nuestro rostro y evitar los incalculables males que acarrea la ociosidad*. Las mujeres deben ocuparse en sus hacendosos y honestos destinos, los eclesiásticos en el cuidado de las almas, los labradores, durante la guerra, en todo lo preciso de la agricultura, los artesanos en lo de primera necesidad, y todo el resto de hombres se destinarán a las armas y gobierno político.¹⁰⁹

¿Cómo no valorar, en grado superlativo, las calidades de un hombre que lucha por emancipar a su pueblo pero que, al mismo tiempo, le asigna a éste, por medio de concretas máximas de conducta, la obligación de ganarse "con el sudor de su frente" esa anhelada libertad? Y es que Morelos insistió, una y otra vez, en que la independencia no podía ser, como el maná, un don llovido del cielo, sino una conquista de los mismos mexicanos, dura, pausada, larga y

¹⁰⁸ Véase Doc. 12.

¹⁰⁹ Véase Doc. 60.

dolorosa; un trabajo tanto más fecundo cuanto más virtudes lo adornaran y menos vicios lo mancillaran.

Es en las altas cuestiones políticas, y concretamente en el punto capital de la soberanía, donde hay que rastrear el pensamiento evolutivo de Morelos anterior a Chilpancingo y a Apatzingán. Conviene advertir que su trayectoria no es muy pareja, más por contingencias de lugar y de personas a quienes exponía sus ideas, que por inseguridad de éstas o veleidades de carácter. Porque, a pesar de que no pocas veces sus conceptos sean confusos y parezcan contradictorios, su actitud global, casi obsesiva, es una que siempre sale a flote: romper las amarras con España, con la totalidad de España, desde el rey hasta el último de sus súbditos; le importa menos de lo que generalmente se cree, la situación irregular de la Península a partir de 1808, para apoyar en lo anómalo de esa situación su propia trayectoria política. La cautividad de Fernando, las juntas patrióticas, las Cortes, la Regencia, el régimen constitucional y el retorno del absolutismo, todo ello acaba por ser agrupado en un concepto único: *España*, contra el que se opone, sin distinguos de ningún jaez, independientemente de que, por pura estrategia, esgrima las variantes de la especie para aplicarlas en circunstancias particulares y accidentales, como benéficas a un fin inmediato.

Con dos precisos gentilicios define a los suyos y a los adversarios: *americanos* y *gachupines*; para el primero usa a menudo la voz *criollos* (donde incluye, sin duda alguna, a los indios, mestizos, negros y castas), sinónimo de *mexicanos*, en oposición a *uropeos* o *españoles*. Nueva España—concepto geopolítico que nunca menciona como tal en sus escritos— es un país ocupado (dominado) por extranjeros, igual que la Península a partir de Muza; en uno y otro caso, los intrusos provienen de otro continente: de Europa y de África. En consecuencia, así como los cristianos fueron *reconquistando* su territorio, los insurgentes emprenden la misma operación, que Morelos menciona, alternativamente, ya con el término de *conquista*, ya con el de *reconquista*.¹¹⁰ Sus títulos iniciales los justifica en la autoridad de los primeros libertadores, por sí y no a nombre de Fernando VII; e incluso los avala en un *Congreso Nacional*, cuando

¹¹⁰ Por ejemplo, en el bando de 13 de julio de 1811 (Doc. 12), leemos: "D. José María Morelos, General para la *Conquista* del Sur..."; mientras en el de 10 de septiembre del mismo año, se dice: "Don José María Morelos, General para la *Reconquista* y nuevo Gobierno de las Provincias del Sur..." (Doc. 15).

el de Chilpancingo ni siquiera se ha esbozado. La idea de la soberanía, cerebral e intencional, brota con profusión en el temprano bando de 13 de julio de 1811: "Don José María Morelos, General para la Conquista del Sur, de acuerdo con Sus Señorías, señores del *Congreso Nacional Americano* [Mexicano], don Miguel Hidalgo y don Ignacio Allende", "nuestra *Caja Nacional*", "el *Erario Nacional*", "ninguno, sin mi permiso o el del *Congreso Nacional*", etcétera.¹¹¹

¿Qué opina Morelos del gobierno de Cádiz? Al fugarse la "Junta Patriótica" realista de Chilapa, ante la proximidad de los insurgentes, escribe, en tono festivo: "La Junta Patriótica de Chilapa se ha trasladado el día 18 de agosto de este año con quitasol de estrellas, como la de León a Cádiz."¹¹² Durante el sitio de Cuautla, dirigiéndose "a los criollos que andan con los gachupines", es terminante en su vocabulario:

Ya no hay España, porque el francés está apoderado de ella [incluso Cádiz]. Ya no hay Fernando VII, porque o él se quiso ir a su Casa de Borbón a Francia y entonces no estamos obligados a reconocerlo por rey, o lo llevaron a fuerza y entonces ya no existe. Y aunque estuviera, a un reino conquistado le es lícito reconquistarse, y a un reino obediente [esclavizado] le es lícito no obedecer a su rey, cuando es gravoso en sus leyes.¹¹³

Un mes después, el 23 de marzo de 1812, envía otro mensaje "a los americanos entusiasmados de los gachupines", donde no puede ser más claro al abordar el tema de la soberanía:

¿No habéis oído decir siquiera, que lo mismo fue faltar Fernando VII y su familia de España, que empezar los europeos a formar Juntas para gobernarnos, ya la de Sevilla, ya la Central, ya la de Regencia, queriendo que en cada una de ellas resida la soberanía, que ninguna de ellas tiene legítimamente...?¹¹⁴

Y, en el mismo documento, después de cerrar todas las puertas, materiales o legales, a cualquier posible reinstauración de Fernando, revierte la soberanía de la Colonia sublevada, en el propio pueblo mexicano, "en la Nación":

¹¹¹ Véase Doc. 12.

¹¹² Véase Doc. 15.

¹¹³ Véase Doc. 24.

¹¹⁴ Véase Doc. 25.

Sabed que la soberanía, cuando faltan los reyes, sólo reside en la Nación. Sabed también que toda Nación es libre y está autorizada para formar la clase de gobierno que le convenga y no ser esclava de otra.¹¹⁵

Cuando Morelos escribe a Rayón, haciéndole varias observaciones al texto de los *Elementos de la Constitución*, ni la burla perdona al aludir a los derechos del monarca:

En cuanto al punto quinto de nuestra Constitución, por lo respectivo a la soberanía del Sr. D. Fernando VII, como es tan pública y notoria la suerte que le ha cabido a este grandísimo hombre, *es necesario excluirlo* para dar al público la Constitución.¹¹⁶

La libertad, dice Morelos, es un don innato del individuo; la esclavitud, en cambio, un mal adquirido del que hay que curarse. En un manifiesto destinado a los habitantes de Oaxaca, expresa: "Nuestro designio no se reduce a otra cosa que a defender la libertad que nos concedió el Autor de la Naturaleza, y de la cual se trata de despojarnos injustamente"; y del despojo no sólo es culpable el gobierno tiránico de Nueva España, sino también, y en gran medida, el liberal de la Península, pues,

las Cortes de Cádiz han asentado más de una vez que los americanos eran iguales a los europeos, y para halagarnos más, nos han tratado de hermanos; pero si ellos hubieran procedido con sinceridad y buena fe, era consiguiente que al mismo tiempo que declararon su independencia, hubieran declarado la nuestra y nos hubieran dejado libertad para establecer nuestro gobierno, así como ellos establecieron el suyo.¹¹⁷

Y, dando un paso notoriamente audaz, Morelos llega a hacer revertir en el gobierno insurgente los derechos del patronato eclesiástico, cuando el depositario tradicional, el monarca, falta de su reino. Así lo manifiesta en una circular del arzobispo electo, Bergosa y Jordán, que Morelos, con fecha 2 de junio de 1813, anota como sigue:

¹¹⁵ *Ibid.*

¹¹⁶ Véase Doc. 41.

¹¹⁷ Véase Doc. 53.

Devuélvase ésta, por no estar este arzobispo electo por el legítimo gobierno americano, porque *la Regencia de España no manda sino en su casa.* ¹¹⁸

Por supuesto que no siempre, antes de la instalación del Congreso, desconoce la autoridad de Fernando, lo que parecería un contrasentido; pero, ya dijimos, se vale de ese ardid, sólo en circunstancias físico-psicológicas muy especiales, y, las más de las veces, por presión de la Junta de Zitácuaro, con la que mucho se resistió a romper, temiendo dar un espectáculo de anarquía y desorden en sus propias filas. Así, en la demoledora proclama expedida poco después de su llegada a Cuautla, donde pensaba acuartelarse, expresa:

Nuestra causa no se dirige a otra cosa sino a representar la América por nosotros mismos en una Junta de personas escogidas de todas las provincias, que en ausencia y cautividad del Sr. D. Fernando VII de Borbón, depositen la soberanía... ¹¹⁹

Pero es durante su permanencia en Oaxaca, cuando el caudillo menciona con más frecuencia el nombre del monarca, insistiendo en su cautividad y en que, mientras ésta dure, la Suprema Junta es la que lo sustituye:

La feliz reconquista de esta hermosa y opulenta capital, empeña nuestro celo en beneficio de sus habitantes, para establecer el religioso, sabio y feliz gobierno que *Su Majestad, la Suprema Junta Nacional Gubernativa de estos Dominios* ha declarado, con tantas satisfacciones y ventajas, de los innumerables pueblos que reconocen su soberanía, como *legítima depositaria de los derechos de nuestro cautivo monarca, el Sr. D. Fernando VII.* ¹²⁰

Desde luego, en el vocabulario que usa, "Su Majestad" no es ya Fernando, sino la Suprema Junta, que es jurada solemnemente en Oaxaca, aunque llevando de acompañante

¹¹⁸ Véase Doc. 83.

¹¹⁹ Véase Doc. 22: "Revolucionaria proclama expedida por Morelos en Cuautla, en la que justifica ante el pueblo mexicano la necesidad de alcanzar la independencia política, por la que lucha la insurgencia."

¹²⁰ Doc. 48. Pero esta mención, muy monárquica, estaba destinada a los miembros del Cabildo eclesiástico de la ciudad, fervorosos realistas que sólo por la fuerza de las circunstancias se declararon insurgentes. Y Morelos, en lo personal, no quería alarmarlos con ideas demasiado revolucionarias.

el molesto retrato del rey. La fórmula para dicho juramento, redactada por Morelos, y las ceremonias efectuadas con tal motivo, ilustran bien acerca del eclecticismo político de su autor, de la crisis transicional de su pensamiento y de la todavía no cabal rotura entre el Estado nacional y el más alto representante del Estado colonial:

¿Reconocéis la Soberanía de la Nación Americana, representada por la Suprema Junta Nacional Gubernativa de estos Dominios? ... ¿Conservar la Independencia y Libertad de la América?... ¿Restablecer en el trono a nuestro amado Rey Fernando VII? ¹²¹

Oaxaca era la ciudad más importante, "más española", sometida por Morelos. Ciertamente se hallaba en el centro de un saturado país indígena, famoso por su individualidad y por sus tradicionales costumbres y herencias culturales; mas, el núcleo dirigente, formado por españoles y criollos, integraba una fuerza considerable que no se podía desestimar. Realistas por convicción o por conveniencia, se plegaron al régimen independiente sólo para salvar vidas e intereses, y Morelos lo sabía; quizá por ello los cortejó tanto y trató de hacer hasta lo imposible para ganarlos a su causa; por idéntico motivo se mostró menos radical de lo que le dictaba la razón —su razón— y, buscando no alarmarlos, hizo públicas manifestaciones de realismo —fernandismo— combinado con nacionalismo zitacuareño. Una crónica de las festividades de la jura, describe con copia de detalles el aparato que para el efecto se montó en la vieja Antequera. Autoridades y vecinos principales fueron a la casa del "Alferez Real", de cuyo balcón principal colgaba,

con el adorno y magnificencia correspondiente, el Real Pendón, de donde fue separado y conducido procesionalmente hasta llegar al tablado que se construyó en medio de la plaza principal, adornado de ricas colgaduras y en el mejor modo de lucimiento que se pudo. Y subidos en él, se colocó el Real Estandarte delante de la efigie de nuestro augusto y cautivo monarca, el Sr. D. Fernando VII, que se hallaba en la cabecera de dicho tablado, bajo de un hermoso y lucido dosel. ¹²²

Matamoros y Galeana, "que fueron padrinos del Alferez Real", acompañaron a éste al pronunciar en cada esquina del

¹²¹ Véase Doc. 49.

¹²² Véase Doc. 50.

tablado la oración cívica que sintetizaba el fondo político del juramento:

Antequera, estos reinos y demás que pertenecen a los dominios de la América Septentrional por la Suprema Junta Nacional de estos Dominios, como depositaria de los derechos de nuestro cautivo soberano, el Sr. D. Fernando VII, que Dios guarde muchos años. ¹²³

Cuando Morelos abandona Oaxaca, a principios de 1813, parece que se libera, definitivamente, del fantasma monárquico. De ahí en adelante, ya no esgrimirá el argumento de la cautividad del rey como justificativo de la existencia de un gobierno mexicano que se vale de aquel accidente para pregonar su legalidad. Camino de Acapulco, y ya en el puerto mismo, don José María hará caso omiso de Fernando, y a su doctrina política le será ajeno el que éste siga prisionero de Napoleón o se haya reinstalado en su trono. Para la revolución, rebasar tal límite fue de unos alcances insospechados.

La "Junta Gubernativa" de Rayón y el "Congreso Nacional" de Morelos. Actos de un gobierno propio, no sólo ajeno sino adverso al realista que mandaba en la capital, realiza Hidalgo en varias escalas de su veloz carrera: Celaya, Valladolid, Acámbaro y Guadalajara; incluso, el Libertador anunció la necesidad de crear un Congreso que representara la voluntad de los pueblos en armas y canalizara los pasos y objetivos generales del movimiento. Fue imposible que en su corto mandato llegara a cristalizar aquella idea, que luego recogió e hizo suya, adaptándola a sus personales puntos de vista, don Ignacio López Rayón.

Criollo, abogado, con altibajos en el ejercicio de su profesión, entregado a riesgosas especulaciones mineras a la vez que desempeñaba el cargo de jefe de estafeta de su pueblo natal (Tlalpujahuá), aficionado a la lectura, hijo mayor de un matrimonio que fue semillero de insurgentes, Rayón, nacido en 1773, es un personaje básico para entender el proceso evolutivo de la guerra de independencia. Como toda su generación, asentaba un pie en el siglo XVIII y otro en el XIX, y sospechamos, hasta el final de sus días (murió el 2 de febrero de 1832), no pudo desprender esa parte de su ser que se aferraba a un *tempus*, mental y espiritual, definitiva-

¹²³ *Ibid.*

mente superado. Carácter tan interesante como difícil, claro y diáfano en ocasiones, sinuoso y tortuoso no pocas veces, dueño de encomiables cualidades que a menudo le regatearon sus adversarios y de graves defectos que le disimularon sus parciales, no es fácil aprehenderlo ni ha resultado cómodo historiarlo. Situado entre dos recias personalidades, la de Hidalgo y la de Morelos, muy superiores a la suya, ha padecido en la posteridad el eclipse correspondiente a esos soles que lo opacan; y aunque tal ostracismo conlleva un dejo de injusticia o de "mala suerte", no creemos que su situación cambiara radicalmente, aun cuando se ahondaran las investigaciones en torno a su figura y a su época, más que nada porque sobre él se cierne una especie de jettatura, palpable mientras vivió y no extinguida a más de un siglo de distancia de su muerte.

Decidido por el partido de la independencia, tan pronto como se enteró del Grito de Dolores, Rayón buscó el contacto con Hidalgo, que se operó, por interpósita persona, hacia los días en que los insurgentes ocupaban Valladolid. Casi simultáneo a la entrevista de Charo-Indaparapeo, y después de mediar alguna correspondencia, Hidalgo enviaba a Tlalpujahuá a uno de sus hombres de confianza, Antonio Fernández, con la primera comisión otorgada a Rayón. El 23 de octubre de 1810, el Generalísimo se hallaba en Acámbaro,¹²⁴ Morelos marchaba a Carácuaro para iniciar sus campañas, y Rayón, que todavía no conocía personalmente a Hidalgo, lanzaba en Tlalpujahuá su primera proclama, de acuerdo con el instructivo que le entregara Fernández. El espíritu de este escrito, punto de partida de la carrera revolucionaria de don Ignacio, es, ni más ni menos, el que insultaba Hidalgo a todos sus lugartenientes:

Por cuanto entendió la superioridad de S.E. la coalición, inteligencias y reprobados arbitrios que se adoptaban de acuerdo con la sublevada estirpe de los Bonapartes, sobre la entrega, dimisión, saqueo, exterminio y total ruina de estos afortunados reinos; lleno del más glorioso entusiasmo resolvió, a cualquier coste, libertar la Patria de la voracidad del tirano y sus crueles enemigos.¹²⁵

En el mismo documento, reproduce Rayón, aunque no literalmente, los conceptos del bando de 19 de octubre,

¹²⁴ Ya se ha mencionado el nombramiento expedido por el cura de Dolores en dicha población, tal día (Doc. 2).

¹²⁵ Véase Doc. 3.

sobre abolición de la esclavitud y exención de tributos. Designa autoridades para su pueblo, organiza la defensa de éste, y sale al encuentro de Hidalgo, con quien se ve, por vez primera, en Maravatío, el 24 ó 25 de dicho octubre. Los dos revolucionarios se entendieron y salvo una corta separación, ocurrida después de la batalla de Las Cruces, marcharon unidos hasta la dolorosa despedida de Saltillo, en donde sus vidas tomaron rumbos diversos: Hidalgo seguiría al norte, a la siniestra emboscada de Baján, mientras Rayón, desandando el camino recorrido, volvería al sur, a sus familiares y seguros parajes michoacanos.

Asesor, secretario y hombre de las confianzas de Hidalgo, don Ignacio absorbió lo esencial del pensamiento de su jefe y, a su vez, lo influyó. Su convivencia con el caudillo de la revolución le dio un punto de ventaja sobre Morelos —muy importante si, como ocurrió, llegaba a faltar el iniciador— y le alimentó la idea de considerarse el heredero natural e indiscutible del primero, idea confirmada oficialmente cuando se le nombró jefe del ejército, poco antes de que Hidalgo y sus compañeros abandonaran Saltillo. Ahora bien, que sepamos, nadie conoce el texto del despacho en que Allende —y no Hidalgo, destituido del mando por los militares en la hacienda del Pabellón— otorgaba la jefatura a Rayón, y es extraño que éste, tan dado a difundir documentos que lo favorecían, sólo hablara de su importante nombramiento, sin exhibir los títulos que lo amparaban. Hemos de ceñirnos, por lo tanto, al escueto informe de uno de sus biógrafos que, por añadidura, resulta ser su hijo:

Allende trató de dividir las fuerzas... y el 16 de marzo de 1811 celebró junta general para nombrar jefes de las que quedaban en Saltillo. Ni Abasolo ni Arias quisieron admitir tan peligroso encargo, con lo que la elección recayó en el Lic. D. Ignacio Rayón, el Lic. Arrieta y don José María Liceaga.¹²⁶

Del testimonio arriba citado, deducen casi todos los autores que han escrito sobre el tema, el aserto de la continuidad de la dirección de la causa, providencialmente prevista antes de la inimaginable hecatombe de Baján. Pero, uno se pregunta: ¿dónde estaría la interrupción, en el caso de que Allende no hubiera designado sucesor en Saltillo, cuando

¹²⁶ Artículo sobre don Ignacio López Rayón, publicado en *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856, t. III, pp. 185-258. El trozo citado, a p. 187.

el cura de Carácuaro venía luchando sin tregua desde el mes de octubre de 1810? La guerra no se detendría por la prisión de Hidalgo y sus colegas, como no se detuvo en 1815 con la caída de Morelos, quien ni siquiera tuvo tiempo de señalar a un determinado continuador de su obra militar. Importa el punto, porque se ha exagerado demasiado la prepotencia de Rayón, en base al nombramiento que se le extendió el 16 de marzo. Nosotros no lo consideramos, como en general se afirma, el puente de unión entre la etapa de Hidalgo y la de Morelos, porque sencillamente no hay un solo lapso que corte la secuencia bélica del segundo con respecto a la del primero. Además, se olvida que don Ignacio fue delimitado en sus atribuciones a una región que no comprendía los enormes distritos asignados por Hidalgo a Morelos; por lo que, al faltar Allende y el cura de Dolores, de hecho —y de derecho— estaban designados dos grandes jefes revolucionarios, sin subordinación del uno al otro, y con facultades idénticas en sus respectivos campos: Rayón para los territorios situados al norte y occidente de la capital, y Morelos para los enclavados al sur, sureste y suroeste del mismo punto de referencia.

Lo anterior no está dicho para disminuir los méritos del hombre de Tlalpujahua, sino con el fin de puntualizar una situación de competencias, trocada más tarde en agrias disputas, que envolvió a los dos notables herederos de Hidalgo. Rayón, a quien tan de cerca le llegaron los coletazos de la tragedia de Baján, tuvo el gran mérito de sobreponerse al desaliento engendrado por ésta, y con un coraje y una audacia que dicen mucho de su temple, sacó a su ejército de la ratonera de Saltillo para conducirlo, después de sortear graves riesgos, a la villa de Zitácuaro, donde entraba triunfal en los últimos días del mes de mayo.

Durante el trayecto venía meditando, en unión de Liceaga, la idea de la *Junta Gubernativa*. Ya en la relativa calma de Zitácuaro, el plan maduró, y como quiera que a mediados de 1811 Morelos representaba una fuerza que no podía ignorarse, Rayón le escribió, el 13 de julio, exponiéndole su proyecto y buscando su consenso. La respuesta del caudillo suriano fue favorable:

En cuanto a formar la Junta, parece que estábamos en un mismo pensamiento y muchos días ha que la he deseado para evitar tantos males por los que nada hemos progresado, y por ellos he padecido hambres y desnudeces, hasta llegar el caso de

vender mi ropa de uso quedándome con lo encapillado por socorrer los tropas.¹²⁷

La creación de la Junta, inspirada en los recientes ejemplos de la Península y de Sudamérica, era un paso político de mucha envergadura en el desarrollo de la revolución. Aunque instaurada para gobernar la Colonia a nombre y mientras durase la cautividad de Fernando VII, significaba ya un principio de autonomía, de soberanía nacional a medias, que en un futuro no muy lejano podía afinarse y superar las trabas y limitaciones propias de su apresurado alumbramiento. Poder ejecutivo, legislativo y judicial a la vez, Rayón lo pensó en atención a la causa y a su persona. Un cuerpo de cinco vocales, de los cuales uno llevaría el título de "Presidente" —o sea, el ejecutivo—, auxiliado por funcionarios de segundo orden, sería la planta para echar a andar el nuevo gobierno. Naturalmente, a Morelos se le ofreció una de las vocalías, que éste no aceptó por lo pronto, alegando que sus ocupaciones militares le impedían apersonarse en Zitácuaro. Su falta de entusiasmo, empero, obedecía a razones más delicadas: temió, desde el primer momento, el exceso de jerarquía que se atribuía Rayón, y al sugerir que el Dr. Berdusco ocupara su lugar —el de Morelos—, se lo comunicó a don Ignacio, recordándole, con el más exquisito tacto, los peligros que encerraba el que un miembro de la Junta intentara elevarse por encima de sus compañeros:

... desde luego, nombro en mi lugar al Dr. D. José Sixto Berdusco, cura de Tuzantla, para que representando mi persona, concurra en la Junta a dictar lo conveniente a la causa para cortar el desorden y anarquía que amenaza, *no haciéndolo en la persona de V.E., porque debiendo ser uno de los miembros de la Junta, no se diga que lo ha querido ser todo.*¹²⁸

La advertencia no surtió efectos; si no lo fue todo, por lo menos ganó para sí la presidencia, que era lo que contrariaba a Morelos. Porque, justo con ese salto, Rayón se colocaba, ahora sí y no en virtud de su nombramiento por Allende, como el jefe supremo de la revolución. Las oportunas y muy justas indicaciones de don José María, remitidas desde Tixtla el 13 de agosto, llegaron tarde a

¹²⁷ Véase Doc. 13.

¹²⁸ *Ibid.*

Zitácuaro, pues el 19, Rayón, en asamblea de militares y civiles, proponía formalmente la erección de la Junta, que se votaba, no sin algunas protestas, dos días después. El decreto respectivo decía, en parte, lo siguiente:

...y habiendo unánimes acordado la celebración de una *Suprema Junta Nacional Americana* que, compuesta de cinco individuos, llene el hueco de la soberanía, se ha verificado con juramento de obediencia en las personas de los Excmos. Sres. Lic. D. Ignacio López Rayón, Ministro de la Nación, Teniente General D. José María Liceaga y Dr. D. José Sixto Berdusco, quedando dos vacantes para que las ocupen cuando se presente ocasión, igual número de sujetos beneméritos de los que se hallan a grandes distancias.¹²⁹

Pese a la desazón interior que lo embargaba, Morelos reconoció la validez de la Junta e hizo que sus tropas y los pueblos dominados por ellas la juraran como el gobierno legítimo del país.¹³⁰ Berdusco, finalmente, acabó siendo vocal por sí y no en representación del caudillo, a quien, de los dos puestos vacantes, se le otorgó uno, pero con tanto retraso, que el nombramiento lo recibió estando en Oaxaca, a fines de 1812.¹³¹

Gobierno nominal y moral, la consolidación de la Junta dependía de sus éxitos materiales, especialmente en el aspecto militar, y esto no se logró. Expulsada de Zitácuaro a principios de 1812 por el asalto que a la plaza dio Calleja, Rayón y sus dos colegas empezaron a padecer una serie de desgracias, que luego se trocaron en graves desavenencias personales.

Las relaciones entre Morelos y Rayón fueron más o menos cordiales hasta principios de 1813. Nunca faltaron malos entendidos, resquemores, molestas interferencias o quisquillas personales y chismes que lesionaran, con matemática periodicidad, la buena estima que mutuamente se decían guardar; pero, superando los obstáculos, nunca llegaron al rompimiento; se consultaban sus dudas y sus problemas, se aconsejaban e hicieron hasta lo imposible por entenderse.

¹²⁹ AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 939, f. 114. Copia insurgente, fechada en Sultepec el 10 de febrero de 1812 y rubricada por el secretario Valentín Navarro, del decreto de erección de la Junta Gubernativa.

¹³⁰ Véase Doc. 19.

¹³¹ Véase Doc. 28 y nota respectiva. Y aún así, Morelos recordó varias veces a los hombres de Zitácuaro, que sus títulos arrancaban de Hidalgo y no de la Junta.

No lo lograron plenamente, porque sus caracteres eran distintos, y sus intereses, en cierta forma, también. Además, ninguno de los dos estaba solo. Sus respectivas zonas de influencia —muy mermada la de Rayón a partir de 1812— y una densa nube de partidarios, ejercían presiones constantes y los empujaban en determinadas líneas de conducta, dando por resultado que las iniciativas que se lanzaban en un campo, no siempre eran bien vistas, por ese solo hecho, en el otro.

Mérito innegable de Rayón, fue el haber elaborado el primer proyecto de Constitución para el México independiente (aparte, claro está, los esbozos anteriores a 1810). Pensado el plan desde antes del arribo a Zitácuaro y trabajado durante la permanencia en esta villa, su texto *princeps* se concluyó a principios de 1812, en el lapso más o menos tranquilo que vivieron los miembros de la Junta en el Real de Sultepec. Pero el amor propio del autor se vio sujeto a dura prueba, cuando sometió su código a la consideración de Morelos, a quien le remitió un traslado, desde Zacatepec, el 30 de abril de ese año:

Acompaño a V.E una copia de la *Constitución Nacional* provisional que pienso publicar cuando esté en corriente la imprenta, que no tardará, para que examinándola V.E. me exponga con toda libertad lo que juzgue conveniente añadir u omitir acerca de los puntos que comprende.¹³²

El consultado se tomó su tiempo para opinar, y Rayón, que no ocultaba su nerviosidad, en carta fechada en Hui-chapan el 19 de septiembre, reitera su solicitud:

Recuerdo a V.E. su dictamen acerca de la *Constitución* provisional de que le acompañé copia, y cada día urge más dar a la prensa la que deba observarse.¹³³

Por fin, desde Tehuacán, Morelos respondió, y en despacho de 2 de noviembre limitábase a sugerir que se llenasen los huecos de la Junta: nombramiento del quinto vocal y de uno más destinado a las comarcas de "tierra-dentro", o sea, las intendencias septentrionales. "Que V.E. sea siempre el Presidente", lo tranquiliza, por más que ya

¹³² Carta original de Rayón, en Ms. *Cárdenas*, pp. 33-8. Sobre el acervo documental designado por nosotros con este nombre, véase nuestra nota al Doc. 40.

¹³³ Carta original de Rayón, en Ms. *Cárdenas*, pp. 39-41.

prevenga la reunión del Congreso, pues, agrega, "en estando las capitales por nuestras, se acordará el número de representantes de las provincias". Esta notable carta, la remata el caudillo con una frase que dejó helado y contrito al destinatario: "Que se le quite la máscara a la Independencia, porque ya todos saben la suerte de nuestro Fernando VII."¹³⁴

Cinco días después, ampliaba sus observaciones a los *Elementos Constitucionales*. El texto de Rayón, con las acotaciones de Morelos, inserto en esta obra, de una versión más depurada que las hasta ahora conocidas, presenta todavía puntos neblinosos.¹³⁵ Por fortuna, don José María, en carta personal al Presidente, reafirmó sus objeciones básicas: eliminación de Fernando VII; en lugar de uno, varios *Protectores Nacionales*; cierto formalismo para la elección del *Generalísimo* encargado del Poder Ejecutivo, y otras sugerencias menores.¹³⁶

El hombre de Zitácuaro quedó atrapado, como en un laberinto, dentro de la espesura de su propia obra. Le disgustaron las enmiendas del presbítero: por cuestiones de principio y porque de aceptarlas intuía su eliminación del primer plano de la política. Dio la callada por respuesta y entonces Morelos fue el que lo apremió a definirse. En nota dirigida desde Oaxaca, el 15 de enero de 1813, le recuerda que,

...estoy pendiente de la última expurgación sobre nuestra Constitución, cuyos *Elementos* devolví a V.E. con las adiciones que pudieron advertir mis cortas luces. Se pasa el tiempo y se aventura mucho... y para no desquiciarnos, se hace preciso que V.E. me remita a toda diligencia la que ha de regir.¹³⁷

Pero, no dispuesto a ceder, don Ignacio acabó por desautorizar el texto político salido de su numen, arrastrando en su repulsa, naturalmente, las enmiendas de Morelos. Acumuló cuanto argumento pudo para justificar su voto negativo; en lugar de facilitar la creación jurídica del nuevo Estado, la soboteó; permaneció aferrado a su obra cumbre, la Junta de Zitácuaro, por más que la anemia de ésta pedía a gritos una reforma general; empezó a sentirse subestimado,

¹³⁴ Véase Doc. 39. La versión publicada con este número, es de procedencia realista; existe copia insurgente en el Ms. *Cárdenas*, pp. 42-4.

¹³⁵ Véase Doc. 40.

¹³⁶ Véase Doc. 41.

¹³⁷ Véase Doc. 58.

postergado, hecho menos, y eso lo movió a prestar su colaboración a Morelos, con tantas condiciones, que el servicio ofrecido casi se traducía en perjuicio. No comprendió que con su actitud se autoeliminaba de la dirección política de la causa libertadora, urgida de iniciativas audaces, de dinamismo y no de estatismo, de ecuaciones institucionales y no personales, de quehaceres y no de deshaceres. Nada de extraño tiene, por lo mismo, que Rayón respondiera a Morelos, desde Puruarán, el 2 de marzo, lo siguiente:

V.E. insta sobre la *Constitución*, y yo cada día encuentro más embarazos para publicarla, porque la que se ha extendido está tan diminuta que advierto expresados en ella unos artículos que omitidos se entienden más, y otros que el tocarlos es un verdadero germen de controversias... Sin embargo, si V.E. quiere que ésta se dé a luz, se publicará en la hora misma que tenga su aviso; pero creo, repito, nada avanzamos, sino que se rían de nosotros y confirmen el concepto que nos han querido dar los gachupines de unos meros autómatas... ¹³⁸

Para colmo de males, el triunvirato original se disolvió. Rayón, Liceaga y Berdusco, riñendo entre sí, acabaron con el escaso prestigio que aún conservaba el organismo fundado por ellos. En una obra anterior hemos publicado varios testimonios que revelan, por sí mismos, la seriedad de este conflicto doméstico, hecho crisis en los primeros meses de 1813. ¹³⁹ No repetimos los que entonces opinamos del problema, para no alargar el presente estudio; baste consignar que, llamado a ser árbitro en la contienda, Morelos se alzó, a partir de esos momentos, como la figura política más influyente de la revolución.

Se ha visto en páginas anteriores, que el caudillo tomó Oaxaca a fines de noviembre de 1812; que en febrero del año siguiente, partió a la conquista de Acapulco, y que sólo hasta agosto pudo rendir el castillo de San Diego. Este periodo de nueve meses —igual a la gestación de un ser

¹³⁸ Carta original de Rayón, en Ms. *Cárdenas*, pp. 14-6.

¹³⁹ *Zitácuaro, Chilpancingo y Apatzingán: tres grandes momentos de la insurgencia mexicana*, sobretiro del *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, 1963, t. IV, núm. 3, pp. 385-710; especialmente, pp. 404-21. Un juicio acerca de Rayón, contrario al nuestro, puede verse en: Ernesto de la Torre Villar, *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1964, pp. 37-41.

humano— fue en el que se incubó el benemérito Congreso de Anáhuac. Ideado por varias mentalidades —incluso la de Hidalgo—, se encauzó bajo el influjo de una corriente poderosa de opiniones favorables y llegó a feliz término por la decidida voluntad de Morelos.

Un grueso volumen sería insuficiente para encerrar en él la historia completa del Congreso de 1813. Todavía nos faltan testimonios indispensables, elementos de juicio, depuración de las fuentes conocidas. Muchas de las personalidades, primarias y secundarias, que participaron en el gran evento, permanecen casi inéditas. Las incidencias diarias, los escritos presentados, los debates, las disputas, las minucias reveladoras de caracteres, las pasiones ideológicas, la vida social, la conducta del populacho, las revelaciones de amanuenses y secretarios, etcétera, ¡cuánto ha escapado a nuestra curiosidad! Sin embargo, algo se gana en este libro, al *difundir, por primera vez, los documentos de la colección del general Lázaro Cárdenas*, amén de otros, no menos valiosos, como los provenientes del Archivo General de la Nación. Al calce de cada uno de estos escritos, hemos destacado, en breves notas, su importancia historiográfica. Aquí sólo apuntaremos algunas reflexiones complementarias sobre el suceso que dichos papeles describen.

Al declinar la fuerza de la Junta y el influjo personal de Rayón, Morelos polarizó las esperanzas de cuantos luchaban por la independencia y deseaban que ésta se concretizara en un sólido sistema político, capaz de sobrevivir a las contingencias, siempre imprevisibles, de la guerra. Iguales anhelos albergaba el espíritu del caudillo, empeñado en conquistar ciudades populosas, sedes obispales y cabeceras de intendencia, así para restar elementos al enemigo, como para justificar la creación de un gobierno verdaderamente nacional. Aunque llegó a dominar vastas extensiones del país, sólo vio rendida a sus armas una ciudad importante, Oaxaca, y con ésta se conformó para echar a andar su programa político.

No se ha reparado bastante en un hecho muy singular. Aunque la cultura rural —la *rusticatio mexicana*, que diría Landívar— es la que envolvió, alimentó y le produjo a Morelos sus mayores satisfacciones como dirigente revolucionario, es, sin embargo, la cultura urbana, la citadina, la que lo obsede, la que hace accionar sus nervios, la que determina algunos de sus impulsos más vigorosos, la que más le desespera no poder dominar. México es para él, al mismo

tiempo, un ansioso sueño y una horrible pesadilla; y así le afectan, aunque en proporción menor, las demás capitales de intendencia. Tanto le preocupan las urbes, que si no las posee las inventa: *Ciudad de Tecpan, Nueva Ciudad de Chilpancingo*; y cuando, al fin, se hace dueño de una, la señorial Antequera, su gozo no conoce límites. Oaxaca lo adormece, lo aclama y le teme, le rinde pleitesía; y él corresponde con actitudes que sólo en una ciudad tenían razón de ser. Propone, por ejemplo, que el lugar goce de los mismos privilegios que la capital del virreinato;¹⁴⁰ y en las fastuosas ceremonias del juramento de la Suprema Junta, desde el balcón principal de las casas reales, "las más magníficas de toda la América",¹⁴¹ Morelos,

haciéndole corte todo el cuerpo mayor de la oficialidad, comenzó con todo el acompañamiento a arrojarle al pueblo un crecido número de monedas de plata del cuño de la Nación, que al efecto se fabricaron.¹⁴²

Aparte, desde luego, de la reacción natural de un conquistador afortunado, ¿a qué obedecía ese engolosinamiento ciudadano? A la satisfacción que producía el alcanzar algo, un "estado de ánimo" que nunca se había disfrutado plenamente. Porque Morelos era un admirable caso de cultura rural, en el que pesaban más, mucho más, los años de Tahuejo, de Uruapan y de Carácuaro, que los de Valladolid y los breves días del bachillerato en México, es por lo que su psique lo empujaba, casi con desesperación, a ir en pos de la cultura urbana. Más aún, tenía el propósito de doblegar a ese mundo, de cuyo contacto se había visto privado

¹⁴⁰ Véase Doc. 56.

¹⁴¹ Nicolás de Lafora "expresa en su relación de méritos, que durante los ocho años que sirvió el corregimiento de Antequera, 'dejó un eterno monumento de su celo en las Casas de Ayuntamiento que construyó, las más magníficas de toda la América, a costa de muchos afanes y contradicciones, y supliendo con su actividad la escasez de propios, que dejó aumentados con esta obra en mil quinientos pesos anuales, del producto de sus oficinas bajas, como todo consta de los autos que se formaron y pararon en la Secretaría del Virreinato'. En el Archivo General de Indias, de Sevilla, se conserva un diseño de la fachada de las casas reales citadas". Liminar de Vito Alessio Robles a, Nicolás de Lafora, *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América Septentrional, perteneciente al rey de España*, México, Editorial Pedro Robredo, 1939, pp. 19-20.

¹⁴² Véase Doc. 50.

casi siempre, debido a las absurdas barreras, sociales y económicas, que se lo habían impedido. De ahí que la campaña de Valladolid, la más cara a sus sentimientos, que acabó en una catástrofe, haya sido, en lo más profundo de su alma, más que un tremendo percance militar, un pavoroso colapso espiritual, del que ya no se recuperó nunca.

Lo anterior viene a cuento, porque, en opinión nuestra, el Congreso se engendra, no en los medios rurales de la insurgencia, sino al calor del ambiente urbano de Oaxaca, a partir del momento en que esta ciudad dejó de ser realista. Morelos, impulsor de la idea, salió hacia Acapulco en febrero de 1813, como ya se ha dicho, pero dejó incubando la semilla en aquel adecuado almacigo, donde había bibliotecas, letrados, imprenta, canónigos, experiencia gubernamental y un sinnúmero de pequeñas y a menudo indispensables comodidades, que facilitaban la tarea. Y cuando la semilla se abrió, fue remitida, a su vez, a quien la había proporcionado para que, abonándola y vigilando su crecimiento, la plantara en suelo firme cuando creyese llegado el momento de hacerlo. El ciclo se cumplió, y el lugar escogido para la siembra fue el huerto de Chilpancingo.

De abril a agosto, el correo no dejó de funcionar entre Acapulco y Oaxaca. Todavía dentro de la órbita de la Suprema Junta, Morelos convocó, el 30 de abril, a la elección del quinto vocal, que representaría a la rica provincia del sureste.^{142 bis} Al llegar la convocatoria a Oaxaca, durante la asamblea prevista para la elección, se armó un acalorado debate, en el que la voz cantante la llevó don Carlos María de Bustamante, quien propuso, ya sin ambages, mudar la Junta por un *Congreso Nacional*; es decir, que el representante que se eligiera por Oaxaca, no lo fuera como vocal de la Junta sino como diputado al Congreso que se sugería. El acta de aquella sesión y el memorial que entonces presentó Bustamante, son piezas básicas para captar la forma en que se corporizó la idea del Congreso. Don José María Murguía y Galardi —que fue designado vocal-diputado por Oaxaca—, informó del suceso a Morelos en los siguientes términos:

El 31 del mismo [mayo] se verificó [la asamblea] y en ella, después de manifestar en un discurso bastante elegante la necesidad de consultar a V.E. la formación de un *Congreso Nacional Gubernativo*, pidió al efecto los sufragios de los cuerpos eclesiás-

^{142 bis} Véase Doc. 76.

tico y secular, de los militares y los del pueblo, de los que concurrieron hasta el número de sesenta y nueve personas de lo más distinguido... ¹⁴³

El caudillo no necesitó más para decidirse. Y aunque de Oaxaca, en especial a través de Bustamante, recibía los mayores estímulos y las más reiteradas peticiones, de muchos otros lados se le apremiaba para llevar a cabo aquel proyecto, del que tantas ilusiones se prendían. Venciendo sus escrúpulos y manejando con diplomacia y energía, alternativamente, a los miembros de la Junta, Morelos lanzó por fin la convocatoria para el Congreso, desde Acapulco, el 28 de junio, ¹⁴⁴ explicando, en otra circular del mismo día, las razones que lo movían a escoger Chilpancingo como sede de la importante reunión. ¹⁴⁵

La convocatoria, acogida con entusiasmo y hasta con delirio en muchos pueblos, cayó como una tromba en el campamento de Rayón: era el principio del fin de la Junta de Zitácuaro y de la autoridad política de don Ignacio. Éste, asesorado por el padre fray Vicente Santa María, dictaminó que, por lo menos en las comarcas de su mando,

la convocatoria carece de autoridad, prudencia y legalidad, con otras nulidades que envuelve y de que no debe prescindirse; que se reserven para ocasión más oportuna. ¹⁴⁶

El juicio anterior fue para consumo interno, porque a Morelos el casi expresidente le escribió, el 7 de julio —dos días después del dictamen citado—, una angustiada carta en la que, con abundancia de doctrina, trataba de disuadirlo a que no se embarcara en la locura del Congreso:

...le suplico, por cuantas relaciones nos unen que, separando la atención de cualquiera cosa que pueda distraérsela, la dedique sólo a ver los papeles que acompaño, y en concepto a que no desempeñan el asunto de que tratan, les quite, añada, tache, varíe y haga cuanto conduzca a mandarme unos *Elementos de Cons-*

¹⁴³ Véase Doc. 81.

¹⁴⁴ Véase Doc. 88.

¹⁴⁵ Véase Doc. 89. Una vez más el caudillo se anticipaba a su época: Chilpancingo, centro geográfico de la porción meridional de la Intendencia de México, sería con el tiempo la capital del Estado de Guerrero.

¹⁴⁶ Artículo biográfico sobre Rayón (véase la nota 126), *op. cit.*, p. 219.

titulación que puedan presentarse al público sin temor de ridiculizarnos y degradar la recomendable literatura de nuestros flojísimos conciudadanos.¹⁴⁷

Pero ya era demasiado tarde para retroceder. La revolución seguía adelante, afrontando todos los riesgos, mas sin miedo al "rídículo" que tanto desvelaba a Rayón. Porque los pueblos respondieron al llamado de su caudillo, y en aquellos en que pudieron efectuarse comicios para la designación de electores, los humildes votantes, habituados durante siglos a vivir bajo un sistema de opresión, de tiranía y de servidumbre, despertaron de pronto ante una realidad que nunca hubieran imaginado: el rescate de su libre albedrío. Civismo, democracia, derechos humanos, autodeterminación: quizás todo esto se les embotaba en el cerebro, porque lo desconocían, porque no los habían educado para saborearlo, porque tales dones parecían incompatibles con la esclavitud mental que hasta entonces conformara sus tristes sinos; pero de una manera se tenía que empezar, y nunca será suficientemente exaltado el nombre de Morelos, por esta decisión crucial de su vida, en la que se descubre, acaso, la más elevada cualidad de las muchas que lo adornaron: la de confiar y creer en su pueblo. Mérito que, por desgracia, no acompañó al excéptico Rayón.

Lejos estuvo Morelos de querer anular a la Junta. Siempre reconoció los servicios de ésta a la causa de la independencia —pese a las censuras con que a menudo la fustigó— y, en atención a ello, quiso que el triunvirato se incorporara al Congreso. No sólo lo deseó sino que lo exigió. Le costó abundantes decepciones, amarguras y disgustos, pero, aunque con refunfuños y miles de reticencias por parte de los conminados, logró salirse con la suya y atraerlos al santuario patrio de Chilpancingo. Fue Rayón, naturalmente, el que más se acorazó contra el asedio. Le encargó al sabio Santa María un nuevo proyecto de Constitución, que remitió a Morelos a fines de julio, e incluso despachó a Acapulco a su valioso consejero —¿O es que fray Vicente se fugó para ir a ofrecer sus servicios a Morelos?—, con la mira, probablemente, de frenar por la vía diplomática las exigencias del caudillo. El caso es que Santa María llegó a Acapulco no a negociar, sino a constatar la grandeza del héroe del sur y . . . a morir. En carta de 23 de agosto, dice Morelos a Bustamante, transido de dolor:

¹⁴⁷ Véase Doc. 93.

El R.P. Santa María peregrinó desde Ario hasta este puerto con el deseo de influir en cuanto estuviese de su parte a beneficio de la patria; pero su avanzada edad, su quebrantada salud y el temperamento maligno le quitaron la vida en la madrugada de ayer, con sentimiento mío y de cuantos conocieron la sanidad de sus intenciones.¹⁴⁸

La pérdida, en verdad, fue irreparable: para Rayón, para Morelos y para la causa. Las luces de Santa María hacían falta en Chilpancingo, y con su deceso, tan lamentable como inoportuno, el Congreso, próximo a inaugurarse, se vio privado de aquel recio apoyo intelectual.

El 31 de agosto, en medio de un pintoresco y entusiasta cortejo, el cura de Carácuaro abandonó el puerto de Acapulco, donde la epidemia hacía grandes estragos. Pernoctó en la hacienda de Mazatlán y, de acuerdo con un venenoso informe realista,

...al día siguiente salió Morelos con toda su comitiva y escolta para Chilpancingo, de donde lo salieron a recibir Miguel Bravo y muchos clérigos con un religioso franciscano viejo; y cerca del pueblo se le formó, presentándole las armas, una compañía de las mismas que estuvieron en Acapulco, bien indecente toda ella; y en el pueblo un trozo de granaderos uniformados y otro de infantería, que serían por todos como sesenta hombres, que decían eran de la división de Matamoros; entre éstos habían bastantes hombres blancos. El pueblo estaba con tres trincheras en las bocacalles, todas de madera y sin cañones; en la torre sí los había y estaba bien fortificada; tienen también fábrica de fusiles...¹⁴⁹

¹⁴⁸ Véase Doc. 104. En el verano de 1813 toda la comarca de Acapulco se encontraba apestada y es probable que fray Vicente muriera a consecuencia del contagio, pues al salir de Michoacán todavía gozaba de buena salud, como se infiere del comunicado de Rayón a Morelos, fechado en Puruarán el 7 de julio (Doc. 93), en que dice: "Nuestro reverendo Santa María se halla, a pesar de las molestas peregrinaciones, sobre gordo y de color, disfrutando la salud de un robusto joven."

¹⁴⁹ "Informe de fray Pedro Ramírez sobre las conversaciones con Morelos y otros jefes independientes, y de lo ocurrido en su marcha de Acapulco a México. 11 de noviembre de 1813." J. E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México, de 1808 a 1821*, México, José María Sandoval, 1877-1882, t. vi, pp. 155-60.

En realidad, el ambiente fue diverso de como lo esbozó el autor del cuadro arriba citado. Arcos triunfales, ramadas de oloroso pino, lluvias de flores, vítores, músicas, aplausos y una concurrencia abigarrada y emocionada, fue el espectáculo que presenció el caudillo a su arribo a la flamante, aunque rústica, *Nueva Ciudad de Chilpancingo*. El hombre se hallaba en el cenit de su poderío, en el punto más envidiable de su popularidad, en el periodo más febril de su trabajo mental. Durante las semanas siguientes no conocerían el reposo, ni él, ni su secretario Rosáinz, ni sus escribanos. Preparando la instalación de la asamblea, iba de un lado a otro, dando órdenes, dictando acuerdos, concediendo audiencias, atendiendo peticiones, sugerencias, etcétera. Las jaquecas se le acentuaron. "Por estar algo adolorido de la cabeza, no salgo a encontrar a V.E. como quería", le escribe a Liceaga el 11 de octubre, excusándose de no poder recibirlo. Y de un modesto funcionario, que tenía un problema pendiente en el cuartel general, recordaba, meses después, el gestor que lo auxiliaba a resolverlo:

...pasó conmigo a Chilpancingo en septiembre del año anterior, con ánimo de representar los agravios que experimentaba ante Su Alteza Serenísima o Su Majestad, el Supremo Congreso, y no habiendo podido apersonarse con el Sr. Generalísimo, a pesar de infinitas diligencias que hizo en más de veinte días, como les pasó a muchos, a causa de la mucha concurrencia, yo le aconsejé que presentara un escrito... ¹⁵⁰

En efecto; aquello era un maremágnum en que la dinámica y la nerviosidad envolvían de continuo al caudillo. Por fortuna, su programa se desarrolló, en líneas generales, como lo había planeado. Piedra angular, basamento doctrinario y administrativo del Congreso que se iniciaba, fue el *Reglamento* expedido por Morelos el 11 de septiembre.¹⁵¹ El día 13 se efectuó la preapertura, con la elección del doctor Herrera como diputado por la Provincia de Tecpan.¹⁵² El 14 fue el ansiado día de la solemne inauguración: discurso de Morelos,¹⁵³ lectura de los *Sentimientos* por Ro-

¹⁵⁰ AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 912, f. 297.

¹⁵¹ Véase Doc. 107.

¹⁵² Véase Doc. 108.

¹⁵³ Véase Doc.109.

sáinz,¹⁵⁴ designación de los demás diputados.¹⁵⁵ El 15, la tormentosa elección de Morelos como Generalísimo, encargado del Poder Ejecutivo.¹⁵⁶ El 18, Morelos emitió una proclama, anunciando a los pueblos el nombramiento que el Congreso acababa de otorgarle.¹⁵⁷ El 5 de octubre se promulgaba un nuevo decreto de abolición de la esclavitud;¹⁵⁸ y, por fin, entre infinidad de diversas providencias, el 6 de noviembre se expedía la *Declaración de Independencia*,¹⁵⁹ acompañada de un sesudo y patriótico manifiesto justificativo.¹⁶⁰ En síntesis, tales fueron los actos más importantes de la primera etapa de sesiones del Congreso. Dos días después de la Declaración de Independencia, Morelos abandonaba para siempre Chilpancingo, dirigiéndose a la campaña de Valladolid.

En Chilpancingo se opera, de una vez para siempre, la ruptura con el pasado, la desaparición como ente jurídico o figura moral de *Nueva España*, y, por consecuencia, el alumbramiento del *Estado mexicano*. Y es el discurso de apertura de Morelos, el que señala las pautas y abre los senderos. Redactado por Bustamante y remitido al caudillo desde Oaxaca, Morelos, de su puño y letra, le tachó el nombre de Fernando VII para patentizar, en forma radical, su idea de la soberanía.¹⁶¹ A propósito de este escrito, ha opinado uno de nuestros juristas más autorizados:

Sus palabras integran uno de los grandes documentos de nuestra historia, un ejemplo de patriotismo, de amor por la verdad y la justicia, y un anhelo grande de servicio para el pueblo que representaba y por el que hablaba. En los primeros renglones... el *Siervo de la Nación* ratificó su fe incommovible en la libertad y en la soberanía del pueblo y justificó nuestra guerra de Independencia,

¹⁵⁴ Véase Doc. 110. El Suplemento "La Cultura en México", de la Revista *Siempre* (núm. de 22 de septiembre de 1965), acaba de insertar el facsimil de los *Sentimientos*, en versión paleográfica del licenciado Antonio Arriaga, que en su forma discrepa de la que nosotros ahora presentamos.

¹⁵⁵ Véase Doc. 111.

¹⁵⁶ Véase Doc. 112.

¹⁵⁷ Véase Doc. 114.

¹⁵⁸ Véase Doc. 120.

¹⁵⁹ Véase Doc. 136.

¹⁶⁰ Véase Doc. 137.

¹⁶¹ Véase nuestra nota al Doc. 109.

entre otros argumentos, reconociendo la justicia de la lucha por la liberación de España.¹⁶²

Y en cuanto a la *Declaración de Independencia*, acudamos también al autor arriba citado, para transcribir la glosa, clara y precisa, que hace de dicho documento:

Tres ideas resaltan en el Acta: primeramente, sus autores declaran que la soberanía corresponde a la nación mexicana y que se encuentra usurpada; en segundo término, que quedaba rota para *siempre jamás* la dependencia del trono español; y en tercer lugar que a la nación correspondían los atributos esenciales de la soberanía: dictar las leyes constitucionales, hacer la guerra y la paz y mantener relaciones diplomáticas.¹⁶³

Ahí queda plasmado, sin disimulos, sin sofismas, sin demagogia, diáfano, sencillo, comprensible hasta para las mentes más rústicas, el principio cardinal de la nacionalidad mexicana. Era el reflejo de un pensamiento altamente avanzado, tanto, que alarmó a los revolucionarios a medias, a los que sólo se habían decidido por llegar a la mitad del camino. Rayón, el incurable Rayón, objetó aquella gran medida, y con su proceder no logró otra cosa que confirmar su dimensión: la misma que ha servido para que lo juzgue la posteridad. En un desafortunado memorial, dirigido al Congreso, principia con estas palabras, que al primero que produjeron júbilo fue al virrey Calleja:

Señor: El día 6 de noviembre de este año, fue presentado a V.M. el proyecto de decreto sobre *Declaración de absoluta Independencia de esta América Septentrional*. Yo expuse entonces y repetido después los riesgos de semejante resolución... He visto, sin embargo, que ya corre impresa, y no puedo menos, en cumplimiento de mis deberes, que exponer a V.M. difusamente mi dictamen, apoyado en el conocimiento práctico de la opinión de los pueblos y no en la especulación de fútiles y cavilosos raciocinios...¹⁶⁴

¹⁶² Mario de la Cueva, "La idea de la soberanía", en *Estudios sobre el Decreto Constitucional de Apatzingán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Coordinación de Humanidades), 1964, p. 317.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 319.

¹⁶⁴ Véase Doc. 138. Y también la carta de Morelos a Nicolás Bravo (26 de agosto de 1814), en la que el caudillo exhibe la conducta "contrarrevolucionaria" de Rayón (Doc. 172).

¿Fútiles y cavilosos raciocinios los que esgrimían Morelos y sus compañeros de ideario? Hasta ese grado de extravío y de pequeñez de miras había llegado al antiguo Presidente de la Junta. Medio siglo después, en otro periodo de decisiones capitales, volverían a repetirse ambas actitudes: la que acomete y la que se detiene. Comonfort es a Rayón lo que Juárez a Morelos, y el juicio que un notable historiador hace de los dos personajes de la Reforma, creemos que es aplicable a los nuestros, pues con la *Declaración de Independencia* "había llegado la hora del medio excluido y las consecuencias eran inevitables: desgracia para el uno y honor para el otro".¹⁶⁵

Al saberse en la ciudad de México, en los medios clandestinos de la insurgencia, los pormenores de lo ocurrido en Chilpancingo, la organización de "Los Guadalupe" envió su felicitación a Morelos, en la que se traslucía el verdadero concepto que de su dirigente guardaba el pueblo insurreccionado contra la tiranía:

Ahora, Serenísimo Sr., que veremos cerca nuestra felicidad, el colmo de nuestra dicha y la suspirada libertad que tanto deseamos..., ahora sí ya seremos dueños del suelo en que nacimos, nos veremos pronto en paz y lo veremos todo, todo, pues nos entregamos en las manos de V.A., único seguramente destinado por el Altísimo para terminar nuestro cautiverio.¹⁶⁶

Ciertamente. A fines de 1813, parecía ser Morelos el único destinado por la providencia, de entre varios millones de mexicanos, a consumir la obra iniciada por el Padre Hidalgo en septiembre de 1810.

La división de poderes. Culminación de la obra política de Morelos. El propósito de crear un gobierno autónomo que representara la voluntad del pueblo, ideal sincero y honesto de Morelos, se cumplió en Chilpancingo sólo en la medida en que lo permitieron las circunstancias del país, devastado —física y espiritualmente— por la guerra y dividido, de hecho y de derecho, en dos entidades imposibles de fundirse ni de confundirse: la independiente y la colonial. El Congreso y el Generalísimo obtuvieron facultades legislativas y ejecutivas, respectivamente, pero la delimitación de funciones no quedó muy clara y se enrevesó más

¹⁶⁵ Ralph Roeder, *Juárez y su México*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1958, 2a. ed., t. I, p. 223.

¹⁶⁶ Véase Doc. 141.

desde el momento en que uno y otro se separaron y tuvieron que afrontar, a partir de 1814, una situación de continua emergencia.

El pensamiento de Montesquieu —la división de poderes— para balancear atribuciones y evitar la caída en una dictadura personal o de grupo, se convirtió, luego de los logros iniciales de septiembre de 1813, en la meta a que se propusieron llegar aquellos pioneros de la política mexicana. Se ha criticado el exceso de romanticismo de los hombres de Chilpancingo, que forjaban tales sueños en una época y en un medio que no podían ser más adversos para su realización; pero, justamente, ahí radica el gran mérito de Morelos y de su equipo de legisladores: alzándose sobre las contingencias del momento, confiaban en una evolución cívica del pueblo —paulatina y lenta, aunque inevitable— y apuntaban sus actos hacia el futuro, hacia un mañana más propicio que los días duros y penosos que ellos estaban viviendo.

Como principio de cuentas, el Congreso, interesado en que todas las provincias de la “América Mexicana” tuvieran, aunque fuese nominalmente, representación en la asamblea, aumentó el número de diputados a dieciséis. Al mismo tiempo, y debido a los desastres militares experimentados por Morelos en la campaña de Michoacán, el poder ejecutivo revertió en el Congreso. El caudillo, bien que dolido por el descenso, convino en la necesidad del cambio; conservó el grado de Generalísimo de las Armas, al que se agregó el de diputado por Nuevo León. Así, en medio del pánico, de las derrotas y de la persecución constante del enemigo, el Congreso asumió toda la autoridad, no para quedarse con ella, sino para salvar la crisis, emprender la obra de la Constitución y, lograda ésta, devolver los poderes que no le competían. Así lo explicó el doctor Cos, en una proclama expedida el 1º de marzo de 1814 con el propósito de frenar la zozobra que inundaba todo el campo insurgente:

El Supremo Congreso Nacional ha aumentado el número de los señores vocales a dieciséis... El mismo cuerpo supremo ha dispuesto reasumir el Poder Ejecutivo, que ejercerá por medio de una diputación compuesta de cinco señores vocales, a fin de conservar la unidad necesaria para que no se choquen ni embaracen las autoridades... No por eso quedarán los pueblos a sufrir el intolerable yugo del despotismo, pues... le queda a todo ciudadano el recurso legítimo de elevar con justificación

sus quejas al cuerpo legislativo, en quien residirá siempre la plenitud de poder, como que representa la soberanía del pueblo. Para afianzar estas sólidas bases de la felicidad común, están de acuerdo todos los jefes militares, empezando por el Serenísimo Sr. Generalísimo... 167

Y Liceaga, que resultó electo Presidente del Congreso, explicó también, en uno de sus más afortunados escritos, la necesidad de la reforma, en la que no había el menor asomo de conducta dictatorial, ya que,

...enseñados por la experiencia, hemos conocido que el movimiento de la revolución, para que sea feliz, no debe ser dirigido ni por el capricho de pocos ni por el impulso tumultuario de muchos. La acción, pues, de un gobierno que evitase el peligro de estos extremos, era preciso que influyese en la suerte de la patria y encaminase sus esfuerzos al objeto que se propuso... 168

Se ha hecho lugar común hablar de las rivalidades entre Morelos y el Congreso, censurando a éste por la infame actitud que asumió frente al patricio a quien debía su existencia. Es indudable que hubo diferencias, como en todo cuerpo colegiado las hay, pero, por la documentación conocida, podemos concluir que ningún conflicto serio, ninguna cuestión doctrinaria de fondo fisuró el buen entendimiento entre el creador y el organismo creado; uno y otro marcharon al unísono, así en los gratos como en los ingratos momentos hasta el final, en que se extinguieron, casi simultáneamente, la vida física del caudillo y la vida moral del peregrino Congreso. Morelos fue un devoto apasionado de su obra, considerada por él como la tabla de salvación de la causa revolucionaria, de ahí que no le afectaran las intrigas fraguadas para divorciarlo de ella. Y varias veces, al contrario de Rayón, dio pruebas de su más sincera sumisión al legislativo, no por impotencia ni por pedestre humildad, sino por principio, por convicción y porque su civismo había alcanzado ya un respetable grado de madurez. Incluso cuando aún no experimentaba los graves reveses militares de la nefasta navidad de 1813, habiéndolo sondeado Liceaga sobre la posibilidad de que renunciara a la función ejecutiva, en lugar de sulfurarse le respondió, desde la hacienda de Chupio, el 17 de diciembre:

167 *Zitácuaro, Chilpancingo y Apatzingán, op. cit.*, pp. 560-1.

168 Véase Doc. 160.

Estoy penetrado de las nobles intenciones de V.E. y de que no lo anima otro espíritu que el deseo de la libertad de la patria, aborreciendo toda arbitrariedad y despotismo..., y crea que procuro el que jamás puedan obrar en mi corazón los espíritus inquietos y de partido que no llevan por norte más interés que el privado, olvidándose de la suerte del resto de sus conciudadanos.¹⁶⁹

Y ya en desastrosa retirada, cuando su buena estrella empezaba a declinar, habiendo insistido Liceaga sobre la cuestión de la renuncia, responde el caudillo, en vísperas de la tristemente célebre batalla de Puruarán:

Soy el más amigo de la justicia y equidad, y aborrezco lo que se opone a la libertad civil de cualquiera individuo, porque ni soy déspota ni conviene esta idea con los principios liberales a que naturalmente se acomoda mi genio. Por lo mismo, deseo con ansia la propuesta de S.M. [el Congreso] sobre los puntos que V.E. ha discurrido en orden al Supremo Poder Ejecutivo y demás, para que en vista de los fundamentos en que se apoya pueda yo decidirme a lo conveniente, sin abandonar a la Nación en medio de los peligros que de continuo la cercan.¹⁷⁰

Para no alargar las citas que comprueban el respeto que Morelos sentía por el Congreso, insertamos una última, sin duda la más elocuente. El 1º de junio de 1814, aquél lanzó una proclama, desde Huetamo, repleta de importante información política. Liceaga, a nombre de la corporación, pidió el parecer del caudillo, y la respuesta de éste fue:

Señor: nada tengo que añadir al manifiesto que V.M. ha dado al pueblo sobre puntos de anarquía mal supuesta; lo primero, porque V.M. lo ha dicho todo; lo segundo, porque cuando el señor habla, el siervo debe callar. Así me lo enseñaron mis padres y maestros. Sólo a V.M. debería dar satisfacción, si V.M. no estuviera satisfecha de mi buena disposición, especialmente al servicio de la patria...¹⁷¹

Una cauda interminable de desdichas seguía por doquier a los miembros de la asamblea errante, desde el día en que

¹⁶⁹ Carta original de Morelos, en AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 912, f. 319.

¹⁷⁰ Véase Doc. 151.

¹⁷¹ Véase Doc. 168.

los avatares de la guerra la obligaron a evacuar Chilpancingo. Sólo para el año de 1814, y de acuerdo con los registros que se conservan en el Archivo General de la Nación,¹⁷² tenemos las siguientes escalas: Chichihualco, Tlacotepec, Tlalchapa, Guayameo, Huetamo, Tiripitío, Santa Efigenia, Apatzingán, Tancitaro, Uruapan y de nuevo Apatzingán. A salto de mata, perseguidos como perros rabiosos, dispersados varias veces, padeciendo hambre y sed, atormentados por los mosquitos y otras alimañas, sofocados por el calor y el polvo, a merced de fiebres y epidemias... , todo lo soportaron con admirable estoicismo, aquellos hombres que en la adversidad hallaban energía y constancia para no desmayar en sus tareas. Porque lo que más sorprende y mueve nuestra devoción hacia ellos, es que en ningún momento perdieron la moral ni se sintieron derrotados, pese a que las calamidades militares los cercaban por todos lados, como un círculo de hierro que se estrechaba de día en día.

Así, en esa atmósfera que igual olía a muerte que a gloria, los caballeros andantes de Chilpancingo se llegaron a Apatzingán, a principios del mes de octubre, llevando ya casi concluida su obra magna: el *Decreto Constitucional*. Para nadie era una sorpresa este logro, pues se había anunciado al público con cuatro meses de antelación:

La comisión encargada de presentar el proyecto de nuestra Constitución interina, se da prisa para poner sus trabajos en estado de ser examinados, y en breves días veréis, oh pueblos de América, la carta sagrada de libertad que el Congreso pondrá en vuestras manos, como un precioso monumento que convencerá al orbe de la dignidad del objeto a que se dirigen vuestros pasos... ¹⁷³

Nada se omitió por sus autores para asegurar la felicidad, la independenciam, la soberanía y, hasta donde era posible, la democracia, como objetivos básicos del nuevo Estado que así se labraba en las cálidas comarcas michoacanas. Y, a manera de anticipación, ofrecen que,

...la división de los tres poderes se sancionará en aquel *augusto código*; el *influjo exclusivo de uno solo en todos o*

¹⁷² Se trata de una especie de minutario, que consigna disposiciones gubernamentales de los años 1814 y 1815. *Operaciones de Guerra*, t. 923, ff. 123 y ss.

¹⁷³ Véase Doc. 167.

algunos de los ramos de la administración pública, se proibirá como principio de la tiranía; las corporaciones en que han de residir las diferentes potestades o atribuciones de la soberanía, se exigirán sobre los sólidos cimientos de la dependencia y sobre vigilancia recíproca; la perpetuidad de los empleos y los privilegios sobre esta materia interesante, se mirarán como detractores de la forma democrática del gobierno. Todos los elementos de la libertad han entrado en la composición del reglamento provisional, y este carácter os deja ilesa la imprescriptible libertad de dictar en tiempos más felices la Constitución permanente con que queráis ser regidos.¹⁷⁴

En el texto precedente se hallan compendiados el ideario y los altos propósitos que los constituyentes desearon volcar en el cuerpo y en el alma de la primera carta política fundamental que elaboraron para regir los destinos de sus compatriotas y que, al fin, se promulgó bajo el clima abrasador y promisorio de Apatzingán, cerca del lugar donde Morelos había pasado los mejores años de su juventud, el 22 de octubre de 1814. En la maciza y patriótica exposición de motivos del *Decreto Constitucional*, entre otros conceptos dignos de honda meditación, sus autores, conscientes de sus limitaciones, se dirigen a los legisladores del futuro, a los de 1823-24, a los de 1856-57 y a los de 1916-17, y les dicen estas sublimes palabras:

Peregrinos en el campo inmenso de la ciencia legislativa, confesamos ingenuamente que un proyecto semejante no cabía en la esfera de nuestra posibilidad. Nos atrevimos, empero, a tentar su ejecución, ciñéndola precisamente a tirar las primeras líneas, para excitar a otros talentos superiores a que tomando la obra por su cuenta, la perfeccionasen sucesivamente hasta dejarla en su último mejoramiento. La agitación violenta en que nos hallábamos, las interesantes ocupaciones que nos impedían, la falta absoluta de auxilios literarios y el respeto que profesamos sinceramente a nuestros paisanos, nos habrían retraído de la empresa, si el amor de la patria no nos hubiese compelido a zanjar, como pudiéramos, los fundamentos de su libertad...¹⁷⁵

¡Así, a largo plazo, se ganan las revoluciones, aunque de momento parezca que, por las derrotas militares, se pierden!
¡Así sembraron los héroes de Apatzingán, para que las ge-

¹⁷⁴ *Ibid.*

¹⁷⁵ Véase Doc. 175.

neraciones que les sucedieran cosecharan los ópimos frutos! ¡Así, en fin, se conquista la posteridad! Y se conquista no con dogmatismos que comprometan las conciencias de las generaciones ulteriores, sino dejando abiertas todas las puertas para que nuevos hombres, afectados por nuevas situaciones, tengan plena libertad de afinar, modificar o reformar las leyes fundamentales que les entregan los iniciadores. Porque, advirtieron los hombres de Apatzingán, su código se promulgaba sólo a título de provisional, “mientras que la Nación, libre de los enemigos que la oprimen, dicta su Constitución” definitiva, advertencia sobrada de sentido común, inserta en las disposiciones emitidas dos días después para normar el juramento que habría de hacerse en los pueblos al *Decreto Constitucional*, en las que, empero, se recalca que la soberanía conquistada será uno de los principios inmutables, de que ya nunca más se verá privado el mexicano:

11. La fórmula bajo de la cual han de recibirse los juramentos predichos, es la que sigue: “¿Juráis a Dios observar en todos y cada uno de sus artículos el *Decreto Constitucional* sancionado para la libertad de la América Mexicana, y que no reconoceréis ni obedeceréis otras autoridades ni otros jefes que los que dimanen del Supremo Congreso, conforme al tenor del mismo *Decreto*?”¹⁷⁶

“La buena ley es superior a todo hombre”, había afirmado Morelos, y en esa máxima se encerraba toda la importancia que sus autores asignaban al *Decreto* del 22 de octubre, advertida, con su habitual agudeza, por un eminente historiador mexicano, quien escribe:

En Apatzingán nace... la tendencia, tan patente en nuestro fervor legislativo, de ver en la norma constitucional un poder mágico para el remedio de todos los males, porque en el fondo de esa creencia está la vieja fe dieciochesca de que la ley buena no es sino trasunto de los secretos poderes del universo. El hombre, se pensaba, es sobre todo el producto de su ambiente social; reformar ese ambiente de acuerdo con la armoniosa sabiduría de la naturaleza, es tanto como regenerar al hombre y ponerlo en el camino de su felicidad. ¿Cómo, entonces, actualizar este sencillo y sublime silogismo? La respuesta era obvia: imponer a la sociedad una ley que consagrara los principios del evangelio de la Naturaleza, y todo

¹⁷⁶ Véase Doc. 176.

lo demás se dará por añadidura, puesto que el hombre es en sí bueno y perfectible. Éste fue el sueño de los hombres de Apatzingán; es el legado, tan rico en consecuencias, que nos trasmitió la insurgencia.¹⁷⁷

¿Sueño o utopía, según puntualiza O'Gorman, a propósito del *Decreto* de Apatzingán? Seguramente, si atendemos a las circunstancias materiales del momento en que fue emitido el código y a la labor que desplegó el enemigo para triturar aquella obra insigne, hasta hacerla inoperante e incluso aniquilar a sus autores. Pero no hubo ninguna utopía en sembrar la semilla que, creyeron con fe ciega Morelos y sus colegas, tarde o temprano habría de fructificar; no hubo sueño en admitir, como artículo de fe, la "perfectibilidad" del mexicano, requisito que se tuvo en cuenta al expedir ese *corpus* de principios políticos y sociales, cuya vigencia se destinaba, en última instancia, a un tiempo futuro —no importa que fuese remoto—, cuando las circunstancias, más propicias que en 1814, lo hicieran posible y hasta exigible. La utopía inicial conllevaba así su carga de factibilidad y un seguro de vida que, inevitablemente, se cobraría.

Sería largo mencionar todos los juicios que ha merecido el *Decreto* de Apatzingán. No es esta obra el lugar indicado para recoger esa antología, de indudable valor histórico-jurídico. Bástenos por ahora citar, del enjundioso análisis que del código hace el doctor Mario de la Cueva, su opinión sobre uno de los aspectos capitales del mismo:

Creemos que en la historia constitucional no existe otro conjunto de principios sobre la idea de la soberanía del pueblo y sus efectos que pueda compararse con las reglas recogidas en los artículos dos a doce del *Decreto*; su armonía y su belleza resultan incomparables y piden un tributo de simpatía, afecto y admiración para sus autores... En esos preceptos, como en los anteriores de Morelos y en la *Primera Acta de la Independencia*, se advierte el amor infinito por la libertad de los hombres y del pueblo y la decisión férrea para destruir las cadenas que había impuesto una

¹⁷⁷ Edmundo O'Gorman, "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla", en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Derecho), 1954, p. 186.

monarquía despótica, que carecía de justificación ante la razón y la conciencia, y de sentido histórico.¹⁷⁸

En Apatzingán quedó consagrado el principio de la división de poderes: Legislativo (Supremo Congreso), Ejecutivo (Supremo Gobierno) y Judicial (Supremo Tribunal de Justicia). El primero, considerado como el genuino representante de la voluntad popular, fue el depositario de la máxima autoridad del Estado, con facultades para nombrar a los miembros de los otros dos; pero en la realidad, por los avatares de la guerra y por la dificultad de reunirse un numeroso cuerpo colegiado, fue el Ejecutivo, formado por tres individuos, el que, hasta la disolución de las corporaciones en Tehuacán, llevó el mayor peso en la dirección de la cosa pública. El primer triunvirato, designado poco antes de la promulgación del *Decreto Constitucional*, lo integraron los tres célebres *José Marias*: Liceaga, Morelos y Cos; en realidad fue el único que fungió hasta la captura del caudillo, con el solo cambio, a mediados de 1815, del doctor Cos por don Antonio Cumplido. El Supremo Tribunal de Justicia tardó todavía varios meses en instalarse, aunque su cometido lo desempeñaron de inmediato, con carácter provisional, varios funcionarios designados por el mismo Congreso.

El año de 1814 concluía así, con la alborada de la patria nueva hecha gobierno e instituo; pero aquella alborada se veía de continuo oscurecida por las adversidades que a diario sometían a duras pruebas a los próceres. La peste hacía estragos en la tierra caliente michoacana, lo que angustiaba a uno de los diputados, Sotero de Castañeda, quien escribía al licenciado José María Ponce de León, el 16 de diciembre:

No me parece bien que se determine el Congreso a pasar el invierno en ese pueblo [Apatzingán], porque ha estado apestando; el temperamento no es nada benigno y los soldados han de irse acabando poco a poco, hasta extinguir la escolta.¹⁷⁹

¹⁷⁸ *Estudios sobre el Decreto Constitucional de Apatzingán*, op. cit., p. 324. Valiosas —aunque apasionadas— opiniones de la época en torno al *Decreto*, pueden verse en dos artículos nuestros: "Elogio de la Constitución de Apatzingán" (*Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, 15 de octubre de 1964, núm. 305, pp. 4-8), y "Dos posturas antagónicas frente a la Constitución de Apatzingán" (*Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1965, t. vi, núm. 1, pp. 43-61).

¹⁷⁹ Véase Doc. 180.

Los temores de Sotero de Castañeda no eran infundados. Poco antes, el día 2 del mismo mes, había muerto en Chilpa, contagiado por la epidemia, el joven diputado don Manuel de Aldrete y Soria. Al consignar el triste suceso, Bustamante hace un sentido y elocuente elogio de las virtudes del desaparecido:

Soria era un viejo a los veinticinco años, pues el juicio se le había anticipado a la edad. Era bien agestado, circunspecto, meditador profundo, y al mismo tiempo muy amable. Sus razonamientos, sin ser pedantescos sino muy sencillos, eran marcados y dejaban en el que los oía una impresión profunda. Era valiente cuando debía serlo y sereno en los peligros; con razón, pues, hemos llorado su pérdida.¹⁸⁰

Por su parte, el Supremo Gobierno, rendía homenaje póstumo al talentoso legislador, disponiendo, en acuerdo firmado por Morelos, que:

...en todas las parroquias... se celebren exequias a favor del Excmo. Sr. Lic. D. Manuel de Aldrete y Soria, Vocal del Supremo Congreso, que falleció el día 2 del corriente, de muerte natural, y fue sepultado en Uruapan; [y] al doble de aviso preceda la vacante, que deberá anunciarse con veinticinco campanadas en todas las iglesias, sonando una cada cuarto de hora.¹⁸¹

La misma heroica "Imprenta Nacional" de Apatzingán, que tirara el *Decreto Constitucional*, sacó a luz, por esos mismos días, un *Calendario manual para el año del Señor de 1815*, donde se registraba el nuevo santoral cívico dispuesto por el gobierno insurgente. El final del *Calendario* contiene dos hermosas octavas que son como el resumen de las angustias y las esperanzas, los temores y los desgarradores anhelos de aquel puñado de varones que, hacia la navidad de 1814, elevaban su manos al cielo para implorar:

Amor sagrado de la Patria mía,
adorable virtud desconocida
del hombre malo, cuya tiranía,
quiere apagar tu llama, ya encendida.

Extiende tu eficacia: alumbré un día
en que la desunión se vea extinguida.

¹⁸⁰ *Cuadro histórico...*, op. cit., t. II, p. 163.

¹⁸¹ Véase Doc. 177, apartado XVIII.

¡Oh, amada libertad!, triunfe tu gloria,
concédenos muy pronta la victoria.¹⁸²

Pero la situación no mejoró en el año siguiente. La insurgencia seguía manteniéndose a la defensiva, mientras el realismo golpeaba sin cesar, y las reiteradas exhortaciones del gobierno patriota para reanimar el movimiento,¹⁸³ eran un grave síntoma del declive de éste y de las dificultades, cada vez mayores, para enderezarlo. Sin embargo, el desaliento no parecía minar los espíritus de los dirigentes, pues justamente en aquel año de 1815, tan adverso para la revolución desde el punto de vista militar, se registra una intensa actividad política, tanto interna como externa, que en conjunto tendía a afianzar la estructura del nuevo Estado. En febrero, las corporaciones se establecieron en Ario, y ahí el 7 de marzo quedó solemnemente instalado el Supremo Tribunal de Justicia. "Ya parece que veo que con el motivo de la creación del Tribunal de Justicia y el de algunas accioncillas que se han ganado —advirtió, poco antes, Cornelio Ortiz de Zárate al licenciado Ponce de León—, se estarán armando bailes una semana entera; en tales circunstancias son algo disculpables."¹⁸⁴

Existe poca documentación acerca del Tribunal de Justicia, compuesto en sus principios por don Mariano Sánchez Arriola, como presidente, José María Ponce de León, Antonio Castro y Mariano Tercero, como ministros, y Juan N. Marroquín fungiendo de secretario. En 1819, uno de los fundadores de aquel cuerpo, prisionero de los realistas, don Mariano Tercero, en un escrito exculpatorio dirigido al virrey Apodaca, se refería al asunto en los siguientes términos, que deben ser vistos con cierta cautela, ya que son la confesión de un vencido temeroso de su seguridad:

Insistiendo Liceaga y sus compañeros, me nombraron ministro de su llamado *Tribunal de Justicia*, y aunque en dos o tres meses que estuve en Ario, doce días en Puruarán y casi un mes en Uruapan, representamos el papel de jueces, no teniendo intervención en las armas, aseguro a V.E. que tanto yo como los licenciados Castro y Ponce, nos ocupamos en defender con disimulo a los realistas, salvándoles las vidas e intereses. Son mo-

¹⁸² Véase Doc. 181.

¹⁸³ Por ejemplo, las dos proclamas de Ario, de 9 y 16 de febrero de 1815. Docs. 183 y 188.

¹⁸⁴ Véanse Docs. 190 y 191.

numentos vivos de esta verdad, los nobles patzcuareños presos por el Dr. Cos, Victoria de Apatzingán, Macías de Zamora, Uruapan y otra multitud de individuos.¹⁸⁵

De cualquier manera, el Tribunal funcionó hasta que, junto con los otros dos poderes, fue disuelto por Manuel de Mier y Terán en Tehuacán.

A principios de mayo, una expedición dirigida por Iturbide marchó a Ario para sorprender a los independientes, quienes, avisados de antemano, se pusieron en salvo la víspera de la llegada del enemigo. Frustrado el intento realista, Iturbide abandonó aquella comarca, y los patricios pudieron retornar a Ario; pero, no considerando seguro el lugar, se trasladaron a otros sitios, en especial la hacienda de Puruarán, donde las corporaciones fijaron su residencia a mediados de año, permaneciendo ahí cerca de dos meses.

La estancia de Morelos y sus colegas en Puruarán registra otro avance importante, con preyecciones al exterior, del pensamiento insurgente en torno a la consolidación del Estado mexicano. Primero Hidalgo, después Rayón y por último Morelos, consideraron indispensable, para los progresos de la causa, la ayuda y el reconocimiento de las potencias extranjeras. Los Estados Unidos, por su riqueza, por su cercanía y por ser la primera colonia del continente que se emancipaba, fue el país al que más obsesivamente dirigieron sus miras los caudillos. No vamos a hablar aquí de los copiosos antecedentes sobre la cuestión. Sólo sí, que a fines de 1814 fue despachado desde Apatzingán a Nueva Orleans, el jefe Juan Pablo Anaya, con una misión de sondeo diplomático que apuntaba a Washington. Propagandista revolucionario en una república que toleraba los ataques de particulares a España, Anaya, contra lo que dijeron luego sus detractores, no hizo mal papel. Llevó consigo ejemplares del *Decreto Constitucional*, y a él se debió la difusión de este texto en los Estados Unidos, como lo informó el primitivo diputado por Tecpan, don José Manuel de Herrera, cuando, *in situ*, constató los efectos de la gestión del enviado mexicano;

¹⁸⁵ Escrito original, rubricado por Tercero en Valladolid, el 11 de agosto de 1819; AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 47, ff. 161-6. En el t. 923 del mismo ramo, a ff. 256-62, existen diversos acuerdos despachados por el pleno del Tribunal.

Uno u otro de los impresos nuestros que ha llegado a estos países, ha causado la sensación más satisfactoria, especialmente nuestro *Código Constitucional*, que ha sido visto con el mayor aprecio por los sujetos que son capaces de dar voto en la materia; de lo cual es un testimonio la inserción que de él se ha hecho en los periódicos, en los cuales ninguna noticia se había comunicado circunstanciadamente hasta que el Mariscal Anaya remitió esa venerable carta de nuestra libertad.¹⁸⁶

En Michoacán, en la tierra libre de Michoacán, el gobierno presidido por Morelos había asignado funciones específicas a diversos individuos, según su competencia o su especialidad, y parece que el doctor Herrera quedó encargado del ramo que podría intitularse "Relaciones Exteriores". Así, en carta de 4 de junio de 1815, le escribe el incipiente canciller al licenciado Ponce de León, desde Huetamo, estas interesantísimas líneas:

Hemos resuelto trasladarnos a Atijo por la ventaja del temperamento. Allí concluiremos el despacho de los importantes pliegos venidos del Norte, si es que los señores de Uruapan, a quienes escribo por cuarta vez con esta fecha, vienen a reunirse, ya que no han podido hacerlo en Huetamo. Entretanto, se reunirá el Gobierno en Santa Efigenia y dentro de pocos días nos juntaremos todos para acordar algunos artículos concernientes al mismo despacho.¹⁸⁷

¿A qué "importantes pliegos venidos del Norte" aludía Herrera? No, desde luego, a despachos del enviado Anaya, de quien no sabemos que haya remitido alguno a su gobierno; sino a una serie de informes que desde Nueva Orleans giró a diferentes miembros de las corporaciones, un cubano, hartamente conocido en los Estados Unidos por sus ideas revolucionarias. Surge así, afectando la vida y determinando el destino de Morelos y de los Supremos Poderes, ese notable isleño, mitad bribón y mitad patriota, de aguda inteligencia, audaz y astuto, que combatió con tesón a España cuando vislumbró el triunfo de los insurgentes de América y que, finalmente, sirvió a Fernando VII desde el momento en que advirtió que la revolución —en especial la de Nueva

¹⁸⁶ Despacho de 26 de noviembre de 1815 (Doc. 223): "Informe detallado que Herrera dirige al Gobierno insurgente, sobre su arribo a Nueva Orleans y las dificultades que ha tenido que afrontar en los inicios de su delicada misión diplomática."

¹⁸⁷ Véase Doc. 197.

España— se desplomaba. Nos referimos a José Álvarez de Toledo.

La vida de este personaje es un catálogo interminable de aventuras, difíciles de seguir y mucho menos de enjuiciar. Desde el año de 1811 radicaba en los Estados Unidos, dándole diarios dolores de cabeza a don Luis de Onís, el embajador de España, por lo mucho que escribía contra la patria de Fernando VII. En 1813 participó, asociado con Bernardo Gutiérrez de Lara, en la insurrección de Texas. En 1814 aparece relacionado con el norteamericano Robinson, con el francés Humbert y con el mexicano Anaya, y éstos y otros contactos lo empujaban a pretender un papel de primera fila en la revolución mexicana dirigida por Morelos, sobre todo a raíz de la instalación del Congreso de Chilpancingo y de la organización del gobierno nacional. Hizo de Nueva Orleans su base de operaciones; trató con los piratas de Barataría, con exiliados de diversas colonias españolas partidarios de la independencia, con traficantes de la peor ralea y con sinceros amigos de la emancipación hispanoamericana; cortejó a Anaya, y por él y por otros mexicanos se enteró de la situación que privaba en el campo de Morelos, adonde tendió sus redes, a principios de 1815.

Ofreciéndose como agente diplomático del gobierno insurgente cerca de los Estados Unidos, entre febrero y marzo Álvarez de Toledo lanzó una lluvia de cartas sobre la "América Mexicana" —que son los "pliegos" a que se refiere Herrera—, en las que hábilmente ilustraba a los patricios sobre el buen clima que en el país del norte había para la causa de nuestra libertad. Todo lo pintó color de rosa, propicio al contacto oficial entre Washington y Apatzingán, y lo único que pedía de Morelos y los suyos era que salieran de su regionalismo y que se presentaran en la palestra internacional, sin timidez, seguros de sí mismos y dispuestos a codearse con las principales potencias del mundo, empujando, por supuesto, con aquélla desde donde escribía.

Sería muy fácil tachar de arribista y pérfido al cubano y de cándido, hasta la desesperación, al gobierno insurgente. Mas, el asunto no es tan simple ni puede calificarse tan a la ligera. Las noticias y los ofrecimientos de Álvarez de Toledo, que pueden verse en los testimonios que incluimos,¹⁸⁸ cayeron en los cuarteles de Morelos en momentos

¹⁸⁸ Docs. 184, 185, 186, 187, 192, 193, 211 y 222. Excelente es el estudio biobliográfico de Carlos M. Trelles, "Un precursor de la independencia de Cuba: don José Álvarez de Toledo", en *Academia*

críticos: la revolución no moría pero languidecía; la tierra caliente de Michoacán era como un callejón sin salida del que urgía escapar; Guadalupe Victoria en Veracruz y Mier y Terán en Tehuacán, controlaban dos pasos hacia el Golfo de México, y todo indicaba que las posibilidades de un resurgimiento se hallaban más al oriente que al poniente; la base de Boquilla de Piedras —célebre en los años de 1815 y 1816— en la costa veracruzana, en poder de Victoria, era como un tubo de oxígeno por donde respiraban hacia el exterior los independientes; y si a todo esto se añade la esperanza de un apoyo —moral o material— de los Estados Unidos, nunca desechable, se comprenderá el porqué Álvarez de Toledo tuvo tan buena acogida en Michoacán.

Tan no sorprendió el cubano a Morelos y a sus colegas, que mucho antes de que éstos supieran que aquél existía, ya Anaya se movía en la Luisiana, procurando ayuda para su gobierno y difundiendo los principios revolucionarios a los que servía. Lo único que hizo Álvarez de Toledo, fue aconsejarles ser más prácticos, más espléndidos en el avío de sus misiones diplomáticas, más categóricos en el manejo de su vocabulario: que se olvidaran de representar a una facción beligerante y se alzaran como la autoridad legal de un Estado perfectamente constituido. Por supuesto que el consejo no era gratuito, y el asesor ofrecía sus servicios a un costo muy alto —tan alto, que no era de descartarse el que maquinara una soberbia pillada—, pero, en las circunstancias por las que atravesaba la insurgencia, ¿no valía la pena correr el riesgo? Claro que sí; valía la pena, y nuestros dirigentes, con mucha conciencia de su parte, entraron en el juego del cubano.

¿Juego? Cuando analizamos los papeles de Álvarez de Toledo, descubrimos, no sin asombro, que algunos de sus conceptos son espléndidos, extraordinarios. Familiarizado con las instituciones políticas norteamericanas, sugiere una serie de ideas inspiradas en aquéllas, mismas que se adoptaron en México, al constituirse el país, en 1824. Ni a Morelos ni a los legisladores de Apatzingán se les había ocurrido bautizar a la Nueva España que se proponían independizar, con el afortunado nombre que él le asignó: *República Me-*

de la Historia. Discursos leídos en la recepción pública del Sr. Carlos M. Trelles y Govín, la noche del 11 de junio de 1926. Contesta en nombre de la Corporación, el Capitán Sr. Joaquín Llavéras, Académico de Número, Habana, Imprenta "El Siglo XX", 1926.

xicana.¹⁸⁹ Al Congreso se dirige en los siguientes términos: "Sr. Presidente y demás representantes de los *Estados Unidos de México*, reunidos en Asamblea General";¹⁹⁰ y al Jefe del Ejecutivo lo nombra: *Presidente de los Estados Unidos de México*.¹⁹¹ Que fueran zalemas, argucias premeditadas para asegurar el éxito, o simples ocurrencias inspiradas por el medio en que se movía, es poco importante si se toma en cuenta que Álvarez de Toledo acuñó en 1815 una terminología política que, con el tiempo, como arriba se dijo, acabó por imponerse en el país.

No tiene desperdicio el instructivo de 15 de febrero dirigido por el cubano al gobierno insurgente, especificando los requisitos que habrá de llenar el enviado diplomático destinado a los Estados Unidos, y la conducta que deberá seguir en el desempeño de su comisión. Para tratar de potencia a potencia, sugiere: que se den amplias facultades al plenipotenciario, que se apruebe una bandera nacional, que se otorguen patentes de corso, que se envíe mucho dinero —nada más un millón de pesos— para la compra de armas, enganche de voluntarios, tráfico mercantil y decorosa, casi pródiga, representación de la embajada mexicana, etcétera, etcétera, incluyendo:

Un *Manifiesto* dirigido a todas las demás naciones, en el cual se expongan clara y distintamente y de un modo enérgico las causas que han dado lugar a la revolución y al cambio de gobierno.¹⁹²

Toda esta agenda de derecho internacional, se recibió en Michoacán por los días en que Iturbide propinaba el susto de Ario —es decir, en el mes de mayo—, se estudió concienzudamente durante junio, y en el curso de julio, cuando los Poderes se hallaban en Puruarán, dióse la resolución a cada uno de los puntos señalados. Fue Herrera el designado como plenipotenciario cerca del gobierno de Washington;

¹⁸⁹ Por ejemplo, el siguiente párrafo del Doc. 185: "Faltaría no sólo a la dignidad y honradez que hasta ahora me ha caracterizado, sino al sagrado juramento que he prestado en favor de la gloria de la *República Mexicana*..."

¹⁹⁰ Así, en el encabezado a su carta de 10 de febrero de 1815 (Doc. 185); y en su nota de 23 de marzo (Doc. 193), escribe: "Sr. Presidente y demás representantes del Congreso Mexicano reunidos en Asamblea General."

¹⁹¹ Véase Doc. 186.

¹⁹² Véase Doc. 187.

de secretario se nombró a Cornelio Ortiz de Zárate; una comitiva de veinticinco oficiales, entre los que se hallaban el hijo de Morelos y don Melchor Múzquiz,¹⁹³ que iban a instruirse a los Estados Unidos, se incorporó a la legación; votáronse por el Congreso, decretos creando las banderas "Nacional de Guerra", "Parlamentaria" y de "Comercio";¹⁹⁴ el "Escudo Nacional", que suplía al usado hasta entonces, de la Junta de Zitácuaro;¹⁹⁵ y autorización legal para el corso.¹⁹⁶ En resumen; los consejos de Álvarez de Toledo sirvieron para que en Puruarán, Morelos, a la cabeza del gobierno, completara la obra iniciada en Zitácuaro y proseguida en Chilpancingo y Apatzingán; es decir, unir a los aportes anteriores, nuevos elementos de forma, de espíritu y materia, que redondeaban la compleja estructura del Estado mexicano: unívoco, autónomo y soberano.

A mediados de julio, partió Herrera de Puruarán, aviado con cerca de veinticinco mil pesos, rumbo a la costa del Golfo. Llevaba consigo, con las esperanzas puestas en él por los dirigentes revolucionarios, abundantes instrucciones secretas —y tratar con tino y vigilar a Álvarez de Toledo, no era una de las menos importantes—, copiosa literatura política, y una carta de Morelos al presidente de los Estados Unidos, que nunca llegó a su destinatario, en la que el caudillo solicitaba de Madison el reconocimiento a la independencia mexicana. Texto hermoso, altamente patriótico y, sin duda, uno de los mejores de nuestro personaje, comienza, a manera de exordio, con un párrafo que sentimos en lo más profundo de nuestro ser:

¹⁹³ Fray Servando Teresa de Mier conoció al joven Almonte en Nueva Orleans, a fines de 1816. Preso en la Inquisición de México, en 1817, un compañero de cautiverio le preguntó acerca del hijo de Morelos, y Mier "le dio razón diciendo que lo había conocido y que sabía ya la lengua francesa; que era un indito muy hábil". Nicolás Rangel, "Cuatro diálogos insurgentes", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1932, t. III, núm. 3, p. 336. En cuanto a Múzquiz, da preciosas noticias sobre su estancia en los Estados Unidos y actividades de Herrera y Ortiz de Zárate en ese país, en una "Declaración tomada al rebelde, cabecilla Melchor Múzquiz, comandante del fuerte de Monte Blanco, rendido a las tropas del rey con toda su guarnición", fechada en Puebla el 3 de diciembre de 1816 (AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 29, ff. 1-9).

¹⁹⁴ Véase Doc. 203.

¹⁹⁵ Véase Doc. 204.

¹⁹⁶ Véase Doc. 205.

Cansado el pueblo mexicano de sufrir el enorme peso de la dominación española y perdida para siempre la esperanza de ser feliz bajo el gobierno de sus conquistadores, rompió los diques de su moderación y arrojando dificultades y peligros que parecían insuperables a los esfuerzos de una colonia esclavizada, levantó el grito de su libertad y emprendió valerosamente la obra de su regeneración.¹⁹⁷

Palabras sencillas y grandiosas, suma y compendio de la razón de ser de la revolución, que en labios de Morelos precisan el verdadero significado de la gesta de 1810. Nunca Hidalgo se imaginó engendrar un discípulo tan magistral.

También conducía Herrera, como una de sus cartas más fuertes, otro documento notable, ya sugerido por Álvarez de Toledo, que nosotros hemos bautizado con el nombre de *Manifiesto de Puruarán*, aunque su título original es: *El Supremo Congreso Mexicano a todas las Naciones*. Fechado el 28 de junio y autorizado por el Congreso, es probable que haya sido redactado por el mismo Herrera (opinión aventurada del licenciado Martínez Báez, a la que nosotros nos adherimos), si no en su totalidad, sí en los puntos esenciales. Se trata de una breve reseña de la insurgencia, dirigida al mundo entero, en la que se justifica, con razones históricas, naturales, filosóficas, políticas, jurídicas y religiosas, la legitimidad del movimiento de independencia. El *Manifiesto* es una auténtica gema, que a siglo y medio de su emisión, sigue conservando el brillo original, pues ninguno de sus preceptos ha dejado de tener validez. Doctrina recia, empapada con la sangre de los mexicanos que en Morelos habían hallado a su Mesías, sus autores la destinaban al exterior, en busca de comprensión para nuestra causa y de acomodo, dentro del concierto mundial, al nuevo Estado que clamaba por su reconocimiento:

¡Naciones ilustres que pobláis el Globo dignamente, porque con vuestras virtudes filantrópicas habéis acertado a llenar los fines de la sociedad y de la institución de los gobiernos: llevad a bien que la *América Mexicana* se atreva a ocupar el último lugar de vuestro sublime rango y que, guiada por vuestra sabiduría y vuestros ejemplos, llegue a merecer los timbres de la libertad!¹⁹⁸

¹⁹⁷ Véase Doc. 206.

¹⁹⁸ Véase Doc. 202.

Pero, más que nada, el *Manifiesto de Puruarán* era como el testamento, saturado de mexicanidad, político y humanista, que legaban a sus sucesores los hombres de Apatzingán. Con él, de hecho, cerrábase un ciclo, pródigo en conquistas, iniciado el 16 de septiembre de 1810, pues ya el final del Congreso se hallaba próximo, y el del caudillo también.

Herrera y su comitiva se perdieron de vista, envueltos en el polvo del reseco camino que de Puruarán se dirigía al oriente, hacia el punto por donde todas las mañanas salía el sol. El caudillo, con un nudo en la garganta, observaría al grupo que se alejaba. En realidad, algo de la patria se iba con aquellos hombres, tan hombres como el que los despedía. Pero también, con los viajeros, iba un pedazo del corazón de Morelos. ¿Qué dolor sentiría éste, al ver partir para siempre, a su amado hijo, el niño Juan Nepomuceno Almonte? Suplicio lacerante, en vida... y después de muerto: el desnaturalizado hijo que jamás tendría una palabra de amor para el más grande de los padres.

Del accidentado viaje de Herrera a Boquilla de Piedras, su arribo a Nueva Orleans, su trato con Álvarez de Toledo y el resultado de sus primeras gestiones diplomáticas, hablan algunos informes que insertamos;¹⁹⁹ pero Morelos nada supo de todo eso, pues cuando en México se recibieron las noticias del plenipotenciario, ya él había caído en manos de sus tenaces perseguidores.

¹⁹⁹ Véanse los despachos de 9 de noviembre (Doc. 215) y 26 del mismo mes (Doc. 223), junto con la versión de Álvarez de Toledo (Doc. 222). Múzquiz, en la declaración citada (véase la nota 193), revela lo siguiente: "Preguntado, si en el tiempo que ha sido rebelde ha pasado con alguna comisión a los Estados Unidos o a Nueva Orleans, diga cuál fue el objeto de su comisión y cuál el resultado de ella, dijo: que aunque es cierto que de un año a esta parte, hallándose en Puruarán, le dieron orden los cabecillas Morelos, Liceaga y Cos para que pasase a la Nueva Orleans y se pudiese a servir bajo las órdenes del rebelde Josef Álvarez de Toledo, que es el único encargo con que pasó; sólo sé que uno de los vocales del Congreso rebelde, llamado Josef Manuel de Herrera, pasó a dicho destino en comisión dada por aquéllos a efecto de solicitar del Gobierno anglo-americano auxilios de armas y gente; que dicho Herrera nada pudo conseguir del Gobierno, ínterin el declarante se halló en aquel destino, pero que contratando con algunos particulares, consiguió remitir quinientos fusiles y otros efectos de guerra con dos mil vestuarios que embarcó en la goleta *Presidenta*, la que antes de llegar a puerto se perdió; que es la única remesa que sabe ha hecho Herrera, el que según una proclama que expidió y recibió el deponente y entregó al señor coronel Márquez por si conviniese su conocimiento al Gobierno, le parece debe hallarse Herrera sobre Matagorda, confinante, según cree, con Texas, desde donde expidió dicha proclama..."

V

LOS DESASTRES MILITARES. FINAL
DEL CAUDILLO

En el verano de 1813, mientras el Congreso trabajaba en Chilpancingo, Morelos preparaba su siguiente expedición militar, la quinta —“no hay quinto malo”, reza el refrán— que encerraba un ambicioso propósito: conquistar las intendencias de Michoacán, Guadalajara y Guanajuato, es decir, ir en pos de las huellas de Hidalgo, para después, si la suerte y el éxito lo favorecían, caer sobre la capital del virreinato. El primer objetivo era Valladolid, su añorada ciudad natal.

Confiado en su vasta experiencia, en los triunfos anteriores y en el respaldo moral que sacara de Chilpancingo, el Generalísimo elaboró su plan con mucha reserva, y es más que probable que un individuo nulo en cuestiones militares, como lo era el licenciado Rosáinz, haya sido entonces su consejero más atendido, porque este abogado venía adquiriendo un ascendiente, cada vez mayor y más peligroso, en el ánimo del caudillo. Morelos hizo acopio de material bélico, inspeccionó personalmente los pasos del Mexcala, mandó traer culebrinas de Acapulco, dio reiteradas órdenes a las autoridades de los pueblos del tránsito para que almacenaran provisiones y reclutaran soldados y, por fin, convocó a sus lugartenientes para que, trayendo sus tropas, se le reunieran en lugares previamente señalados.

Hay amargura en el relato que de esta expedición hace Bustamante, así por el desastroso fin que tuvo, como porque Morelos no lo consultó antes de emprenderla. Pero es inconcuso que acierta el oaxaqueño al expresar la angustia y el temor que se apoderó de los funcionarios civiles de Chilpancingo, al enterarse de la salida de Morelos y de que todo se iba a jugar en una sola carta. “El Dr. Cos y yo —dice don Carlos María— que preveíamos que el dado iba a echarse y a aventurarse para siempre la libertad de la patria, nos quejábamos en secreto. Yo, que merecí aprecio de Morelos, pasé a despedirme de él la noche del 7 de noviembre, víspera de su salida, y a presencia del Sr. D. Antonio Sesma al darle el abrazo, que fue el último, le dije...”²⁰⁰ Y cita

²⁰⁰ *Cuadro histórico...*, *op. cit.*, t. I, p. 635.

un discurso con ejemplos de la historia clásica, muy lírico y oportuno, sobre los riesgos que le esperaban a Morelos y a la revolución si esta empresa no tenía éxito. Mucho nos tememos que el párrafo haya sido compuesto *ad hoc*, después de 1821, para darle tonos más épicos a aquella catástrofe; pero en el espíritu de don Carlos María siempre quedó grabada la zozobra y la angustia, en las vísperas de una batalla decisiva. Diez años después, noticioso por la prensa de que Bolívar marchaba al encuentro del ejército realista para decidir en una acción la independencia del Perú, exclamaba Bustamante:

Malas nos las han dado hoy, asegurándonos que los ejércitos republicanos del Perú, aunque auxiliados con la tropa de Colombia, han sido derrotados en dos acciones por los realistas; y que Bolívar en persona había salido con ocho mil hombres. Mucho tememos por la suerte de este hombre extraordinario, y que su gloria se hunda en un momento desgraciado, como la de Morelos en Valladolid... A la hora en que esto escribo, ya el dado se corrió, y la suerte del Perú y la del héroe colombiano está echada.²⁰¹

Así también, en 1813, el dado se corrió y la suerte de la revolución mexicana y la del héroe que la dirigía, quedó echada en aquella expedición.

Para desorientar al enemigo, Morelos hizo salir de Chilpancingo al grueso de su división, mientras él, con su escolta personal, tomaba otra ruta. El ejército siguió el camino carretero México-Acapulco, por Zumpango, Mexcala (vado del río de igual nombre, que tardó dos días en cruzarse) y Tepecoacuilco, donde aguardaba Galeana y se incorporaron, poco después, Matamoros y Bravo, llevando casi tres mil hombres: las tropas victoriosas de Coscomatepec y San Agustín del Palmar. La marcha prosiguió por Iguala y Teloloapan; desde aquí, un espía le llevó al jefe realista José Gabriel de Armijo, comandante de Tasco, la siguiente noticia, bastante aproximada a la realidad:

... que por el mismo Teloloapan pasó Matamoros con su grueso, todo animado; a continuación, Galeana con el suyo en igual forma

²⁰¹ *Diario histórico de México*, edición arreglada por Elías Amador, Zacatecas, Tip. de la Escuela de Artes y Oficios de la Penitenciaría, a cargo de J. Ortega, 1896, t. I [único publicado], p. 656, registro del día 25 de diciembre de 1823.

y, por último, José Vázquez y Nicolás Bravo, con otra poca de gente, y todos con destino a Valladolid.²⁰²

El 7 de diciembre, fecha de la anterior información, ya sabía el enemigo, en consecuencia, que los insurgentes se dirigían a Valladolid. No le valió a Morelos, por lo tanto, el ardíd de escribirle al mismo Armijo, para confundirlo: "Yo pasaré personalmente dentro de breves días a Izúcar y Puebla, sólo por hacerle conocer a Ud. y a sus coinfatuados todos sus yerros";²⁰³ porque era notoria y muy visible la movilización masiva de su ejército en dirección noroeste, y ningún indicio había de preparativos ofensivos por el rumbo contrario, o sea el de Izúcar-Puebla.

El lugar de cita de todos los cuerpos de ejército fue Tlalchapa, adonde se dirigieron los capitanes de Morelos desde Teloloapan, pasando por el actual poblado de Arcelia. En cuanto al Generalísimo, al abandonar Chilpancingo, se encaminó primero al gran río y en la población de Mexcala, sobre la margen izquierda, se entrevistó con don Ramón Rayón, quien en carta de 10 de noviembre, dirigida a su hermano Ignacio, nos ha dejado un buen testimonio de aquel encuentro:

... He llegado a este pueblo a las diez de la mañana, hora en que hablé con S.A.S., recibiéndome este jefe con la política que acostumbra y aún tuve que extrañar el tratamiento de *Mariscal* que me dio; y haciéndole ver que carecía de este título y que pudiera ser equivoco, me respondió que mi mérito era sobresaliente y por lo mismo era de justicia el que obtuviese este empleo... La reunión de mi división al ejército, me dijo el Smo. Sr. que se haría en febrero o marzo, o cuando conviniera, por lo que llevo ya otras disposiciones que te comunicaré más despacio...²⁰⁴

¿Cuáles eran esas "otras disposiciones" a que se refería don Ramón? Simplemente, la orden de que no se incorporara al grueso del ejército, que no participara en el ataque a Valladolid y que vigilara el camino de México e informara a Morelos sobre los movimientos del enemigo. Don Ramón, que después en Cópore dio pruebas de su talento militar, fue así desperdiciado en la ofensiva que se preparaba. En

²⁰² Véase Doc. 142.

²⁰³ Véase Doc. 143.

²⁰⁴ AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 920, f. 147.

otra carta a su hermano, dirigida el 16 de diciembre desde Angangueo, expone alarmado los peligros que acechaban a Morelos en Michoacán:

Después de una larga marcha que he tenido, ha sido feliz mi llegada, que se verificó el día 3 del corriente, a Tlalpujahua, donde mi quietud fue muy poca, pues a los cuatro días de llegado tuve que retirarme con la tropa porque el enemigo se dirigía en número de mil y quinientos para Maravatio, adonde aún se mantienen con la mira de auxiliar a Valladolid. En Acámbaro está Iturbide con setecientos y de Arroyo Zarco a Ixtlahuaca está extendida otra división al mando de Ordóñez con setecientos, y me supongo no es otro el objeto que el ya expuesto, de que tengo avisado al Excmo. Sr. D. José María Morelos con unos pliegos que se interceptaron de Calleja, cuyo contenido expresa que, fugitivo el Excmo. Sr. Morelos de las armas, se dirige a estos puntos y que necesariamente deben ponerse todos en defensa y auxiliar a Valladolid... ²⁰⁵

La fatalidad seguía los pasos del Generalísimo, por más que a éste no lo abandonara el optimismo. Después de dejar a don Ramón Rayón, Morelos desandó un trecho del camino avanzado; bajó hasta Chichihualco y de aquí siguió a Tlacotepec, donde permaneció varios días. Creía despistar al enemigo, mas sus movimientos eran vigilados por los espías de Calleja. El mismo que informó de la presencia de Matamoros y Galeana en Teloloapan, le comunicaba a Armijo "que Morelos se bajó por Tlacotepec a salir a la hacienda del Cubo con su fuerza, llevando cañones y además dos culebrinas por el río".²⁰⁶ En realidad, la corta tropa y escasa artillería que llevaba Morelos, al mando de los Bravo (Miguel y Víctor), no estaba destinada —al igual que la división de Rayón— a participar en la campaña de Michoacán, sino a permanecer en la margen izquierda del Balsas para cuidar de los vados del río fronteros a Chilpancingo, la capital provisional de la nación que tanto urgía conservar.

Con el título de *Rudimentos militares*, Morelos emitió en Tlacotepec, fechada el 21 de noviembre de 1813, una especie de proclama, digna, por más de un concepto, de la atención del lector. El caudillo hace en ella una breve exposición

²⁰⁵ AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 920, ff. 150-1. Ejemplar muy deteriorado.

²⁰⁶ Véase Doc. 142.

de méritos de las tropas que han servido bajo su mando, exaltando sus cualidades, su patriotismo, su increíble resistencia física, su propensión al sacrificio, su devoción por sus superiores. Redactado con el fin de inculcar todavía más valor a los hombres que iban a la conquista de Valladolid, el documento rebasa su objetivo ocasional y se proyecta al futuro en la forma de un compendio de ordenanzas mínimas para sustento moral y cívico del ejército que se creara en el México independiente. Napoleón decía que en cada uno de sus soldados había un mariscal en potencia y, cabalmente, en 1813 Morelos hacía pública una afirmación semejante:

¡ Ah! ¿quién pudiera reducir a un punto de vista los muchos y diferentes recintos en donde mis soldados, sin necesidad de cuartel maestro, han trazado sus campos y hecho fortificaciones en diversas pero hermosas figuras que el enemigo no se ha atrevido a acometer? Yo lo he visto. Yo mismo he dado la orden al primer soldado u oficial que se me presenta, hasta de la edad de once años, para acampar un ejército. Yo mismo lo he admirado y rectamente he sacado la consecuencia. Luego, si un indito de Carácuaro, sin letras, de edad de once años . . . , campa mejor que los gachupines, este indito, sin duda, y cualquier soldado americano, es mejor militar que el mejor gachupín.²⁰⁷

Un mensaje tan marcial, tendría que surtir efectos positivos en la empresa que se avecinaba; pero las dificultades se acumulaban y a lo largo de la marcha se empezaron a vislumbrar negros nubarrones que no auguraban nada bueno a aquella expedición. De Tlacotepec siguió Morelos por Huautla, Tetela del Río —aquí dejó el cuerpo de vigilancia a las órdenes de los Bravo—, San Miguel Totolapan, Aju-chitlán —punto en el que cruzó a la margen derecha del Balsas— y Tlalchapa, donde lo aguardaba el grueso del ejército, a las órdenes de su segundo en jefe, Matamoros. Todos reunidos siguieron a Cutzamala, donde se pasó revista general, luego a Huetamo y la fiesta de la Virgen de Guadalupe la celebró Morelos en su curato de Carácuaro. El tiempo se volvió otro obstáculo que retrasó considerablemente la marcha de la enorme columna. Los caminos estaban intransitables, diluviaba a diario, las provisiones no se reunían en los sitios prefijados, la gente de los pueblos se ahuyentaba. El 12 de diciembre, dice Bustamante, “hubo una lluvia general hasta en Oaxaca y gran nevada en México”; y de esos

²⁰⁷ Véase Doc. 141.

días es un informe pesimista, dirigido a Morelos por uno de los jefes de su vanguardia:

Hoy nos detenemos aquí [un lugar denominado Rincón de Urueraro], tanto porque la tropa está muy fatigada de trabajar, como porque se seque y duerma, pues desde Huetamo vienen trabajando día y noche y lloviendo dos noches y un día, y todo se ha pasado en pie y componer el camino, que todo el tiempo se nos va en derezar. Las culebrinas iban en términos que ya van sobre el eje, pues las ruedas están sumamente gastadas.²⁰⁸

La última etapa de este agitado derrotero, incluye los poblados de Chupio, Tacámbaro, Acuitzio, Santiago Undameo y, por fin, en la madrugada del 23 de diciembre el ejército acampó, a la vista de Valladolid, en las Lomas de Santa María, desde donde Morelos envió, a las siete de la mañana, dos intimaciones, una a don Domingo Landázuri, jefe de la guarnición de la plaza, y otra al influyente obispo electo, Abad y Queipo. La primera, muy conocida, fue calificada por Bustamante como “pedantesca fanfarronada... , obra sin duda de su secretario Rosáinz”; la segunda, de contenido más interesante, es la que insertamos en nuestra sección documental.²⁰⁹

El ataque a la plaza fue rechazado por Landázuri, dando tiempo a que se presentara el ejército auxiliar, al mando de Ciriaco de Llano y Agustín de Iturbide, quienes completaron la derrota de los insurgentes, primero en las Lomas de Santa María, en la noche del 23 al 24 de diciembre, y luego en la hacienda de Puruarán, muchas leguas al sur de la ciudad, el 5 de enero de 1814, donde, a más de perderse casi toda la flamante división de Morelos, el insustituible Matamoros fue hecho prisionero. Doble descalabro, que alcanzó las proporciones de una catástrofe.

Juzgada *a posteriori*, la campaña de Michoacán ha sido calificada con los juicios más duros, juicios que se vierten, fundamentalmente, sobre la figura del caudillo. La falta de previsión, la caótica organización, las órdenes y contraórdenes que expidió el cuartel general, el aire de superioridad con que se vio al adversario, las intromisiones de Rosáinz, la poca voluntad de Galeana para con Matamoros, el desconcierto que al primer revés se apoderó de Morelos y que

²⁰⁸ Véase Doc. 144.

²⁰⁹ Véase Doc. 148. Y el desquite de Abad y Queipo: su informe a Calleja sobre el desastre de Morelos, Doc. 149.

con más aplomo se hubiera enmendado de inmediato... , todo se ha colgado en la cuenta, "en el debe" del Generalísimo. Pero ya Alamán señalaba un factor esencial, básico, para explicar el desastre; este factor, humano, no se hallaba ni en las filas revolucionarias ni entre los elementos que se acumularon contra Morelos en Michoacán, sino en la ciudad de México, despachando tranquilamente desde sus oficinas de Palacio. Su nombre era muy conocido y muy temido de todos: Félix María Calleja del Rey.

A principios de 1813, mientras Morelos consumía su tiempo en la tediosa campaña de Acapulco, un cambio notable se había operado en las esferas realistas. Venegas, en cuyas manos parecía deshacerse el virreinato, traspasó el mando supremo a Calleja, a principios de marzo, y de inmediato se notó una fuerza descomunal en la dirección del gobierno español. Con esa misma "pasión de mandar" que el doctor Marañón atribuye al conde-duque de Olivares, como la nota dominante de su psique, actúa Calleja. Todo lo revuelve, se impone, saca recursos hasta de las piedras, aumenta el ejército, exige elevadas contribuciones, mima a sus más crueles oficiales, traza amplios planes bélicos, grita, gesticula, amenaza, proyecta, nombra y destituye funcionarios; y en el febril trabajo diario de su cerebro, un nombre lo obsesiona, un solo nombre: Morelos. Se entrega, en consecuencia, desde el primer día que asume el virreinato, a una misión fundamental: destruirlo, desquitarse de la burla de Cuautla, única mancha que parecía deslucir su brillante hoja de servicios.

Algo de lo que podía esperarse de él, trasluce el "Reglamento político Militar", expedido casi al tiempo de tomar posesión del mando,²¹⁰ que fue respondido por Morelos con otro programa similar, intitulado "Contra Plan de Calleja";²¹¹ pero nos ha quedado la impresión de que, pese a estar

²¹⁰ Véase Doc. 64.

²¹¹ Véase Doc. 92. Se alude al *Contra Plan*, en una queja que la república de indios del Real de Zacualpan dirigió al caudillo, el 19 de septiembre de 1813, diciendo que diversas autoridades, civiles y militares, sabotaban las instrucciones giradas por aquél, "y esto no por ignorancia, Sr. Excmo., sino temeridad y capricho, pues nadie ignora que no ha muchos días se les ha notoriado y hecho saber, así los superiores y bien sentidos preceptos de V.E., detallados en el *Contra Plan de Calleja*, como los demás bandos que la superioridad de V.E. se ha dignado dictar en beneficio común de los jefes nacionales y en contención y supresión de los comunes arreglos que por los incaptos [*sic*] jefes y sus subalternos se causan a aquéllos..." AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 37, ff. 152-4.

atento a sus miras, el cura de Carácuaro no evaluó con la importancia que requería, el potencial de su adversario. Durante el sitio de Cuautla, más de una vez lo tildó de fanfarrrón, y al consumir su brillante hazaña del rompimiento, quizá confirmó, para su fuero interno, que Calleja era más oropel que sustancia, más teatral que ejecutivo y menos hábil de lo que pregonaban sus panegiristas. Pero esa opinión era precipitada, y los hechos futuros demostraron que, por lo menos como organizador, don Félix estaba muchos codos más arriba que Venegas, a quien ciertamente Morelos había propinado una serie impresionante de descalabros.

Todavía en octubre, y de resultas de los últimos triunfos de los independientes, Calleja se mostraba pesimista; tanto, que al escribir a Madrid anunció su deseo de que lo relevaran, si las cosas no se componían.²¹² Mas, al mismo tiempo, organizaba la ofensiva contra Morelos. Y vista ésta a través de sus papeles —que se conservan casi en su totalidad—, se da uno cuenta de la meticulosidad con que tendió sus redes al campo enemigo, para atrapar al gran ejército del caudillo. El resultado de todo esto, se denomina en nuestra historia *Valladolid-Puruarán*. La tónica del vencedor cambió, al informar al ministro de la Guerra sobre las consecuencias de ambas batallas,

...que han puesto por ahora fin a los atrevidos proyectos de Morelos y a las esperanzas de sus secuaces, según se impondrá V.E. por las adjuntas gacetas, números 506 y 515 que le acompaño, con la ventaja en esta última de haber hecho prisionero, entre otros individuos de graduación, al cura Matamoros, que era en lo militar el brazo fuerte de Morelos. No satisfecho con esta presa, aspiro a la de Morelos, bien persuadido de que si la consigo se suspenderán por mucho tiempo las reuniones y maquinaciones que es capaz de abortar el espíritu verdaderamente revolucionario y emprendedor de este eclesiástico, a cuyo efecto he dado orden a Llano para que haga que se le persiga incesantemente sobre su huella, a cualquiera parte que se dirija...²¹³

A partir de esos momentos, Calleja, sin moverse de la capital, procedió como una máquina trituradora sobre el territorio que con tantos sacrificios habían conquistado Morelos y sus capitanes. José Gabriel de Armijo perforó la

²¹² Véase Doc. 121.

²¹³ Despacho de 24 de enero de 1814, AGN, *Virreyes (Calleja)*, t. 268-A, ff. 92-5.

línea defensiva del río Balsas, obligando al Congreso a abandonar Chilpancingo. Reunidos los diputados con Morelos y los restos del gran ejército, fueron sorprendidos en las cercanías de Tlacotepec, el 24 de febrero, por el mismo Armijo, con el resultado que el jefe realista explica en su parte al virrey:

... el fruto de esta jornada es de la mayor consideración, pues se tomó todo el equipaje de Morelos y sus satélites, toda su correspondencia, planos y sello, el Archivo de la ridícula Junta de Chilpancingo, la imprenta (aunque en partes) y el resto miserable de su proveeduría.²¹⁴

Luego siguió su turno a Acapulco. En la imposibilidad de conservarlo, Morelos ordenó que se dismantelara el castillo y se incendiara la población,²¹⁵ medidas que se cumplieron en mínima parte, pues los realistas no dieron tiempo a que se consumara la obra de destrucción. El 12 de abril entraba Armijo en el puerto, sin disparar un tiro. Inmediatamente dispuso que varios cuerpos recorrieran la Costa Grande, para empujar a los fugitivos insurgentes hacia Zacatula y la tierra caliente de Michoacán. Frutos amargos de esta implacable ofensiva, además de las pérdidas territoriales, fueron las bajas personales. El 3 de febrero de 1814 era fusilado Matamoros en Valladolid, pese a los esfuerzos de Morelos por salvarlo.²¹⁶ El 18 de marzo se capturaba en Huamuxtlán a don Miguel Bravo, quien era fusilado también, poco después, en la ciudad de Puebla. En mayo caía prisionero, cerca de Petatlán, don Ignacio Ayala, cuya suerte no se haría

²¹⁴ AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 72, ff. 5-7; es el parte abreviado, fechado el 4 de marzo. El detalle de la acción de Tlacotepec, puede verse en el mismo volumen, a ff. 124-28, al igual que la minuciosa lista de papeles cogidos a los insurgentes (entre los que figuraba el recién descubierto Ms. Cárdenas), a ff. 132-3. Publicamos esta lista en *Zitácuaro, Chilpancingo y Apatzingán, op. cit.*, pp. 563-5, con la siguiente nota: "La derrota de los insurgentes en Tlacotepec fue de catastróficos resultados, no tanto por el descalabro militar, cuanto por la captura del riquísimo Archivo del Congreso, remitido a España por Calleja, donde se han extraviado u ocultado multitud de piezas de extraordinario valor, como los *Sentimientos* y algunos de los textos más característicos del pensamiento político de Morelos." Venturosamente, ahora podemos rectificar: no fueron los originales, sino una copia realista, la que de todo aquel archivo se envió a España; los autógrafos auténticos, como el de los *Sentimientos*, han ido apareciendo en México.

²¹⁵ Véase Doc. 162.

²¹⁶ Véase Doc. 154.

esperar; ²¹⁷ y a fines de junio, moría en combate, cerca de Coyuca, el incomparable Hermenegildo Galeana. ²¹⁸

Se perdió Oaxaca. Rayón y Rosáinz, comisionados para defender la zona oriental, no fueron más afortunados que sus colegas, y acabaron riñendo como en los buenos tiempos de la quebradiza Junta de Zitácuaro. Entre el segundo semestre de 1814 y el primero del año siguiente, el área insurgente parecía ser el escenario de un naufragio. Siempre a la defensiva, los diversos cuerpos, sin cohesión ni mucho menos coordinación, empezaron a actuar por su cuenta. El influjo de Morelos decreció enormidades, y aunque se le seguía respetando, los jefes militares ya no tuvieron fe en que los conduciría a la victoria. Don Ramón Rayón se hizo fuerte en Cóporo, Mier y Terán en Tehuacán, Guadalupe Victoria en Puente del Rey, Vicente Guerrero en la zona de Tlapa. La revolución se había hecho retazos, guerra de guerrillas, patriotismo a la intemperie. Y es que el *Rayo del Sur* ya no tronaba con el ímpetu de antes. Era el principio del fin.

Después de la muerte de Galeana, Morelos volvió a cruzar la Sierra Madre para internarse en la tierra caliente de Michoacán, por donde, haciendo leyes y redactando la Constitución, vagaban los miembros del Congreso, de los que ya no se separó el caudillo. De nuevo regresó don José María a sus antiguos lares, no a la hosca Valladolid que lo rechazara, sino al ambiente rural que lo había cobijado durante su vida anterior a la revolución. Lugares que, como Sinagua, ofrecían a los peregrinos comodidades del siguiente jaez:

...Es molesta la residencia en este pueblo durante el día, no tanto por el mucho calor, cuanto por la abundancia de mosquitos y turicatas, y en la noche no mortifican menos las chinches hociconas de enorme tamaño y rara figura, zancudos y en todos tiempos los venenosos alacranes bermejós de que abunda... ²¹⁹

²¹⁷ Véase Doc. 166, y la carta de Morelos en que informa a Liceaga sobre aquella desgracia (Doc. 165). El captor de Ayala fue Juan Bautista Miota, y en su parte a Armijo (AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 72, ff. 157-61) dice que el jefe independiente fue sorprendido en compañía de su amante, "La Marquina".

²¹⁸ Véase Doc. 169.

²¹⁹ "Relación de Sinagua, hacia 1790", AGN, *Historia*, t. 73, ii. 397-8.

Mas, ¿qué importaban esos inconvenientes si, al fin y al cabo, el agro michoacano los preservaba de las incursiones realistas? Carácuaro, Huetamo, Santa Efigenia, Pedro Pablo, Ario, Apatzingán y muchos otros parajes de aquella geografía heroica, fueron testigos de los sufrimientos y los desvelos de aquel puñado de patricios que, por sobrevivir, luchaban para que la independencia no feneciera.

De Puruarán, luego de despedir al diplomático Herrera, los Poderes se trasladaron a Uruapan, a fines del mes de julio de 1815. Fue ésta la última etapa de la vida de don José María en tierra michoacana, pues aquí, durante el mes de agosto, es cuando se adopta el acuerdo, que tan fatales consecuencias acarrearía, de trasladar el Gobierno, bajo la responsabilidad de Morelos, al lejano pueblo de Tehuacán.

Las razones de esta medida eran obvias; más que escapar de la inseguridad reinante en Michoacán, muy relativa, ya que Morelos y sus compañeros se habían vuelto unos expertos burladores de peligros en este sector, harto conocido por ellos y al que no penetraban demasiado confiados los realistas, el proyecto cristalizó por la necesidad de acercarse a la costa del Golfo para recibir más pronto las noticias de la embajada de Herrera. Además, Tehuacán era una plaza fuerte, bien acondicionada por Mier y Terán; y, para mayor garantía, en Veracruz operaba con éxito el fiel Guadalupe Victoria. Sin medir los peligros que los acechaban en el largo trayecto comprendido entre Uruapan y Tehuacán, los dirigentes del Estado confiaban en salir con éxito de la aventura y tenían la certeza de que la causa ganaba mucho con la mudanza de Michoacán a Puebla. Uruapan, la idílica Uruapan, se hallaba demasiado lejos de Nueva Orleans y era urgente acortar esa distancia.

Los preparativos para la marcha se iniciaron de inmediato, pero, como si presintieran el desenlace fatal de la empresa, empezaron a ahuyentarse los precavidos y los fatigados. Cos defeccionó, y a punto estuvo de ser fusilado por sus colegas.²²⁰ Liceaga no quiso ir. Quintana Roo y Rosáinz, alejados de la sede gubernamental, trabajaban, cada uno por su lado, el grave y penoso negocio de indultarse.²²¹ Sólo Morelos y unos cuantos, conscientes de su deber, fuertes en la adversidad, se empeñaron en seguir adelante con el arriesgado plan de la mudanza. Todavía tuvieron alientos para emitir el reglamento de un novedoso sistema de "Impuesto

²²⁰ Véase Doc. 209.

²²¹ Véase Doc. 214.

sobre la Renta" que, como antecedente, es pieza clave en la historia fiscal de nuestro país.²²² Y crearon una "Junta Subalterna" para el gobierno de las provincias centrales y occidentales, en previsión de que los Poderes fueran disueltos o se disgregaran por efecto de algún ataque realista.²²³ Se dictaron varias medidas, preparatorias del traslado, y cuando todo estuvo listo, salieron de Uruapan las corporaciones, a fines de septiembre de 1815, escoltadas por el mismo Morelos, a quien se le unieron después los jefes Nicolás Bravo y José María Lobato, sus lugartenientes durante la expedición.

Tierracaliente había sido hasta entonces una especie de muralla protectora de Morelos y sus colegas. Fue infranqueable para el enemigo y Calleja lo sabía, de ahí que reiterara, una y otra vez, a los jefes situados en las cercanías, que vigilaran los pasos de Morelos, y si advertían que se aventuraba a salir de Michoacán, lo siguieran, le cerraran el paso y le dieran alcance. Y cuando el virrey, debidamente informado, supo que las corporaciones, con Morelos a la cabeza, marchaban por la margen derecha del Mexcala, en dirección al oriente, no le cupo duda que la meta del caudillo sería Tehuacán o un punto cercano a esta localidad. Entonces, como antes lo hiciera cuando la campaña de Valladolid, volvió a tender sus redes, para atrapar definitivamente al hombre que más dolores de cabeza le había dado y cuya caída consideraba como el lauro más añorado de su carrera.

Con base en Tixtla, Armijo recibió la orden de vigilar la margen izquierda del río. Y por el norte, dos columnas al mando de los jefes Eugenio Villasana y Manuel de la Concha, se movilizaron para cortar el avance de Morelos, antes de que éste se internara en la Intendencia de Puebla. La persecución fue tenaz, sostenida, bien planeada. Morelos, que se movía con lentitud, abandonó la margen derecha del Mexcala, adelante del pueblo de Oapan, tomó el rumbo nordeste, pasando por el caserío de Tulumán, hasta el río de Amacuzac, que vadeó a la altura del pueblo de Atenango y, sintiéndose seguro del otro lado, fue a pernoctar a Temalaca (y no Texmalaca, como habitualmente se escribe), adonde llegó la noche del 2 al 3 de noviembre.²²⁴ Esperaba encontrar

²²² Véase Doc. 207.

²²³ Véase Doc. 208.

²²⁴ El modesto "Libro de Intendencia" de la expedición concluye, precisamente, en Temalaca, donde fue cogido por los realistas. Véase Doc. 213.

ahí a Vicente Guerrero, a algunos refuerzos enviados por Mier y Terán y por Ramón de Sesma, a quienes previamente había escrito, urgiéndoles su concurso. Pero nadie se presentó, y Morelos, en lugar de seguir adelante, permaneció en Temalaca, sin duda aguardando los refuerzos, hasta la mañana del día 5. Esta demora sería de consecuencias incalculables.

Por su parte Concha, dejando a la retaguardia a Villasana, informado de que Morelos había vadeado el Amacuzac y pernoctaba en Temalaca, fue en su seguimiento; en la noche del 4 pasó a la otra orilla del río,

...y habiéndolo verificado, duró esta operación hasta las once de la misma y, por lo mismo, descansó la tropa al margen opuesto tres horas, supuesto a que creía que si lo hacía más tiempo no había de encontrar en aquel pueblo a Morelos, quien seguramente con la confianza de haber pasado el río y un fuerte aguacero que le cayó la noche del 3, le obligaron a hacer aquel alto en Temalaca, que distaba seis leguas del río.²²⁵

Eran las nueve de la mañana del 5 de noviembre, cuando la división realista llegó a Temalaca, justo a tiempo de ver cómo, por entre dos cerros situados al oriente, trepaba la columna de Morelos, que seguía la dirección del inmediato pueblo de Coetzala. El alcance no se hizo esperar; don José María ordenó que los Poderes se pusieran en salvo, mientras él, Bravo y Lobato, con escasos quinientos hombres, detenían al enemigo.

El nombre de Temalaca, como hecho de armas, es insignificante; pero, por sus consecuencias para la revolución, adquirió de inmediato una triste celebridad. En efecto, Morelos no pudo ya infundir a su corta tropa ese mágico aliento que en días más felices le produjera tan admirables resultados. La inercia, el derrotismo y el ánimo alicaído eran las características privativas en sus soldados, desde antes de que sonara el primer tiro. Concha rompió sin dificultad la línea defensiva que apresuradamente había formado el cura de Curácuaro. Después, todo se volvió pánico, dispersión, fuga precipitada. Morelos, viéndose solo, huyó por un bosque cercano; se le siguió la pista, y un piquete de caballería a las órdenes de un tal Matias Carranco le cortó la retirada y lo hizo prisionero. Alrededor de las cinco de la tarde y en medio del jolgorio de la soldadesca, llegaba el ilustre

²²⁵ Véase Doc. 216.

cautivo al centro de Temalaca, donde lo aguardaba Concha. A esa hora se dio por concluida la jornada.

Más que el engolado parte del triunfador, preferimos recoger aquí el sencillo y doloroso relato de un soldado insurgente, que en Taretán informó a los miembros de la Junta Subalterna sobre la acción de Temalaca y la pérdida del *Servo de la Nación*:

Dijo: que él iba de guía de las Supremas Corporaciones en compañía de otros cuatro de la tropa del señor Mariscal Bravo, y por las intermediaciones del pueblo de Temalac, creyéndose ya seguros de todo asalto enemigo, no hicieron jornada el sábado 4 de octubre [sic, por noviembre], sino que se limpiaron las armas. Que el domingo 5, después de dichas varias misas por los capellanes, emprendieron la marcha y a poco rato los alcanzó el enemigo Concha al salir de una cañada. Que luego que llegó la noticia al trozo del centro, donde iban las Corporaciones, retrocedió el Serenísimos señor Morelos a mandar la retaguardia y después vino con la guerrilla el señor Bravo. Que el ataque estuvo obstinado, pero que se logró detener al enemigo, ínterin se retiraron las Corporaciones; pero que no pudiendo nuestra tropa resistir, fue arrollada, y el señor Morelos, que casualmente iba ese día en [uno de] los peores caballos, se subió a un cerro seguido de cosa de cuarenta de los nuestros, y que conocido sin duda por los enemigos, como que estaba a menos que tiro de pistola, lo siguieron y otros le cortaron la retirada. Y que esto es lo que le consta de vista y no haber parecido dicho señor hasta el viernes 10 del mismo, que se vino, dejando juntos a los restantes señores... 226

Así cayó el héroe de mil combates y el forjador de nuestra nacionalidad. Abatido en un lugarejo perdido —tanto, que a veces cuesta trabajo encontrarlo en los mapas— del actual Estado de Guerrero, por un jefe realista de pésimos antecedentes, que adquirió fama en función de la importancia de su presa. Y, ¿cuánto valía ésta? De fijarle precio se encargó el propio gobierno de la capital.

Al recibirse en México la noticia, el júbilo de Calleja fue indescriptible. ¡Por fin tenía en sus manos, para ejercer el dulce placer de la venganza, al único adversario que había puesto en entredicho sus capacidades militares! Porque, siendo un caso político de primera importancia, Morelos significaba además para él —exclusivamente a él— una cuestión de tipo personal. Y en base a esas dos motivaciones, el

226 Véase Doc. 227.

virrey desplegó toda su poderosa maquinaria para consumir su obra de aniquilamiento —moral y material— en la figura del insigne prisionero.

Premios en metálico, ascensos, felicitaciones, lemas alusivos, recomendaciones giradas a Madrid, etcétera, cayeron como confeti sobre los triunfadores de Temalaca. Las gacetas, redactadas en Palacio, vomitaron torrentes de injurias sobre el caído, en la proporción que batían palmas por el virrey, por Concha y por cuantos habían participado en la captura del héroe. Las campanas de los templos fueron echadas a vuelo. Los organismos del Gobierno, aleccionados por don Félix, se aprestaban a descargar el peso de la ley —de su ley— sobre el hombre que, vejado, insultado y engrillado, era conducido con todo género de precauciones a la capital. El Cabildo Eclesiástico, la Real Audiencia, la Inquisición, el Consulado, la Universidad y, en primer término, el director de orquesta que desde el podio dirigía aquel concierto demoníaco, Calleja, desenvainaban sus armas para descargarlas, una y otra vez, hasta quedar exhaustos, sobre el hombre que representaba, justamente, lo contrario de lo que ellos eran.

El 22 de noviembre, muy de madrugada, con el fin de que el vecindario no se enterara, Morelos, encadenado, llegaba a la capital y era arrojado a las mazmorras de la Inquisición y a los buitres que, sedientos de su sangre y hambrientos de su corazón, lo aguardaban para lanzarse a picotazos sobre él. Uno contra todos. Nunca, en el curso de nuestra historia, se había visto un combate tan desigual.

Contra el parecer de Alamán, que ve en las declaraciones del caudillo un rico filón para reconstruir la personalidad revolucionaria de éste, nosotros opinamos que tal material es de un valor historiográfico muy relativo, fundamentalmente por una razón: su unilateralidad. Sirve más, en todo caso, como aporte para emprender la radiografía del antiguo régimen, que como instrumento clarificador de la insurgencia y del ideario del caudillo que la encabezaba. Conocemos bastante los originales de los procesos: el de la Inquisición y el de la Jurisdicción Unida (eclesiástico-civil), amén de los interrogatorios de Concha y las minutas de Calleja, que fue el que movió todos los hilos de aquella complicada operación; y de esta espesa selva de testimonios, lo único que sale a luz, es la soledad, el desamparo, la tortura moral, la falta completa de libre albedrío, el acoso sistemático y un sinfín de circunstancias adversas, que envolvieron y

sumergieron al caudillo durante el mes en que padeció aquella bárbara presión por parte de sus verdugos.

Morelos se defendió hasta donde humanamente era posible, pero la resistencia humana tiene un límite y, por ser lo que era —y no un Dios—, el caudillo llegó al filo de aquel lindero sin rebasarlo, porque era imposible. Como es imposible juzgarlo a través de varias de aquellas declaraciones, incluso firmadas por él, en las que no aparecen ni su vocabulario, ni su forma de expresión, ni mucho menos su ideología; son textos hábilmente confeccionados por sus interrogadores, que arrojan a borbotones, no el pensamiento de un insurgente, sino el modo de ser y la intención de ser del máximo jerarca del realismo, de Calleja. Que abunden las confesiones exactas y los datos verídicos proporcionados por el vencido, importa menos que constatar la perversidad con que esos informes fueron adobados, para darles su redacción definitiva —a gusto, naturalmente, del vencedor— y legarlos así a la posteridad. Porque de lo que se trató, en última instancia, no fue de privar de la vida a Morelos —asunto decidido con mucha anticipación—, sino de desconceptuarlo moralmente y privarlo de su derecho a la inmortalidad. Y esto último fue lo que accionó la brújula, desde Calleja hasta el último de los escribanos participantes en aquel pavoroso festín, para llegar, felizmente —según ellos lo creyeron— a la meta deseada.

Los procesos de Morelos y la magnitud de elementos que el Gobierno acumuló para llevarlos a cabo, dan la medida exacta del valor y valer del enjuiciado y de lo que éste significaba. Sin quererlo, el realismo fijaba la verdadera dimensión del héroe a quien se proponía pulverizar. Pues, de otra suerte, ¿qué sentido tendría el inicuo e indignante acto del “Autillo y degradación”, en el que los comparsas del Santo Oficio dieron el lamentable espectáculo de su estulticia y de su pobre humanidad, frente a un hombre que, en estatura, los dejó al nivel de pigmeos?²²⁷ ¿Qué sentido tendría la escalofriante y bestial sentencia de muerte del Auditor de Guerra, el infame “letrado” Miguel Bataller? Véase el siguiente muestrario, donde, a manera de espejo, se reflejó el decrepito virreinato, ya al borde de su extinción:

Declarado hereje formal, y penitenciado por el santo Tribunal de la Fe, depuesto y degradado por la Iglesia como indigno de

²²⁷ Véase Doc. 224.

las Ordenes que recibió, y entregado al brazo seglar, sólo resta que V.E. le haga sufrir la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes, a que podrá servirse condenarlo, si lo tuviere a bien, mandando que sea fusilado por la espalda como traidor al Rey; y que separada su cabeza y puesta en una jaula de hierro, se coloque en la Plaza Mayor de esta capital, en el paraje que V.E. estime conveniente, para que sirva a todos de recuerdo del fin que tendrán, tarde o temprano, los que despreciando el perdón con que se les convida, se obstinen todavía en consumir la ruina de su patria, que es todo el fruto que pueden esperar, según la ingenua confesión del monstruo de Carácuaro; cuya mano derecha se remita también a Oaxaca, para que asimismo se coloque en su Plaza Mayor.²²⁸

No tratamos de eludir, desde luego, la autenticidad de algunos documentos, autorizados —e incluso redactados— por Morelos durante los interrogatorios, en los que se descubren sus momentos de máxima flaqueza. Tal, por ejemplo, la carta que el 12 de diciembre le escribió a Calleja,²²⁹ reveladora de la existencia de una previa retractación, que sólo conocemos por su inserción en la Gaceta,²³⁰ publicada después de la muerte del héroe, y que generalmente se califica de apócrifa. La indicada carta no lo es, pero, para los fines de nuestro estudio, como si lo fuera: no es Morelos quien la ha escrito —no el Morelos que conocemos— sino un hombre material y espiritualmente despedazado, que no podía más. Ello mismo la invalida, al igual que la casi totalidad de las piezas de los procesos, para que haga fe en la historia del caudillo y de la causa que defendió.

El final de Morelos era el previsto por sus enemigos. El 20 de diciembre, Calleja firmó la sentencia de muerte, que, muy “humanitaria”, evitaba las mutilaciones corporales su-

²²⁸ Véase Doc. 230.

²²⁹ Véase Doc. 229, y muy particularmente la nota respectiva.

²³⁰ *Gaceta del Gobierno de México*, núm. 840, martes 26 de diciembre de 1815, donde se da noticia de la muerte y “retractación [sic] del ex cura José María Morelos”. Fue impugnado este número del vocero realista, en 1823, en un patriótico escrito intitulado: *Tristes recuerdos de los terribles insultos que sufrió en esta capital el mes de diciembre de 1815 el héroe más distinguido de la América, el Excmo. Sr. Ciudadano presbítero José María Morelos, y muerte y resurrección del Ciudadano brigadier Lobato*; reproducido por nosotros en “Apoteosis de Morelos en 1823”, *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, 15 de septiembre de 1965, núm. 327, pp. 4-8.

geridas por Bataller.²³¹ El 21, Concha se la comunicó, en su celda de la Ciudadela, y el 22, a temprana hora, fue conducido al lugar del suplicio, que era el pueblo de San Cristóbal Ecatepec. Se han descrito por varios autores, después de los últimos momentos del caudillo. Desayuno en la Villa de Guadalupe, refrigerio en San Cristóbal, diálogos interesantes entre Morelos y su verdugo, etcétera; lo más probable es que mucho de estos relatos sea pura invención, porque el testimonio oficial de la hecatombe es frío y críptico, cual rápido tajo que sega una vida en unos segundos. Así, el mismo 22, comunica Concha a Calleja:

En cumplimiento de la superior orden que V.E. se sirvió comunicarme la noche del 21 del corriente, salí a las 6 de la mañana subsecuente de esta capital, conduciendo desde su Ciudadela la persona del rebelde José María Morelos, a quien mandé fusilar por la espalda, como a traidor, a las 3 de la tarde de hoy, a presencia de toda la sección de mi mando y de la guarnición destacada en este punto.²³²

Presente en la captura, en los interrogatorios, en la lectura de la sentencia, en el fusilamiento e inhumación de Morelos, Concha pasó a la historia como la sombra siniestra que amargó los últimos días de la existencia del caudillo. Luego de consumada la tragedia, satisfecho de su acción, el verdugo, al frente de su columna, siguió adelante, rumbo a Pachuca, a emprender una batida de insurgentes que incursionaban por los alrededores de la ciudad minera. Pues, en realidad, Ecatepec no había sido más que una escala accidental en su itinerario, impuesta por el virrey para ejecutar en ese sitio, precisamente en ése, "al más perverso corifeo de la revolución".²³³

²³¹ Véase Doc. 230.

²³² Véase Doc. 232, último de nuestra compilación.

²³³ ¿Alguien juró vengar la muerte de Morelos? Poco después de consumada la independencia, Manuel de la Concha, quien no andaría muy tranquilo de conciencia, salió de México hacia Veracruz, con la mira de embarcarse rumbo a España; pero fue asaltado y asesinado cerca de Jalapa, sin que nunca se aclarara el misterio de aquel crimen. El autor de *Tristes recuerdos...* (véase la nota 230), al evocar a Morelos se acuerda de Concha, y dice: "Este pobre viejo pagó sus crueldades asesinado por una mano noble como la de Bruto. Bataller, más astuto que Concha, se supo preservar, ¡qué lástima!"

Y mientras la generosa tierra, no sólo la de Ecatepec sino la del país entero, recibía en su seno el cuerpo acribillado y ensangrentado del hombre por antonomasia, del que en vida había sido don José María Morelos y Pavón, los asesinos marchaban al norte, a seguir exterminando libertadores. Creían que dejaban atrás una tumba destinada al olvido o al desprecio, cual corresponde siempre a las que guardan restos de facinerosos. Pero se equivocaban, ellos y cuantos integraban el antiguo régimen, pues desde el momento en que lo privaron de su vida física, el mártir empezó a crecer hasta alcanzar las proporciones de un gigante, inmortal e imperecedero, bajo cuya fuerza y esencia quedaron sepultados, éstos sí para siempre, los nombres y los símbolos de un Calleja, de un Bataller, de un Concha.

Porque la existencia póstuma del héroe fue —ha sido— de una pródiga vitalidad, cuya fuerza ascendente llega en este año de 1965 a un nivel considerable. Recoger la antología de tal proyección, a partir de aquel nefasto 22 de diciembre de 1815, no cabe en los límites de este breve estudio; pero es justo indicar, que acaso ningún mexicano ha hecho tanto, como don Carlos María de Bustamante, para perpetuar la memoria y exaltar la obra del insigne cura de Carácuaro. El antiguo diputado al Congreso de Chilpancingo, hizo guardia permanente, hasta el fin de sus días, ante la efigie —real e idealizada— del hombre que más luchara por romper las cadenas de nuestra esclavitud; fervor que, creemos, bien puede compendiar y abarcar el que sienten todos los mexicanos. Viejo, enfermo y próximo a morir, uno de los últimos pensamientos del incansable oaxaqueño, estuvo dedicado al patricio michoacano.

Era el mes de septiembre de 1846. La República estaba en guerra e invadida por el ejército norteamericano, y no pocos preveían que aquel conflicto acabaría en un colapso nacional, sin precedente en nuestros anales. Regresaba el nefasto Santa Anna al poder, y en la capital se había dispuesto, para el día 14, un lucido recibimiento al presunto salvador de la patria, cuyo escenario describe así Bustamante: “El edificio de la Diputación o Casas Consistoriales se adornó muy decentemente, cubriendo su balconería con cortinas blancas y azules entrelazadas; púsose en medio un balcón saliente, y bajo una tienda de campaña el retrato de Santa Anna. En la portalería de abajo se colocó una música militar; en los entrepaños de las pilastras se pusieron candilejas, arriba se iluminaron los balcones con vasos

de colores y faroles que presentaban muy buenas vistas, también varios retratos de los primeros héroes de la independencia...”

Y luego, con un nudo en la garganta, el anciano, de pie frente a la Diputación, mirando los retratos de los héroes, nos hace esta emocionante confidencia:

Yo fijé la vista por mucho tiempo sobre el de mi amado Morelos, y no osaba separarla porque creía verle por última vez, como pudieran los israelitas colocados en las márgenes del río de Babilonia acordarse de sus antiguos héroes, de su libertad, de su templo, de... mas, ¿para que me fatigo y acelero el último momento de mi existencia? ¡Patria, adorada patria mía! ¡Yo te amo... sean éstas las últimas palabras que profiera para pasar a los pies del trono de aquel Dios justo que nos hará justicia con misericordia!²³⁴

²³⁴ *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea Historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, compuesta en 1847 por D. Carlos Ma. de Bustamante, Introducción de Salvador Noriega, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 215.